CETYS UNIVERSIDAD

Alberto Gárate Rivera
(coordinador)

Educadores y pedagogía de la alteridad

NARRACIONES DESDE LA EXPERIENCIA

Educadores y pedagogía de la alteridad:
Narraciones desde la experiencia

CETYS UNIVERSIDAD

Dr. Fernando León García
Rector del Sistema Cetys Universidad

Dr. Alberto Gárate Rivera
Vicerrector Académico

C.P. Arturo Álvarez Soto
Vicerrector Administrativo

Dr. Jorge Ortega Acevedo
Coordinador del Programa Editorial

Educadores y pedagogía de la alteridad: Narraciones desde la experiencia

Alberto Gárate Rivera
(coordinador)

Textos de

Iván de Jesús Contreras-Espinoza
Shajaira Murrieta Villarreal
David Omar Pérez Solórzano
Elsa Martínez Regalado
Alejandra Caso Corella
Carol Ann Barry Mc. Cubbin
José María López Ortega Magallanes
Edgar Allan Romero Angulo

Prólogo de
Pedro Ortega Ruiz

EDITORIAL
CETYS
UNIVERSIDAD

Educadores y pedagogía de la alteridad:
Narraciones desde la experiencia

D. R. © Los autores

D. R. © Programa Editorial del Cetys Universidad,
Instituto Educativo del Noroeste, A. C.,
Calzada Cetys, colonia Rivera s/n,
Mexicali, Baja California, C.P. 21259.
Tel. (686) 557-3700.
www.cetys.mx

Primera edición, enero de 2021

ISBN: 978-607-98143-9-7

Edición y formación: Néstor de J. Robles Gutiérrez
Corrección: Mireya Salazar Robles
Diseño de cubierta: Rosa Espinoza

La presente es una edición de circulación cerrada y exclusiva del Cetys Universidad. Queda prohibida, sin la autorización expresa del editor, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, comprendidos reprográfico y tratamiento informático.

IMPRESO EN MÉXICO

Índice

Prólogo 9
Pedro Ortega Ruiz

Introducción: Lo que perdimos en el fuego 17

Los educadores no olvidan a los olvidados 31
Alberto Gárate Rivera

Escuela indígena:
Filemón y la esperanza de los olvidados 53
Iván de Jesús Contreras-Espinoza

La música en la escuela:
El maestro Martín traspasa fronteras 77
Shajaira Murrieta Villarreal

Yola, la maestra que sembró,
cuidó y cosechó esperanza tras la rejas 95
David Omar Pérez Solórzano

La educación es un camino de esperanza:
El relato del profe Emiliano 117
Elsa Martínez Regalado

Sin el otro no hay nada: El relato de la maestra Cusi 137
Alejandra Caso Corella

La docencia en escuelas bilingües en Estados Unidos: Un testimonio de liderazgo y acogida 157
Carol Ann Barry Mc. Cubbin

¿Conoces al profe Mike? Experiencia que ayuda a conectar con el otro 181
José María López Ortega Magallanes

La promesa de la maestra Marta 201
Edgar Allan Romero Angulo

Sobre los autores 225

Prólogo

Pedro Ortega Ruiz*

En el libro *A la intemperie: Conversaciones desde la pedagogía de la alteridad* (Octaedro, 2019), se dice:

> En el discurrir de nuestra existencia, vamos dejando huellas inconfundibles de nuestras creencias o convicciones éticas, de cómo hemos afrontado la tarea de vivir. A través de ellas se puede narrar lo que hemos sido y vivido. Son nuestro legado y testimonio. Es nuestra "condición" que nos acompaña siempre.

Estas palabras encajan perfectamente en la trayectoria personal y profesional de los protagonistas del libro *Educadores y pedagogía de la alteridad: Narraciones desde la experiencia*. Ellos nos ofrecen el testimonio de cuáles son sus creencias o convicciones éticas, de cómo afrontan, día a día, la apasionante tarea de educar. No se arre-

* Catedrático jubilado de la U. de Murcia, España. Iniciador de las primeras reflexiones y planteamientos teóricos sobre la pedagogía de la alteridad. Su libro más reciente, publicado por Octaedro, España, es *A la intemperie* (2019).

dran ante las dificultades, "aunque caiga un aguacero", como el maestro Filemón, ni sucumben ante las presiones de aquellos que quisieran que todo siga como está. Saben que se deben a cada alumno y a su comunidad y solo de ellos deben responder.

Es gratificante encontrar educadores, como los protagonistas de estos relatos, testigos de un modo ético de entender y hacer la educación, un modo de traducir a la práctica el principio básico de toda acción educativa: *la educación empieza en el otro y acaba en el otro.* No son los intereses del educador los que cuentan a la hora de educar, ni siquiera sus preferencias éticas por muy respetables que fueren. Es el otro (el alumno), en su circunstancia o contexto en el que vive, el que nos prescribe en qué valores éticos debe ser educado, no la voluntad del educador ni de la Administración Pública. La educación siempre se debe hacer "a pie de obra", a la luz del contexto o circunstancia que envuelve a cada alumno.

La sociedad acostumbra a honrar a sus héroes, aquellos que los medios de comunicación ensalzan y entronizan, y los convierten en iconos, referentes de una conducta a imitar. Pero suele caer en el error de ocultar la historia de sacrificio que les acompaña, despojados de la parte de su vida que los hace próximos, de los "nuestros". La sociedad del consumo devora a sus propios héroes, los deshumaniza y los convierte en estatuas o en piezas de museo; nos oculta la parte admirable, sacrificada de su vida que les llevó hasta el reconocimiento público de una existencia que ha merecido la pena de ser vivida. Los educadores que aparecen en este libro son personas "normales", que no esconden sus limitaciones y contradicciones, al contrario, conviven

con ellas. Desde esta convicción se convierten en *testigos* de aquello que proponen en sus aulas, como la maestra Marta. El educador, si es tal, es coherente entre lo que dice y practica. Sólo desde la verdad de la propia vida se puede educar; sólo desde la verdad la educación se hace transparente. Es quizás la característica más relevante que aparece en estos relatos: ser *testigos* de los valores éticos en los que ellos intentan educar.

La educación que se ha dado en nuestros centros de enseñanza ha prescindido, en gran parte, de la *experiencia,* como si fuese suficiente acudir a los conocimientos que nos aportan los libros para llevar a cabo la compleja tarea de educar. Se ha olvidado o infravalorado el papel que tiene el educador como testigo en la transmisión y propuesta de una manera ética de "estar en el mundo" y de relacionarse con los demás. La atención y el cuidado al otro, el respeto a cada uno de los alumnos en sus valoraciones y conductas legítimas, la deferencia y preocupación por los otros son señas de identidad de una educación con *rostro humano*. Esto no se aprende en los libros, es el legado de unos profesionales con "alma" de educadores, como los maestros Martín Peralta, Yolanda, Marta...

Mientras leía los relatos de este libro, venían a mi memoria recuerdos de mi infancia. Tuve la inmensa fortuna de encontrarme con un maestro que tenía alma de educador. Se fijó en mí, me tomó de su cuenta, y me acompañó en mis primeros pasos por la escuela. Esta "circunstancia" ha marcado toda mi vida. Son muchos los maestros anónimos que están cerca de sus alumnos, que los acompañan y orientan en su proceso de formación, que conocen las dificultades con las que se enfrentan para no

abandonar la escuela, que les animan a seguir adelante, que no dejan a nadie tirados en el camino e intentan, una y otra vez, obrar el milagro de dar esperanza a quienes la habían perdido. En nuestros salones de clase hay muchos educadores, buenos samaritanos del pasaje evangélico. Muchos que se olvidan de sí, de su comodidad para implicarse en la suerte del otro, que dejan muchas cosas de lado y eligen estar junto a los más vulnerables y acompañarlos en la trayectoria de un camino de liberación, como la maestra Yolanda. Estos maestros han entendido que educar es servir, acompañar y hacerse cargo del otro. Han entendido que la educación no va unida al poder, "porque lo humano sólo se ofrece a una relación que no es un poder", escribe E. Levinas.

Estoy convencido de que los héroes de estos relatos no han pensado nunca en ser modelos de vida para nadie, ni siquiera para sus alumnos, tan sólo quieren ser, y lo son, testigos de otro modo de educar, testigos de la esperanza de una escuela con rostro humano aun en las condiciones más adversas, allí donde la inhumanidad de esta sociedad se hace visible en las víctimas de los niños "descuidados" en la calle, sin más apoyo que la palabra y la acogida de unos maestros que hacen de su tarea de cuidar al otro la razón de su vida; testigos, en fin, de que la frialdad e indiferencia que invade la vida social no tendrá la última palabra. Sí, la educación es un camino de esperanza, como escriben las maestras Elsa y Carol.

Hay educación si se prescinde de la experiencia de vida del educando. Experiencia y educación es un binomio inseparable, constituyen una misma realidad. Separarlos es abocar al proceso educativo a una caricatura de

sí mismo, a un triste entretenimiento. Olvidar la experiencia es situarse fuera del tiempo y del espacio en la acción educativa, es actuar en el vacío. El ser humano es un ser que hace de la circunstancia o contexto su hábitat natural, y fuera de él no tiene posibilidad alguna para existir. Es un ser que piensa, dotado de la palabra (discurso), pero también siente (goza y sufre); es un ser de sentimientos y pasiones que, con frecuencia, deciden nuestras conductas. Es un ser que "padece" (experimenta) la vida en sus éxitos y fracasos. El ser humano es "circunstancia" y es experiencia. Y la única manera de llegar hasta él, es que nos narre, nos cuente la experiencia de su vida, para poder ayudarle en su proceso de formación. En la educación no nos encontramos con seres ideales, abstractos, sino con individuos concretos que sufren y gozan, con experiencias muy diversas que moldean sus vidas. Por eso no es posible educar si se prescinde de la experiencia.

Las experiencias narradas en estos relatos deberían ser de lectura obligada en las escuelas de formación del profesorado. Contribuirían a una formación más apegada a la realidad que envuelve a la escuela, y a la vida concreta de nuestros alumnos, la única manera de educar y no entretenerse en hacer "otras cosas" que siempre responden a intereses ajenos a las necesidades de los alumnos más vulnerables. En algunos escritos he reivindicado una escuela *con rostro humano.* No debemos esperar que la escuela, en su conjunto, ofrezca un rostro humano. Pero basta que los alumnos encuentren a un solo profesor que sea para ellos ayuda, acompañamiento y acogida. Él será el rostro humano que necesitan en su proceso de formación. Cada uno de los maestros y maestras que aparecen

en estos relatos es un rostro humano que da esperanza a muchos niños, adolescentes y jóvenes que necesitan que alguien se fije en ellos y les abra un horizonte de vida. En pocas palabras: que los ame. "La educación sin amor no es eficaz", escribe López Ortega.

La escuela "bancaria", como dice el pedagogo universal P. Freire, ha prestado poca atención a la influencia que el alumno ejerce en el educador. Y la educación es siempre un proceso que discurre en dos direcciones: de educador a alumno, pero también de éste al educador, siempre vinculada a la experiencia como contenido esencial de la acción educativa. Llevados por un concepto de la educación, anclado en el papel *exclusivo* del profesor en los procesos educativos, reivindicar la influencia del alumno en la educación del profesor parece cuando menos una "ocurrencia". Y la experiencia nos dice que nadie es impermeable a la corriente de "complicidad", empatía, afecto y estima que se establece entre educador y educando. Pero no solo el alumno, también la comunidad ejerce un poder transformador sobre el profesor, porque la escuela no es una isla perdida en su entorno, al contrario, forma parte de él y a él se debe.

Desde estas páginas doy mi más cordial felicitación al Dr. Gárate por esta feliz iniciativa y a los autores de estos relatos por sacar a la luz unas experiencias educativas que hacen posible una vida más *humana.* Ellos anticipan un futuro en el que todos nos podamos reconocer como habitantes de la *casa común,* con los mismos derechos y los mismos deberes, en la igual dignidad de todos los seres humanos. A la luz del drama social y sanitario que nos depara la COVID-19 se hace evidente que *nadie se salva solo, nos salvamos todos en comunión.* Hemos tenido que sufrir una tragedia global para tomar conciencia de que nuestra suerte como individuos está ligada a la suerte de los demás. El testimonio de los protagonistas de estos relatos es una bocanada de solidaridad que hace nuestra vida individual y social un poco más llevadera, más *humana y fraterna,* porque una sociedad construida sobre estrictas relaciones de justicia se convierte en una sociedad inhumana. "Pienso más bien… que la caridad es imposible sin la justicia, y que la justicia se deforma sin la caridad", escribe E. Levinas.

Es fácil percibir que los maestros y maestras que aparecen en estos relatos han entendido la educación desde una nueva perspectiva, distinta, a la que, con frecuencia, se practica en los salones de clase. Para ellos, la educación que practican comporta no solo "otro modo" de pensar, sino, también, otro estilo de vida; comporta una nueva filosofía de la educación y, también, otra filosofía de la vida. ¡Enhorabuena por este feliz alumbramiento!

Murcia, octubre de 2020

Introducción:
Lo que perdimos en el fuego

Alberto Gárate Rivera

En estos tiempos de contingencia, de alta incertidumbre, estamos instalados en la velocidad, no en la perfección.

Este escrito es sobre los profesores, más concretamente, sobre los excelentes profesores, caracterizados como *educadores*. La primera interrogante que cabe aquí es preguntarnos si, en estos tiempos, *tiempos de fuego, de pérdidas en el fuego*, turbulentos, llenos de contingencias y de incertidumbre donde la escuela, a decir de algunos críticos, ha dejado de cumplir su función formadora, existen aún los educadores. La segunda es, en caso de que tuviésemos el atrevimiento de asegurar que sí, brotan otras preguntas: ¿Cómo son? ¿Dónde están? ¿Cómo se formaron? ¿Cómo trabajan en medio del fue-

go? ¿Es acaso que, lo que se pierde en el fuego ellos lo recuperan en las cenizas?

Somos subjetivos y tomamos partido: sí existen los educadores, aunque son escasos; sí debemos aprender de ellos en estos tiempos de incertidumbre. ¿Qué debemos aprender de ellos? De eso trata este libro. Su novedad pudiera radicar en dos aspectos clave: *a)* intencionalmente decimos qué, no cómo. Y es que si, para educar, aceptamos antropológicamente que la vida no se nos ofrece dada, la tenemos que hacer, la tenemos que proyectar y construir, y que la educación es una creación humana, debemos reconocer que ese acto –el de educar– siempre está situada en un contexto, es provisional, y su mayor rasgo es la singularidad. Por ello, en su capa profunda, no hay un cómo estandarizado. *b)* El segundo aspecto es la manera como ponemos al lector sobre el qué aprender. Nos introducimos a las vidas de los sujetos. Elegimos a un conjunto de educadores y bordamos sus trayectorias de vida. Es el acto histórico, la experiencia vivida, y la verbalización de esa experiencia la que nos lleva a reconocer las pistas de lo que debemos aprender.

Los profesores nos constituimos en gremio de resistencias, expresadas de diversas maneras. En ciertas ocasiones la resistencia es recomendable, por ejemplo, arropados con un buen arsenal de valores morales, tenemos que resistir los embates de la posmodernidad que en su despliegue del *siempre más y el siempre más rápido*, va desgastando esos valores que permiten la sana convivencia del colectivo. En contraparte, otro tipo de resistencias no nos permiten distanciarnos de la realidad para interpretarla de una manera correcta. Defendemos al gremio,

nos creemos que somos un edificio funcional, arquitectónicamente bien diseñado, sin fisuras, y esta mirada nos impide reconocer que también somos víctimas del tiempo y del contexto. Esto último ocurre con frecuencia. Utilizo un relato para argumentar este punto. Ocurrió cuando contactamos a la directora de una escuela, educadora ella, por cierto. Narro el suceso.

Visitamos a la directora de una escuela secundaria ubicada en unos de los polígonos de pobreza de la ciudad de Mexicali. Habíamos iniciado una búsqueda en las escuelas de ese nivel buscando identificar a *educadores*, es decir, profesores cuyo ejercicio docente estuviera cruzado por cuatro atributos fundamentales:

Un formador desde los elementos *centrales de la ética docente*: responsable del otro, inspirador, enseñante desde el testimonio, capaz de crear un sentido de espera en los alumnos.

Un buscador permanente *del conocimiento*, capaz de entenderlo, generarlo y difundirlo.

Un innovador y creador de formas de *manejar el conocimiento*, capaz de desarrollar su práctica docente en diversos ambientes de aprendizaje.

Un profesional con *sentido de la ciudadanía*, comprometido con la responsabilidad social.

Pretendíamos desarrollar un proyecto de intervención educativa sobre narrativa escolar y pedagogía de la alteridad y para ello requeríamos justo eso: educadores en los cuales pudiésemos identificar los atributos enlistados.

—Vino usted al sitio indicado, la mayoría de mis profesores son educadores —me dijo en forma categórica Esther, la directora, apenas supo de qué se trataba nuestra visita.

—¿Sí lo crees, directora?, ¿aun sin que te hayamos dicho cuáles son los parámetros que definen a un educador, y cuáles son las diferencias entre este y un buen profesor?

—Así es, señor, la gran mayoría de los 60 profesores que trabajan en esta secundaria son docentes muy comprometidos, todos los días hacen su mejor esfuerzo para lograr que sus alumnos aprendan.

—Déjeme explicarle, Esther, las diferencias que hemos trabajado para caracterizar a los profesores en este proyecto.

—Los escucho, pero insisto, la mayoría de mis profesores son excelentes.

Estábamos en la sala de juntas del edificio de la dirección. La jornada de clases había terminado y por fortuna, esa secundaria no se abría por la tarde, lo que nos daba algunos minutos para conversar, antes de que la directora saliera de estampida.

—Para fines de este proyecto —le decimos—, hemos hecho una clasificación de tres tipos de profesores. El primero es un *mal profesor,* caracterizado por varios rasgos: falta frecuentemente, no prepara sus clases, entra al salón y habla de cualquier cosa, menos del contenido de la materia y, muchas veces, la autoridad lo manda a impartir el curso de química, siendo que estudió literatura. ¿Le queda clara la caracterización de lo que es un mal profesor? —La directora nos veía con interés, como pensando: ¿a dónde van estos? Aún con ello, asintió con la cabeza.

—El segundo tipo de académico es el *profesor*, sin adjetivos. Los que están en esta clasificación se caracterizan por asistir con regularidad a un salón de clases, pueden hacer planeación, pueden estar enseñando las materias cercanas a su formación, pueden incluso ocuparse de una buena evaluación pero, no van más allá de cumplir con un trabajo, no son innovadores, los directores de los centros escolares no esperan de ellos proyectos novedosos, ni la utilización de recursos y estrategias didácticas creativas y, yendo a un mayor nivel de profundidad, dan su clase pero no se comprometen con sus alumnos, entendiendo por comprometerse el llevarlos a un nivel de aprendizaje superior.

Hacemos una pausa y un silencio momentáneo llena la sala. La directora se levanta de la silla y va a la ventana. Ve la explanada, los salones vacíos, el polvo que todavía flota en el ambiente, la pintura maltrecha de los edificios, la basura desbordada en los botes. Da la sensación de que su seguridad inicial se va desmoronando. Luego regresa y pregunta:

—Y entonces, ¿el tercero es un *Superman*?

—No tanto—le respondemos—, sí un sujeto raro en estos atribulados tiempos de incertidumbre y de crisis en las escuelas. Vea, el tercero de la clasificación es el *educador*. Piense usted en ese profesor modelo que claramente se ve que lo que lo mueve es la vocación, que lo que hace siempre llama la atención, que sus alumnos lo elogian, no por ser buena persona o tener un bajo nivel de exigencia, sino todo lo contrario, porque con ese tipo de docente, el aprendizaje es dúctil, diverso y duradero. El educador siempre está, siempre escucha. ¿Qué le deci-

mos? Educa desde la responsabilidad por el otro, lo hace desde el testimonio y, una cuestión fundamental: logra hacer pensar a sus alumnos que la escuela vale la pena, que estudiar siempre es una apuesta por el futuro, que en el mañana existe una promesa. Y esto que le planteamos, Esther, no vaya a creer usted que es una utopía.

La mujer nos ve. En su cabeza revolotea la idea de que le tendimos una trampa. Se siente desnudada por su ímpetu inicial y descubre que sus atalayas no son tales. Aun así, es profesora y le queda un aliento final con el que defiende al gremio.

—Bueno, asumiendo que su clasificación sea correcta, reconozco que habrá un par de malos maestros, no más de cinco, por cierto, y acaso veinte profesores. Sin embargo, insisto, al menos el 50 por ciento son educadores.

Ante esa posición, no quedó más que describirle la realidad que ella misma se negaba aceptar.

—Lamentamos decirle, señora directora, que los datos que tenemos sobre esta escuela nos dicen otra cosa. Mire usted, el semestre pasado no se impartieron el 53 por ciento de las clases programadas. ¡Más de la mitad! Eso significa que, si en un día normal se debían impartir seis horas de clase, sólo se tenían tres. No se sienta agredida, esos datos también aplican para otras escuelas secundarias que están en la periferia de la ciudad. ¿Sabe lo que significa tan alto nivel de ausentismo de los profesores? Que no hay compromiso, que en muchos de ellos priva la irresponsabilidad, que el aprendizaje de los alumnos no se logra y, lo que es peor, la aspiración, el deseo si usted quiere llamarle así, de sus alumnos por acceder a estudios del bachillerato, sufre

serias resquebrajaduras. ¿Sabe usted el porcentaje de egresados de esta secundaria que logran pasar el examen del bachillerato?

No hubo respuesta. La directora casi nos corría de ese centro escolar. Sin embargo, habíamos ido con ella porque sabíamos de su trayectoria, claramente su historia de docente nos llevaba a clasificarla como educadora. Su defensa primaria tenía que ver con el dolor que provoca aceptar una realidad. Al final de esta conversación, Esther terminó por reconocer que contaba con los dedos de una mano a los educadores que tenía en esa secundaria. Supimos sus nombres y con ellos trabajamos. Ciertamente, es complejo reducir el grosor a las resistencias.

Octavi Fullat, el reconocido filósofo español, a sus 82 años de vida se debatía como gladiador en los escenarios universitarios con ideas como esta:

> No crean que soy fatalista, pero para responder a la pregunta de la verdad, ciencia, realidad, quiero decir que los seres humanos estamos malditos. El hombre es un animal incesantemente perfectible. Nunca quedamos civilizados del todo, educados de una vez por todas. Estamos cruzados por un cambio incesantemente.

Cuando bajaba del enfoque epistemológico para instaurarse en el deber ser del profesor, en los atributos empíricos que podríamos ver en él, tomaba partido por estos rasgos:

> Los docentes nos apegamos a ciertas creencias que nos vienen de nuestra experiencia vivida. A estas alturas de mi vida, creo que el profesor debe dar su clase de pie, no detrás de un escritorio. Debe respetar, atrapar y tener el contacto directo con los alumnos. No hay otra forma de no faltarles al respeto. El profesor se hace reconstruyendo sus ideas a través de esquemas que va mostrando a sus estudiantes. Ejercemos una profesión pública y eso merece una liturgia, por tanto, por respeto para los otros y para mí mismo, procuro siempre ejercer esa actividad bien vestido.

Octavi Fullat es un profesor clásico, extraordinario comunicador y dueño de un conocimiento casi enciclopédico. Requiere sólo una pizarra (lo más grande posible) y un buen número de tizas, para detonar en el otro, el estudiante o aprendiz del saber, el interés necesario para lograr los aprendizajes. No necesita de artilugios modernos, ni de plataformas electrónicas, ni de presentaciones con diseños atractivos, se planta frente a un grupo sólo con su voz apasionada, sus manos de molinos, su torrente de historias y de libros y deja salir por su boca las palabras. Con eso le alcanza. Él se fraguó en otro tiempo, bajo otro fuego, con los rituales de otra época.

Los profesores de hoy, precisemos: *los excelentes profesores o educadores*, son de otra latitud, no podemos buscarlos en las huellas de grandes pensadores que, al mismo tiempo, fueron o han sido educadores. Este texto va en busca de los educadores modernos, los de carne y hueso, los que tienen que enfrentarse al fuego sin perecer en esa osadía. Hay que buscarlos en las cenizas, en ese territorio de heridas en el que parece imponerse el caos a la promesa esencial de la educación.

Y otra muestra de ese estar en el fuego lo relató otro educador, azorado por ese mal profesor al que no le importaba dejar una clase por cualquier pretexto.

Aconteció en la explanada de una escuela primaria pública ubicada en una colonia popular de la ciudad de Mexicali. Sólo la calle principal está pavimentada. Habitan el lugar obreras de maquiladora, vendedores ambulantes, albañiles, mecánicos de barrio y, dada la cercanía con el muro fronterizo que divide a México de los Estados Unidos, algunos que se dedican a intentar pasar indocumentados, y en esta actividad no hay distinción entre hombres, mujeres e incluso adolescentes. Nos referimos a una comunidad que es sujeta de la desigualdad social en la vertiente económica.

Fue uno de sus actores el que me relató el hecho. Todavía tenía capacidad de asombro, a pesar de tantas historias de mediano terror que había vivido en sus 25 años de ser profesor de educación básica. Era un docente con vocación y un creyente irrestricto de los fines de la educación. "Siempre hay manera de hacer algo por los niños que viven en el desamparo". Era su máxima de trabajo, y el hombre intentaba ejercer su profesión desde el testimonio, primero como maestro y en sus años finales de magisterio, como director de esa escuela primaria. El hecho ocurrió un lunes por la mañana de un día de invierno inusualmente nublado en esa ciudad del desierto. Acababa de concluir los *Honores a la bandera*, típica ceremonia cívica de inicio de semana y los grupos desde primera a sexto año estaban ya en sus salones de clase. El

director ha resguardado la bandera y felicitado a las niñas que conforman la escolta. También se ha dado una vuelta por los salones, la cooperativa escolar, el área de juegos, el almacén, y todo parece estar en su sitio. La explanada luce vacía y limpia. Hecho ese rondín, se apresta revisar los interminables formularios que le envían del Sistema Educativo para monitorear el avance del centro escolar. En ello está cuando mira nuevamente a la explanada y ve algo que lo desconcierta: el profesor Eduardo, del sexto año B, ha salido del salón con sus 30 alumnos y se enfila hacia la puerta principal. El director va a su encuentro y detiene su marcha.

—¿A dónde vas con tu grupo, Eduardo?

—Ya nos vamos, director, voy a dejar que los niños se vayan a sus casas.

—¿Qué los niños se vayan a sus casas? ¿Por qué, si apenas son las nueve de la mañana?

—¿Qué no ve usted el cielo, director? Las nubes están muy negras, va a llover. —El director alza su vista y ve algunas nubes grises, y otras mayoritariamente blancas. La probabilidad de que lloviera esa mañana era tan remota como el asegurar que de los 100 alumnos que tenía en sexto año esa escuela precaria, 90 iniciarían una carrera universitaria. Imposible.

—¿Va a llover? No está lloviendo en estos momentos, ¿cómo es que aseguras que va a llover?

—Pues… por eso, porque el cielo está lleno de nubes, director, no tarda ni tantito. Entonces, es preferible que se vayan ahora porque ya ve cómo se encharcan las calles.

—¿Quieres dejarlos ir para que no se mojen o para que tu carro no se ensucie con el lodo de las calles?

—¿Cómo cree, director? Quiero que se vayan a sus casas para protegerlos. Si se mojan les puede dar hasta una pulmonía. —El director sabe perfectamente que el profesor está esgrimiendo un pretexto para no trabajar esa mañana. Desde que él llegó a la dirección de esa escuela, Eduardo se ha caracterizado por ausentarse con cierta frecuencia.

—Regresa a tu salón, Eduardo, y enseña a tus alumnos a entender lo que leen y a que razonen las operaciones matemáticas.

—No, insisto en que nos vayamos. —Los 30 niños, con mochilas en las espaldas, veían la discusión de su profesor con el director. A decir verdad, muchos de ellos deseaban que el pleito lo ganara el primero. Siempre resulta emocionante salir de la rutina.

—Vete tú, yo me hago cargo de ellos, no vaya a ser que el que pesque una pulmonía seas tú. Niños, regresen a su salón.

—Pero no me va a descontar el día, porque voy y me quejo al sindicato. Es mi obligación cuidar de mis alumnos.

El director tenía el insulto en la punta de la lengua, pero no podía permitírselo teniendo enfrente a los alumnos. Vio que Eduardo caminó rumbo a la salida cargando su maletín y él se metió al salón a repasar los temas de matemáticas. Ya habría tiempo para elaborar los reportes que le solicitaba el Sistema Educativo.

Y el tipo ese, profesor chambista, se fue. ¿Mundo de incertidumbre? ¿Mundo de confusiones? *¿Nos deja algo el fuego?*

Esta introducción lleva como título "Lo que perdimos en el fuego". Intenta, a todas luces, ser una metáfora. En su rostro más conocido, el fuego es dañino, acaba con casas, consume pastizales, ataca con fiereza a los bosques. El fuego es temido y cuando se desata, es temible. Arrasa a su paso como una pandemia incontrolable; deja pocas cosas con vida o funcionando. En contraparte, en su expresión menos conocida, el fuego es una fortaleza. Uno de los grandes saltos que dan los homínidos para distanciarse de los otros animales, es el conocimiento y domesticación del fuego. La evolución del *homo*, a partir de ello, representó un parteaguas tan grande como el nacimiento de la agricultura, miles de años después. En ese contexto, por temor o reverencia, por poder o lealtad, el fuego estuvo ligado a una gran cantidad de culturas prehistóricas.

El título tiene un origen hasta cierto punto alejado de la educación. Como otros tantos, viene de las palabras. De las que inventaron otros seres con la inspiración en las venas, se dan combinaciones que las hacen parecer nuevas. Este en particular surge de la película *Los siete magníficos (2016)* cuyo actor protagónico es Denzel Washington. El hombre llena la pantalla con un cuerpo ya viejo y con algunos kilos de más. Traje oscuro de *sheriff* de pueblo del Oeste. Camina con lentitud en medio de la única calle de aquel villorrio, su mano derecha toca la funda donde se resguarda la famosa *Colt.* Ve por el rabillo del ojo hacia la azotea de la cantina y del único hotel, alerta por si queda algún integrante de la banda que asola ese espacio del inframundo. Sus seis compañeros han acabado con una gavilla de matones que trabajaban a sueldo para el despiadado capitalista explotador de una

mina cercana al pueblo. Concluye su andar justo frente al porche de madera de la oficina del alguacil. Recarga su cuerpo en el barrote que sostiene una esquina de la ramada y mantiene la mirada perdida en el horizonte. En eso llega el más cercano de sus pistoleros. Han vivido juntos cientos de aventuras buscando enderezar entuertos y saben que esta limpieza es apenas una tregua. Un ejército de malhechores llegará en los próximos días a reconquistar el sitio. Saben ambos que si salen vivos de esta, ya no tendrán fuerzas para otra batalla campal. Escupe las palabras el amigo.

—Tantas balas, John, tantos muertos, tantas batallas que ya no me alcanza la memoria. ¿Habrán valido la pena? —La cámara hace un acercamiento al rostro del actor consumado y su voz sale como de las catatumbas:

—No lo sé, Pete, ningún hecho es como otro, aunque se parezcan mucho. Lo que nos queda a los que hemos transitado por estos tiempos violentos es reconocer que *lo que perdimos en el fuego, lo hallaremos en las cenizas.* —La cámara se aleja lentamente y lleva al espectador al templo que está al fondo de la calle. Lo que queda de él después de la batalla es sólo humo y muchas cenizas.

De pronto *lo que perdimos en el fuego* va a contra sentido de un profesor que inspira a otros, que logra que sus estudiantes alcancen el más elevado nivel de aprendizaje. Ese tipo de profesores nada pierden, su creatividad y la constante innovación de su práctica docente los lleva a encontrar, más que perder. ¿De dónde entonces este título y por qué? Porque debo reconocer que, aun viendo a la escuela desde un optimismo crítico, admito que mucho hemos perdido en el fuego, que la incertidumbre es una

constante y que la crisis no lo es menos. Es la incertidumbre, el alejarnos paulatinamente de los fines de la educación, y probablemente lo peor es no ser conscientes de ello.

También partimos de otra premisa clave: existen los buenos educadores. En el fuego se han perdido y se están perdiendo muchos profesores. Desde el fuego surgen o resurgen los educadores, no como una epopeya heroica, sino desarrollando un trabajo completamente enfocado a los cuatro principios básicos del educador: educar desde la acogida, adherirse al principio responsabilidad, ejercer su trabajo desde el testimonio, bordar, construir con su trabajo las vías por las que transita la esperanza. Este tipo de experiencia educativa siempre deja huella, indeleble, de largo alcance. A los educadores los reconocen los estudiantes a los años, cuando los recuerdan porque gracias a tal profesor, hoy estoy aquí, o hago esto, o me siento un ciudadano de provecho. La ejemplaridad es fundamental.

No es un trabajo anclado en el deber ser, o en la idea, o basado en la ilusión; es un trabajo concreto, de contexto específico, enraizado en el mundo cotidiano. Pudiera parecer un contra sentido desarrollar una actividad docente de esa magnitud cuando el mundo, los sistemas económicos y los educativos, privilegian otro tipo de valores y de talentos. Pues son y están.

De eso trata este libro, de las trayectorias de algunos educadores y de lo que debemos aprender de ellos. El optimismo crítico nos lleva a aseverar que, sabiendo buscar, siempre se encuentra algo bueno en las cenizas.

Los educadores no olvidan a los olvidados

Alberto Gárate Rivera

Daría la impresión que de las cenizas que produce el fuego, surge un país inventado, una suerte de mundo de seres inspirados. Y es que lo único que cabe, entre tanta complejidad y en ese sitio de desiguales, es inventarse. El educador es lo que hace: se inventa un mundo paralelo y desde él actúa, sin importar un fracaso, u otro, u otro, luego aparece el éxito, el logro.

Me niego a buscar los grandes relatos para sustentar un planteamiento como el anterior. Más bien los argumentos de peso hay que buscarlos en el día a día, en esos profesores que son movidos por una vocación irrestricta. Por ejemplo, en Filemón, un maestro de una escuela indígena que en sus primeros años de docente abría los ojos con azoro, y desde ellos veía que el contexto cultural del mundo indígena le arrebataba a sus alumnas de sexto año que preferían a un hombre que a los libros. Las niñas se hacían mujeres y una de esas tardes de viernes dejaban los cuadernos en su mesabanco y ya no regresaban más. Filemón sufría las pérdidas, las rumeaba cada que regresaba a casa; pensaba en ellas al momento de preparar su

planeación de clases para la próxima semana. Hasta que le encontró el modo de que no se le fuera una más o, más bien, que se quedaran algunas. Fueron sus modos, que no se parecerían a los de otro maestro responsable.

Hay un relato grande, trágico y fantástico al mismo tiempo, muy alejado de estas latitudes del México de la frontera norte que preciso analizar. Si bien está en el otro extremo de lo cotidiano o, para ser preciso, de lo ordinario, me es necesario describirlo en este apartado. En estos días me he acercado a la vida de Malala Youzafzai por diversos medios. El primero es el libro que escribe con Christina Lamb (*Soy Malala*, 2013). Después navegué por Internet y seleccioné tres eventos en los que ella fue protagonista: la entrega del Nobel de la Paz en diciembre de 2014, apenas dos años después del atentado que sufrió a manos de los talibanes en su natal Swat, cuando tenía 15 años. Tres meses antes, acudió a un programa de televisión en Nueva York (*La entrevista por Adela*), donde habló de su familia, el pueblo, la educación de calidad y su nueva aventura en una fundación que lleva su nombre. El tercero fue su presencia en la ONU en octubre de 2017. Allí, en un auditorio atestado de adolescentes y jóvenes, Malala Yousafzai expresó la tesis que ha sido su bandera de lucha desde que recuperó la salud después del atentado:

> Después del intento de asesinato de los talibanes, nada cambió en mi vida, excepto esto: la debilidad, el miedo, la falta de esperanza, murieron; la fuerza, el poder y el coraje, nacieron. […] Un niño, un maestro, un libro y un lápiz, pueden cambiar el mundo. La educación es la única solución, la educación es primero.

¿Qué hay detrás de esa mirada de una convicción incombustible? Una expresión de un sentido poético incluso ingenuo: "Mi padre no me cortó las alas y me permitió volar". Lo expresó en el mensaje que leyó cuando le entregaron el Nobel de la Paz. "Somos una sola alma en dos cuerpos", lo dijo su padre como corolario de la entrevista citada que le hizo la conductora mexicana Adela Micha a Malala, en septiembre de 2014.

Para mostrar el sentido de esperanza que genera la educación, y más concretamente el acto de educar, Malala en sí misma es un testimonio que ni los más ingentes críticos actuales de la crisis que viste el binomio familia-escuela, pueden refutar. Acaso la única hendidura que muestra la tierra fértil en la que se ha convertido su existencia, sea que ella es única, y que en su contexto hay cientos de niñas olvidadas que se les niega el elemental derecho de ir a la escuela, y entonces los críticos tendrán razón al señalar que el sistema social y económico sigue imponiendo condiciones de desigualdad, lo cual es inobjetablemente cierto. Sin embargo, Malala revalida al mismo tiempo la original manera de romper con el círculo de la precariedad, una fórmula secreta que se ha vuelto pública a raíz de su determinación y de su permanente inconformidad por la vida que padecían cientos de niñas en el entorno donde ella vivía. Esa adolescente precoz combinó a la perfección los tres ingredientes vitales: una familia formadora, una escuela que construye la esperanza y un talento personal descubierto y potenciado, en el caso de ella, al máximo nivel.

Describamos algunos elementos del contexto para poner en el justo nivel el pensamiento de esta mujer. Su

infancia y adolescencia se desarrolla en un ambiente de terrorismo. Los talibanes de Afganistán habían llegado a Pakistán en los primeros años del siglo XXI y buscaban por todos los medios imponer su ideología. Generaron un desastre en las relaciones sociales y una destrucción que parecía perpetua. Cientos de edificios fueron destruidos a semejanza de lo que hicieron los conquistadores europeos en las culturas precolombinas, enfocando sus armas mortales a lo que les parecía lo más amenazante: los templos ceremoniales los europeos y los centros escolares, los bárbaros de este siglo. Un ambiente donde la escuela deja de ser un derecho para convertirse en un delito. Entonces la mayoría claudica, da pasos para atrás, se vuelven pequeños y se retiran a sus casas, casi todos, el padre de Malala, Ziauddin Yousafzai, no. Él sabía por experiencia propia lo que significaba la educación, aún más, Quijote como era, crea una escuela con apenas cuatro alumnos, el Colegio Khushal, en Mingora, la principal ciudad del valle de Swat. El colegio va dando tumbos, como los moribundos que se niegan a caer en medio del camino polvoriento. Por momentos da pasos y llega a un árbol que le ofrece algo de sombra y en otros, el polvo árido cubre todas las paredes de ese colegio precario. Pero Ziauddin se mantiene, incluso ante el nacimiento de su primer hijo, que fue mujer: Malala. En la cultura de ese país (formas de vida y religión), la fiesta no iniciaba, nadie expresaba una alegría festiva cuando el primogénito era mujer, Ziaduddin sí. El hombre no se arredra y en su proyecto de vida ve a Malala acudiendo al colegio, presta para aprender a leer y escribir, cosa que no hizo su esposa. Todavía más, se sueña siendo padre de una doctora prestigiada.

Malala no fue hija de un genio; no leyó todos los libros que había en una biblioteca vasta en obras literarias; no fue hija de un matrimonio de científicos que le pusieron la ciencia bajo la almohada. Lo festivo de esta historia es que la niña fue como tantas otras que había en Mingora, con dos tres aparentemente sutiles diferencias:

a) Un padre educado, creyente de la educación y de la religión, que vivía en la pobreza y endeudado permanentemente por mantener el sueño de tener una escuela, comprensivo y amoroso, inconforme con el establishment que relegaba a las mujeres a las deterioradas paredes de las casas. Eran las niñas, por el solo hecho de ser mujeres, el grupo olvidado. Su convicción y determinación fue empoderando discursivamente a Malala.

b) Una madre analfabeta pero intuitiva; una madre que se guardaba en un llanto de soledad sus miedos profundos cuando veía que en Malala crecía esa ola gigantesca de la inconformidad y la protesta; una madre paciente, silenciosa, pertinaz, que obligó a la hija a decir siempre la verdad, al menos a intentarlo. Y dejarla hacer en las condiciones de represión y de ausencia de voz para las mujeres, era ya un pasaporte para transitar por las creencias sin fronteras ni muros.

c) El tercer factor es de Malala completamente. Si bien el padre la pulió con toda paciencia, también lo es que sus dos hermanos menores no alcanzaron ni la claridad, ni la energía, ni la terquedad de esa niña adolescente que mandaba discursos incendiarios en la clandestinidad de las redes sociales en contra de los talibanes y a favor de las niñas desprotegidas. Su creencia por todo lo bueno que podría traer la escuela a los niños

era alimentada por su padre en cada palabra que expresaba, y después, cuando fueron expulsados los talibanes del valle de Swat y ella salió de su clandestinidad apenas a los doce años, el asalto a los podios de los centros escolares y de las plazas, fue ya irrefrenable.

El desprendimiento sobre el resto de las niñas de Mingora y la singularidad de Malala radica en su talento. No me refiero a la genialidad intelectual, esta nunca fue extraordinaria. El talento en ella se expresó a través de su carácter. La convicción de estar tras la búsqueda del bien común, el gusto cultivado en las habitaciones de su casa y en el colegio por descubrir y aprender cosas. Tampoco encontramos en su biografía profesores apasionados, reales educadores. Ella abrevó del bosquejo de mundo que su padre le dibujó y con eso fue suficiente para que la resolución no la dejara un solo día. Siempre tuvo hambre de aprender, de educarse, de ir a la escuela. La ruptura con las otras niñas del colegio y los cientos de olvidadas inició a los doce años, edad a la que el profesor Ziauddin, su padre, la llevaba a que hablara en los eventos públicos en pro de las niñas y de la educación. Hacía eso al mismo tiempo que iba al colegio y aprendía, se divertía, y competía con sus amigas para ser la mejor del grupo. Traspasando esa línea que es tan común en un alumno de primaria o secundaria, ella soñaba en que la vida era mucho más que casarse a los trece años. Si eso estaba en su cabeza, ¿cómo privar de ese sueño a muchas niñas?

El porqué de esa necesidad no se explica en sus discursos, simplemente podemos advertir que estudiaba con sus compañeras porque tenían grandes ilusiones por el futuro y, de alguna manera, a sus doce, trece años,

como una gran infinidad de niños, quería que sus padres estuvieran orgullosos.

Los talibanes, con su violencia desmedida y su intento de asesinato, crean a la Malala pública. En ese momento ella deja de ser un testimonio empírico de esa combinación poderosa de una buena familia, una escuela que cumple con su tarea formadora, y un sujeto que puede potenciar sus talentos. Ella vuelve a nacer después de sobrevivir a tres balazos a quemarropa, y renace en un país que no es el suyo, en un ambiente que le es desconocido y con un rostro cuyo ojo izquierdo pierde ese brillo de adolescente. Nace una nueva Malala a los quince años y su lucha alcanza una tesitura que la lleva a ser una figura pública de carácter internacional.

Un silencio reverencial está instalado en el Olso City Hall. Malala no está arengando a niños, niñas y maestros de los colegios de Mingora, tampoco tiene doce años. Esta vez hay adultos, intelectuales, la realeza de Noruega. Ella tiene 17 años y está frente a la historia. Recibe el Nobel de la Paz junto con el hindú Kailash Satyarthu, un feroz defensor de los derechos de los niños. El silencio reverencial es su inspiración, eso lo intuye desde la experiencia que le ha dado esos dos años en los que regresó al mundo y lo ha recorrido como una novedad diaria. Mueve las manos, agudiza la mirada, se acomoda la tradicional *duppatta* rosa (pañoleta que lleva en la cabeza), ve hacia el auditorio y sus palabras salen libres de su boca: "Podía haberme quedado callada y dejar que me mataran, o bien, levantar la voz, y eso hice". El público se pone de pie y aplaude. Y es que las palabras tienen una poderosa

dosis de congruencia. Ella no altera su rostro, mantiene la mirada apacible y determinada. Probablemente no esté viendo a la realeza sino a las niñas olvidadas del valle de Swat. Después de la pausa sale un nuevo torrente de palabras, con tal seguridad que hasta parecen acompañarse de un ligero tinte de arrogancia: "La educación debe ser para los niños olvidados. Hoy debe ser el último día que se le niega la escuela a un niño".

Su padre, el luchador creyente en la educación, el hombre que murió con Malala y renació con ella, el que dice que son *un alma en dos cuerpos*, no se pierde una sola frase. Sus labios tiemblan o quizás se mueven acompañando las palabras de Malala; su barbilla asciende y desciende de forma incontrolable. El profesor Ziauddin Yousafzai, un educador que acogió a sus estudiantes, que educó desde el testimonio, que leyó como ninguno la vulnerabilidad del contexto y supo crear una pedagogía desde la experiencia de los otros, no puede evitar que su cuerpo se invada de una emoción indescriptible. Su niña con alas está sacudiendo al mundo con las palabras llanas, directas, profundas: "No es mi voz, solo mi voz", concluye Malala con una pasión que llena de energía el ambiente, "soy la voz de 66 millones de niñas a las que se les niega acceso a la escuela". El profesor Ziauddin se deja caer en la butaca. El orgullo hace que su cuerpo se sacuda.

Es cierto, los discursos de Malala están cargados de idealismo; es cierto, nunca se pregunta para qué darle educación a un niño olvidado, es probable que en la frase misma está la intención: para sacarlo de la oscuridad; y es cierto, con su esfuerzo podrá sacar a algunas niñas del olvido, pero miles permanecerán en las tinieblas, quizás por eso ella misma reconoce que "No es hora de dar pasos, es hora de dar saltos".

En el Cañón del Sainz no hay Malalas

Marco Antonio es un profesor de una escuela secundaria que está ubicada en la zona geográfica de la ciudad de Tijuana conocida como Cañón del Sainz. Un profesor joven, con menos de 10 años ejerciendo su actividad en el magisterio, de formación filósofo. Su mirada crítica sobre la educación y la escuela la veo como necesaria para presentar un contra balance al discurso de optimismo crítico en acción de Malala y su padre. Marco Antonio ha trabajado junto con otros profesores en un proyecto de investigación sobre la desigualdad social y la educación en ambientes vulnerables de Tijuana. Producto de ello el libro *La educación en la frontera vulnerable* (Salazar, López y Robles, 2019). Su tesis es que la escuela reproduce la desigualdad económica y que, a lo sumo, los pocos que se logran escapar (al estilo del cangrejo que busca salir del balde) de esa fatalidad, se convierten en una carne calificada para las empresas neocapitalistas. Según él, salen del cañón solo para seguir atrapados en un cañón de tentáculos más largos.

No hay misterios ni novedades en el perfil de los que habitan el Cañón del Sainz. La escolaridad promedio de los adultos es la secundaria, abundando los desertores del bachillerato, de la secundaria misma y algunos más con primaria incompleta. Con ese nivel de escolaridad, el tablero laboral no se sale de la regla. Abundan en el sitio trabajadores de las maquiladoras, comerciantes ambu-

lantes, vendedores de frutas, agua, baratijas, trabajadoras domésticas, albañiles. La composición familiar también está pintada en ese lienzo precario: muy probablemente cinco de cada diez niños viven con padre y madre, el resto, solo con uno de ellos o con los inefables abuelos. Ese lienzo claramente refleja la desigualdad social en su expresión de pobreza, sin embargo, matizo: el nivel de desigualdad no es extremo, los habitantes del cañón no viven en situación de pobreza extrema, su casa no es la calle. Tienen un ingreso, aunque sea marginal, y un sitio donde dormir todos los días, con agua potable, luz eléctrica, drenaje, acceso a través de calles, algunas pavimentadas, otras no. Tienen su espacio de vida aunque lo deban todo. Subrayo: no son habitantes de las banquetas o de los rincones de los puentes de la ciudad, si lo fueran, ni cien Malalas, con solo pensar en la escuela, pudieran enderezarles el destino.

Marco Antonio intenta explicar lo que ahí acontece:

—Así como muchas zonas de Tijuana, con la industrialización de la ciudad, las primeras familias que habitaron el cañón se vieron obligadas a cambiar. Pasó de ser un sitio de rancherías en las que se vivía pacíficamente, a convertirse en un espacio urbano marginal. Se ha vivido una metamorfosis, en el cual aquel ranchero inmigrante pasa de tener una vida sencilla a verse obligado a incorporarse a la sociedad capitalista-industrial. Pasar de vivir "bien" a ser "pobre".

El cañón, esa cicatriz geográfica de la ciudad no crece en tamaño, sí en habitantes. Las empresas constructoras llegan y llenan los espacios vacíos con nuevos fraccionamientos. Casas muy pequeñas, una junto a la otra, como si fuesen una línea de producción estandarizada. Crecen las necesidades, la violencia, la inseguridad, la desconfianza. La calle ya no es el patio grande de los vecinos, sino el sitio oscuro donde acecha el peligro en cada esquina.

—El crecimiento de la colonia empujó a las personas a buscar cosas mejores —afirma el joven maestro—. Un estado constante de búsqueda. Una búsqueda por algo mejor. La escuela llega con una promesa, como esta solución a esos problemas: "Estudia para que puedas salir adelante, ¡para de sufrir!" Sin embargo, no hay una creencia en la educación. Envían a sus hijos a la escuela porque no quieren que terminen como ellos. No quieren que ellos sean discriminados. Hay una contradicción entre ese deseo y la realidad. ¿Cómo se puede pensar con tranquilidad en la escuela si se está preocupado porque cualquier lluvia puede tumbar tu casa? Vas caminando por la calle y ves por doquier *diablitos* para robar luz. ¿Qué tipo de educación esperas que tenga un alumno? Fuera solo eso, frecuentemente las madres llegan de trabajar de la maquila con el nuevo novio a un lado, y ahí en el descobijo de una casa de uno o dos cuartos, tiene relaciones sexuales. ¿Qué valores les enseñas?

Habría que tomar un taxi colectivo desde el centro de la ciudad (las famosas calafias) y después de un largo trayecto que se extiende más allá de los 45 minutos, se avizora el sitio que parece no ser. Las calles torcidas, los altos de disco colgando de los postes de la luz y alguno que otro semáforo son solo decoración. Allí los autos no se detienen y los policías no detienen a los choferes. En tiempos de lluvia se instala el apocalipsis. El agua se apo-

dera de todo y su rival manifiesto son los rezos fervorosos de las mujeres que se agarran de las frágiles paredes de sus viviendas para que éstas no se vengan abajo. Los arroyos son los señores feudales del cañón. Las familias miran para todos lados y se preguntan cuándo saldrán del inframundo. Luego escampa el cielo y lo que sigue es el recuento de los daños. Y nadie se va, muchos no porque tengan arraigo, sino porque no tienen a dónde ir, además, si abandonan, la vivienda dejará de ser suya. Siempre hay fantasmas que acechan las pertenencias ajenas.

—Y en ese mundo de un terrorismo diferente al de los talibanes, pero desgarrador de otras maneras, me pregunto qué pasa con la escuela —reflexiona Marco Antonio—. Y de pronto me vienen a la memoria los planteamientos de Dubet y Martucelli (1997) cuando establecen que escuela tiene cada vez más semejanza a un "mercado". Un mercado en el que uno es capaz de escoger quién quiere ser. Una fábrica de ilusiones. Un mundo de identidades en el cual el consumo es el sentido verdadero. Estudiar para tener un trabajo. Para vivir mejor. Tener una mejor casa, un mejor auto, mejor seguro; tener buenas vacaciones, que no falte el alimento, para ti y tus hijos; crecer, consumir y morir. Esa es la promesa. Lo único que queda es escoger en el pasillo del mercado como lo vas a consumir: ¿serás doctor, literato, mecánico, secretaria, chofer, etc.? El papel que juega la escuela en este lugar es fabricar aspiraciones. Presentar otras formas de identidades de las cuales las personas pueden ser parte. Como un trapo mojado exprime a los mejores. A aquellos que están dispuestos a sacrificar su tiempo por otro estilo de vida. Familias que aspiran a la exclusión, como muchas

otras que viven en mejores sitios que el Cañón del Sainz, ¿Por qué no aspirar, aunque sea una quimera? Ahí no se educa, en el mejor de los casos, se instruye para buscar una mejora económica, y nada más.

No me gusta la afirmación de Marco Antonio de que en ese contexto no se puede educar. Mantengo la pregunta porque no me gusta su respuesta, y no porque le falte razón, por encima de ella me digo que debe de haber algo más. Lo predeterminado, lo que se supone que va a ocurrir porque no hay posibilidades de cambio, no cabe cuando alguien construye un espacio para educar, para la buena educación, y no hace falta un padre como el de Malala para que eso ocurra. Más bien Marco Antonio no ha pasado de la piel y eso es lo que lo vuelve escéptico. Tiene que regresar al concepto original del sustantivo educación y apropiarse de él; tiene que hacer una hendidura y meterse a la historia singular de los sujetos, y luego, apenas se sacuda con ese mundo, debe empezar un real proceso de educar. Debo responderle a este joven maestro desde tres aspectos constitutivos de la pedagogía de la alteridad. Los españoles Pedro Ortega y Ramón Mínguez, pioneros en el discurso de la pedagogía de la alteridad y el que escribe, hemos sostenido durante estos primeros meses del año una comunicación epistolar electrónica a propósito de los conceptos que hay que reafirmar en este discurso. Pedro discurre sobre el papel de la narrativa:

> Lo primero: No cabe la posibilidad de educar si no es en un contexto o circunstancia que dé cuenta de quién es el otro a quien se pretende ayudar en su proceso de construcción personal. Sin circunstancia no hay existen-

> cia humana, y tampoco educación; siempre se educa a *alguien*, sujeto *histórico* que vive necesariamente en *una* circunstancia o situación, y el que educa lo hace desde una determinada concepción de ser humano (Pedro Ortega, comunicación personal, febrero de 2020).

El contexto, en esta expresión, va mucho más allá de ser un recurso didáctico (que también lo puede ser). Es más bien el texto que el pretexto, donde se inicia verdaderamente el proceso de construcción personal. En ambientes como el Cañón del Sainz, cabe el fatalismo por la violencia, el robo, la desintegración familiar, la orfandad ante la lluvia, los temblores, la dolorosa impunidad y la corrupción que no se inventaron allí, pero que sus habitantes lo viven como actores y víctimas. Si esas son las circunstancias, ¿no hay otras? ¿No hay, en los miles de familias que ahí habitan, cientos en los que el padre asume su responsabilidad y trabaja, lo mismo que la madre, y no saben de violencia y sí de cariño y de abrazos? ¿No hay en el cañón familias solidarias, desprendidas, que ayudan a otras? ¿No hay algunos albañiles, mecánicos, plomeros decentes que hacen muy bien su trabajo? ¿No hay algunas familias que no roban la energía eléctrica, que sí pagan los servicios públicos? ¿No hay madres de familia que sí van a la escuela a exigirles a los directores y profesores que no falten a sus clases y que enseñen a sus hijos de la mejor manera posible? Ese también es el contexto y esas también son las circunstancias. Marco Antonio, desde el discurso actuado de la desesperanza, no alcanza a dejarse tocar por esas fibras.

Lo segundo. En el educador, en los términos que lo hemos planteado en este capítulo, le acontece algo que

no ocurre en el resto de los profesores. Pedro Ortega lo plantea con estas interrogantes:

> ¿Qué ha acontecido en el educador que le ha hecho *salir de sí* para acoger al otro (educando)?, ¿cómo ha influido en el educador la acogida al otro?, ¿qué ha acontecido en el educando al confiar en el otro (educador), dejarse acoger y acompañar por él?, ¿qué ha supuesto en la vida del educando la presencia ética del educador?, ¿cómo discurre el proceso de acogida y acompañamiento al educando? Solo podemos afirmar que en la educación, como acto y como proceso, se produce un encuentro, *un acontecimiento ético* que marca el comienzo de algo nuevo (Pedro Ortega, comunicación personal, febrero de 2020).

En profesores como Marco Antonio no *ha acontecido* ese encuentro. No basta con hacer esta afirmación, sino realmente intentar responder a esta pregunta: ¿qué aconteció en el educador que le ha hecho salir de sí? Tenemos que buscar la respuesta en la historia personal, en la experiencia vivida. Y como hay que encontrarla en ese territorio único, es imposible encontrar un perfil ideal. Hay que buscar los signos de fractura y de recomposición de esa manera de estar, de creer y de actuar. En algunos casos, el origen está en una vocación cuya raíz viene de la infancia y la adolescencia, en otros en el encuentro con un profesor que iluminó una parte desconocida del pensamiento.

No hay un patrón uniforme. Por ejemplo, el profesor Ramiro Ávila, uno de los académicos más relevantes de la pedagogía de las matemáticas en México,

encontró el baúl de la fortuna en un mundo que él se fue inventando desde que impartió su primera clase en una escuela secundaria, cuando apenas salía de la adolescencia. Descubrió a esa edad temprana que los números están en todas partes y que hay que aprovecharse de ello para vencer las resistencias sin argumentos de los estudiantes. Fue a través de los números que abrió la puerta del encuentro con el otro, por su interés y su imperiosa necesidad de crear algo nuevo, aunque fuese una capacidad que ayudara a sus estudiantes a acudir a la ferretería para comprar medio kilo de clavos, o a sumar el costo del frijol, los huevos y la leche que debían comprar en la tienda de la esquina.

Ramiro trabajó ese nuevo comienzo como una responsabilidad de futuro. En él las matemáticas habían obrado una manera distinta de entender y vivir en el mundo y ese descubrimiento no podía quedarse solo para sí. A lo largo de los años tejió experiencias nuevas, más completas y refinadas cada que las vivía. Hizo de las matemáticas un juego y las llevó a una expresión didáctica de primer nivel. Y lo mejor de todo es que ha gozado con cada logro de sus estudiantes. Ese otro, muchos de esos otros que fueron acogidos por el profesor Ramiro, le testimonian la gratitud por esa donación de vida que este educador ha hecho. Solo así se entiende que a los 75 años insista en impartir un curso de nivel bachillerato una vez al año. Ahí hay talentos –me dice para justificarse-, y hay estudiantes cuya orfandad de conocimiento nos demanda (Ramiro Ávila, comunicación personal, febrero de 2020). El educador que acoge al otro recupera a los olvidados, y hay que sentirlos en la sangre.

En el Cañón del Sainz hay muchos olvidados, ¿cómo te acercas a los olvidados? Aquí tenemos otra expresión crucial de la pedagogía de la alteridad. No descubres solo con la vista, o con estar en un salón de clases enseñando a leer a un niño, o tratando de interesar a los alumnos de quinto año con las imágenes de ríos, montañas y mares de otros países. Más allá de un estómago vacío o de un rostro con huellas de violencia familiar (física o psicológica), los adolescentes están en un salón de clases de una escuela secundaria en el Cañón y no es descabellado afirmar que, esperando, aun no sabiendo qué esperan. Pedro Ortega (Comunicación personal, marzo de 2020) otra vez nos muestra un sendero:

> La narración nos desvela lo que hemos sido y hemos vivido, lo que somos y lo que hoy vivimos, la experiencia de nuestra vida. La narración es un libro que se abre para ser leído por otros. En ella la alteridad es despojada de su carácter genérico y abstracto para encarnarse en *alguien concreto*, con nombre y apellidos. Es su experiencia, su vida contada y la de sus compañeros, no la experiencia y vida de unos modelos ideales, traídos de la leyenda y la literatura, la que se convierte en *experiencia ética*.

Señalamos a la narración como algo más sustantivo que un recurso didáctico. La narración es el puerto de contacto entre un obrero y un marinero. El primero no conoce el mar, pero conoce las plazas de la ciudad; el segundo es experto en las mareas y desde esa experiencia podrá compartir la riqueza que ofrece el océano. La palabra oral, y más profunda aún, la palabra escrita, es el punto de encuentro del educador y el estudiante. El

primero entra al salón con su forma de vida por delante y la ofrece sin arrogancias ni intrincadas fórmulas.

¿Qué debemos aprender de los educadores? Algo como esto. En cierta ocasión, cuando estaba por finalizar la hora de recreo en una escuela primaria pública, una niña de quinto año que estaba comprando alguna golosina en la cooperativa escolar, vio que el director estaba hablando con la encargada. Cuando se dio cuenta que la conversación llegaba a su fin, se acercó a él:

—Profesor Rubén: mi mamá me dijo que si lo veía en el recreo, le preguntara dos cosas, ¿puedo?

—Claro que sí, Raquel, ¿qué quieres preguntarme?

—Ayer mi mamá le platicaba a mi papá que en la entrada de la escuela usted puso dos libreros y unas bancas. Ya nos explicó usted que lo hizo para que nuestras mamás leyeran algún cuento cuando estuvieran esperándonos, en vez de estar platicando chismes.

—¿Eso dije yo, Raquel? Qué buena memoria tienes.

—También mi mamá le decía a mi papá que en el recreo usted puso en esta explanada un taburete, un micrófono y un libro de cuentos y que el niño que quisiera leer en público, podía hacerlo siempre y cuando fuese hora del recreo.

—Así es, ¿y cuáles son tus dos preguntas?

—Es que mi papá le preguntó a mi mamá que por qué haría usted eso. Mis dos hermanos que están en la secundaria estuvieron en esta primaria y, según mi mamá, hubo antes de usted al menos cuatro directores. Ninguno hizo, cómo le digo… algo parecido.

—No sé si lo hicieron o no, pero, ¿cuál es la duda?

—Que mi papá le preguntó a mi mamá y ella no supo responder por qué lo hizo usted.

El profesor Rubén no le dio la respuesta a Raquel. Solo le dijo que le dijera a su mamá que en la próxima junta de padres de familia, él les compartiría un relato sobre ello. Esto fue lo que platicó:

—Ustedes me ven llegar a esta escuela con mi maletín, una ropa limpia y bien planchada, un carro no lujoso pero sí bien cuidado. Pensarán que tengo mucho dinero y que siempre lo tuve, pero no es así, ni lo tuve ni lo tengo, aunque para serles honesto, mi familia no pasa hambres y por fortuna mis hijos pueden ir a la universidad. No siempre fue así, de pequeño, me supongo que como en el caso de ustedes, nunca hubo un libro de cuentos en mi casa porque mi padre, albañil, plomero, herrero, todo al mismo tiempo, solo tenía dinero para comprar alimentos, y mi madre repartía el suyo lavando ropa, limpiando la casa, haciéndonos comida y evitando los constantes pleitos entre los siete de sus hijos. Yo fui a la primaria, después a la secundaria y luego a la Normal, y los libros que leí estuvieron siempre en la biblioteca, no en mi casa. Y, ¿saben otra cosa?, era un estudiante muy tímido. Y eso me vino de una ocasión en que mi maestra de cuarto me obligó a recitar de memoria una poesía en la ceremonia del Lunes social, una poesía que se llama México, creo en ti, más larga que la cuaresma. Claro que al ver a los más de 400 alumnos de esa escuela y en particular a mis compañeros del salón haciendo gestos, me entró el pánico y no pude ni concluir la primera estrofa.

»Esos momentos de mi vida escolar nunca se me olvidaron. En secundaria no participé en actividades cívicas porque me daba pánico hablar en público. Cuando empecé a trabajar como profesor, me propuse hacer dos

cosas: poner los libros al alcance de los padres y de los niños y, por otra parte, dejar un micrófono ahí, en medio de la explanada, para el que quisiera leer, lo hiciera. Serán traumas, si quieren llamarle así, o ganas de desarrollar el talento en sus niños y la imaginación en ustedes. El punto es que, de algo habrá servido porque más de una de ustedes llega al librero, escoge un libro y se sienta a leerlo. A veces toca mi puerta en la dirección y me solicita llevárselo a su casa. Y en el caso de sus hijos, sobran manos levantadas para declamar Bandera de México o para leer algunas efemérides en la ceremonia del Lunes social.

Aquel singular director de la escuela primaria contó su experiencia, la real, la acontecida. No tuvo que echar mano de las historias personales de los grandes novelistas de la historia universal ni de los profesores famosos. La narración fue el punto de encuentro entre las madres de familia (el otro) y él. Descarnó su vida y obtuvo como respuesta permanente la aceptación y la presencia de ellas a esas juntas oficiales que pronto se convirtieron en un foro de relatos. El profesor Rubén es un creyente, al igual que poetas y escritores, de que los libros arrinconan la soledad, no le dan tregua. Saber leer es acompañarse de algo, de alguien, no vivir solo. Y los libros, y más cuando son buenos, ahuyentan ese sentimiento.

Marco Antonio no ha bajado a ese plano de encuentro. No se ha sentido movido ni conmovido por los estudiantes o los padres de familia, por ello, aun desarrollando su actividad de enseñante, aun estando día a día en el salón de clases, aun esforzándose por aplicar algunos recursos didácticos y buscar hacer un poco más divertida su clase, no ha ocurrido, en términos de la expresión de Ramón

Mínguez (Comunicación personal, febrero de 2020) que se haga cargo de la realidad. Para hacerse cargo de ella –afirma Mínguez– cabe preguntarse:

> ¿Qué ve en la realidad familiar?, ¿qué desvela, ¿qué analiza, qué verdad (o verdades) oculta la realidad del entorno familiar que impide la promoción educativa del joven talentoso? Lo primero es ver y comprender, antes de actuar. Pero solo si el docente trae esa vena de educador que reconocemos en la pedagogía de la alteridad, podrá descubrir qué situaciones familiares y contextuales hacen sufrir; es decir, ver el sufrimiento del otro.

Para no olvidar a los olvidados no basta con ver la realidad e interpretarla a la luz del potencial que tiene el acto de educar en esas zonas marginales. No basta y del mismo modo no hay manera de encontrar los modos sin ese principio básico. El encuentro es imperioso y el relato una manera de entender mejor la vida que ahí se vive. El padre de Malala, educador por excelencia, no lo explicó de esta forma en aquel enrarecido contexto del valle de Swat, pero su compromiso social y político fue fundamental para potenciar los talentos. Al menos para Malala y para algunas otras decenas de niñas, la educación sí fue una vida de ruptura del círculo. Esa conciencia de estar es lo que se espera de un profesor como Marco Antonio, claro, si está tocado por la vocación, y esa manifestación de las emociones es más personal que la pasión.

Referencias

Dubet, F., y Martuccelli, D. (1996). *La escuela: Sociología de la experiencia escolar.* México: Losada.

Salazar, M., López, L., y Robles, N. (2019). *Educación en la frontera vulnerable: Narrativa sobre desigualdad social en Tijuana*. México: Cetys Universidad.

Ortega, P., y Garate, A. (2017). *Una escuela con rostro humano*. México: Cetys Universidad.

Ruiz, C. (2017). *El laberinto de los espíritus*. Barcelona: Penguin Random House.

Youzafzai, M., y Lamb, C. (2013). *Soy Malala*. México: Alianza editorial.

Escuela indígena: Filemón y la esperanza de los olvidados

Iván de Jesús Contreras-Espinoza

La educación es el gran motor del desarrollo personal. Es a través de la educación cómo la hija de un campesino puede convertirse en una médica, el hijo de un minero puede convertirse en el jefe de la mina, o el hijo de trabajadores agrícolas puede llegar a ser presidente de la nación.

Nelson Mandela

El origen de la formación

A las cinco de la mañana, el olor a leña y café de olla invade una pequeña casa de madera ubicada en la Sierra de Juárez, al norte del estado de Oaxaca, rodeada de una gama de colores verduzcos patrocinados por la flora del lugar. Se escucha de cerca el sonido de una cascada, que en su volumen se ven reflejadas las primeras lluvias de la temporada. Al interior de ese humilde hogar, resuenan al unísono las risas y el llanto de tres niños, dos de ellos

gemelos, criaturas rebosantes, de piel apiñonada, que pisaban descalzos la tierra llena de vitalidad, pequeñas mentes con sueños guajiros que, aún en su imaginario, no concebían las vicisitudes que la vida les tenía preparadas. Entre ellos Filemón García, un niño inmerso en condiciones precarias, pero que, con tenacidad y empeño, lo llevarían tan lejos como lo hacen aquellas aves que emigran de su pueblo natal cada invierno.

Su padre, de origen mixteco, había conocido a su madre en la ciudad, pero al corto tiempo fueron asignados como maestros rurales en aquella lejana sierra.

—Entonces mi papá fue el que más batalló para hablar el español, porque se comunicaba casi cien por ciento en la lengua mixteca, que era la primera que aprendió. Mi mamá no, al contrario, hablaba más español que mixteco.

Después de 15 años de vivir en condiciones vulnerables, en un contexto marcado por la desigualdad, donde la esperanza de sus habitantes radica en cada día tener un plato de frijoles en la mesa y que, tras el nacimiento de los gemelos y del hermano menor, un niño con síndrome de Down, se dieron cuenta de que era momento de zarpar y navegar hacia la selva asfáltica, sus padres exclamaron: "Aquí qué va pasar, tenemos tres chilpayates y las condiciones no son las mejores para su crianza, entonces mejor nos vamos a la ciudad".

Era el verano de 1980, la ciudad de Oaxaca de Juárez les acogía con un clima caluroso, cuesta a sus espaldas cargaban sus cachivaches, mientras tomaban de la mano a sus pequeños engendros –así suelen llamar algunos padres a sus hijos en México–, pasaron por la plaza central donde de fondo se escuchaba la marimba, se dirigían a lo

que sería su nuevo hogar. Nuevos bríos estaban por venir. Sus progenitores tenían en la mira otro futuro y diferentes encomiendas, una de ellas fue que su padre solicitó cambio para ingresar al Instituto de Educación Pública del Estado de Oaxaca (IEPO), en las oficinas centrales como docente, y su madre, aunque era una profesora cálida, interesada en sus alumnos, enamorada de la enseñanza en el aula, y que por sus poros emanaba la vocación por la docencia, decidió cambiar la plaza de docente por una administrativa, lo que le permitiría estar al tanto de la familia. Las condiciones fueron distintas.

—Entonces mi vida ya no fue rural —comenta Filemón—, ya no hablé mixteco cien por ciento, me crié en la ciudad donde estudié hasta la primaria, en Oaxaca.

Es ahí, durante su formación básica, donde por primera vez tendría el contacto con aquel comportamiento que en nuestros tiempos se considera "antipedagógico", pero que en aquella época eran prácticas muy comunes.

Como una experiencia no grata, es así como recuerda Filemón su paso por primero y segundo de primaria. Durante esos años, el comportamiento y trato de su maestra Petra, era algo que le abrumaba.

—Era de esas maestras estrictas, intimidantes, que nos dejaban ahí recargados en la pared por horas, de las que nos querían firmes, que nos aventaban el borrador o nos jalaban las orejas, no nos dejaba salir a recreo y nos enviaba a su casa a trabajar horas extras, a barrer, recoger la basura, como si fuésemos sus empleados domésticos.

Sin duda, un fuerte impacto para un inocente niño, que su única responsabilidad era realizar tareas escolares, una que otra plana y aprenderse el abecedario. Aún

retumban en su mente esas palabras que marcaron su infancia: "Necesito que vayas, pero no a estudiar sino a trabajar en mi casa". Las secuelas aún persisten, expresa con una mirada profunda y nostálgica.

En su cabeza hacían mella dos mundos: uno donde la vocación de sus padres era tal, que estaban convencidos que a través de la educación se pueden cambiar y mejorar las condiciones de los seres humanos, puesto que ellos se entregaban en corazón y alma a sus trabajos. En contraparte, estaba inmiscuido en un mundo donde aquella maestra le mostró, precisamente, lo que no debe ser y hacer un educador, un tirano, que sólo ve en los niños matrículas por pasar de año. Estas últimas anécdotas fueron determinantes para que, años más tarde, Filemón decidiera cambiar el rumbo de su vida.

A su padre le habían asignado una comisión como capacitador de profesores bilingües, lo que le obligó a cambiar de residencia a Baja California –para ser precisos en la llamada bella Cenicienta del Pacífico, la ciudad de Ensenada–, dejando atrás a toda la familia en el estado de Oaxaca. Es por eso que, una vez que Filemón culmina sus estudios en la escuela primaria, en la que durante seis largos años le acechó la sombra de la maestra Petra y al notar en su madre cierta tibieza y nulo interés en mudarse, tomó una firme decisión de irse. Por ello, un día habló seriamente con su madre.

—¿Sabes qué? Yo me quiero ir con mi papá. Aquí no es mi lugar, me siento atado, y no estoy agusto, es mi deseo irme para Baja California; además, mi amigo Juanito dice que todos allá hablan inglés y puedo ganar muchos dólares.

Esta última "puntada" provocó una sonrisa en la madre, lo que la desarmó de cualquier argumento y aceptó la propuesta del pequeño Filemón. En 1993 decidió emprender un nuevo camino junto a su padre.

Es así que llegó hasta Ensenada, donde culminó sus estudios de secundaria y bachillerato. Era un momento crucial, pues debía elegir la profesión a la que se dedicaría el resto de su vida. Según dice, quería ser ingeniero, ganar dinero y pues no consideraba el ser maestro, aunque sus padres insistían en que fuera profesor. Sin duda alguna, en su mente aún quedaban estragos de aquella figura que en su infancia le marcaría de manera negativa la forma de apreciar la docencia. Filemón, muy decidido y con una convicción férrea, se inscribe en el Instituto Tecnológico de Ensenada (ITE). Aspiraba a ser un reconocido ingeniero electromecánico y ambicionaba en el futuro contar con una buena posición económica, todo esto, una vez que se insertara en el mercado laboral.

Se acercaban momentos complicados para la familia García Nava. Un buen día su padre decide abandonarlos para formar un nuevo núcleo familiar, donde ellos ya no eran parte del plan. Entonces, aquel incipiente joven estudiante de ingeniería abandonó el hogar, se dedicó a trabajar y estudiar, básicamente a ganarse el pan de cada día por mérito propio. Las cosas no le resultaron sencillas, después de tanto batallar se acercó a su padre para pedirle una oportunidad, puesto que a éste recién le habían ofrecido ser supervisor de zona.

—Él aceptó no muy convencido —cuenta—, pero me dijo que no le gustaba porque no estaba bien meter a la

familia, era un hombre muy recto y pues no estaba tan de acuerdo, finalmente me dijo "te voy a meter de secretario".

Corría el año 2003 cuando por primera vez aparecería el nombre de Filemón García Nava en los registros del Sistema Educativo Estatal. En ese momento iniciaba la historia que daría un giro importante a su vida.

Mi primer acercamiento a la docencia, ¿por accidente o vocación?

En ese mismo año, a su padre le detectaron un tipo de cáncer invasivo. El pronóstico no era alentador y en menos de un año el deterioro de la salud de su progenitor se hizo evidente. No les dio tiempo de asimilar la pérdida. Aunque, si hemos de ser honestos, para enfrentar la muerte nadie está preparado. Este fuerte golpe en su vida, despertó en Filemón otro interés.

—Me entró esa cosquillita de la escuela, de buscar la manera de incorporarme como docente; en ese entonces, yo tenía la idea de que las plazas se heredaban y solicité información porque quería continuar con el legado de mi padre.

Desafortunadamente, las condiciones habían cambiado; es decir, ahora tendría que ser evaluado, aprobar un examen para aspirar a ingresar al Sistema Profesional Docente (SDP), pero no todo fue una rotunda negativa. Le ofrecieron colocarlo en una plaza interina como maestro bilingüe, oportunidad que aprovechó al máximo, mientras estudiaba en el ITE, aunque en el fondo sabía que no era suficiente para lograr su objetivo, ya que eso implicaba tener una carrera afín a la pedagogía y por ello decidió, ingresar a la Licenciatura para el Medio Indígena ofertada en modalidad semiescolarizada por la Universidad Pedagógica Nacional (UPN). Posteriormente, en 2005, lo asignaron como profesor interino en la Colonia Benito García, conocida como El Zorrillo, una comunidad rural ubicada al sur de la ciudad de Ensenada, Baja California, advirtiéndole que la asignación se debía a que tenía un perfil alto para trabajar en esa zona, dado su acercamiento a las lenguas mixtecas, eso sí, bajo la condicionante de que debía cumplir con terminar la licenciatura.

Filemón recuerda su primera vez frente a grupo. Era un lunes soleado, aún el verano se hacía presente, los rayos dorados del sol incrementaban la temperatura. Ese día se levantó temprano, desayunó y alistó sus cosas. La distancia por recorrer era larga, por tanto, debía anticiparse y ser puntual, estaba consciente de que eso hablaría bien de su compromiso desde un inicio, y que atesoraba esa gran oportunidad que se le estaba brindando. Se encontraba nervioso, cada tramo que avanzaba en su camino era una constante agitación, en su pecho desbordaba la emoción y la incertidumbre de lo que le esperaba. En su mente hacía mella todo el bagaje que le antecedía para llegar a estar frente a grupo. Recordaba su paso por la primaria y las villanías de la maestra Petra, el ser testigo de la vocación y pasión de sus padres, la muy lamentable muerte de su padre a causa del detestable cáncer y el fehaciente interés de continuar con el legado familiar.

Al llegar al centro escolar lo recibieron los directivos. Se dirigieron a una biblioteca adaptada como aula, construida con tabla roca. Su primera impresión fue de desconcierto al encontrar un salón no digno, pues era un espacio reducido y los niños pasaban amontonados de un lado para otro. Precisamente, era una escuela fundada

por su padre, la ubicaba a la perfección y conocía casi a todos los maestros. Había un contexto de confianza.

—Ese día, el director, con mucha propiedad, se dirigió a mí con una mirada profunda. Con voz ronca y rasposa me preguntó: "¿A qué equipo de futbol le vas?". Yo respondí que a los Pumas y me reviró diciéndome "¡Ay, un gatito!".

Al unísono soltaron carcajadas. Se rompió el hielo y bajó la tensión. El miedo desapareció en ese preciso instante. Le dieron la bienvenida y le presentaron a los que serían sus compañeros de trabajo. En aquel momento, Filemón les comentó que estaba a sus órdenes para lo que necesitaran, que podían contar con su apoyo. Entonces ellos, bromeando, respondieron que se les ofrecían unas sodas. Volvieron a sonreír y en ese momento nació la camaradería con sus ahora colegas.

Ya en el aula, lo presentaron con sus nuevos alumnos, le llamaron por primera vez "profesor Filemón". La encomienda del director hacia los pequeños era de que le trataran con respeto y, sobre todo, que fueran obedientes. Lo dejaron solo frente al grupo. En ese momento se quedó en blanco su pensamiento, se paralizó y, aun cuando había preparado la clase, no supo cómo continuar. Repentinamente, apareció un rayo de lucidez, que le hizo recordar a una querida maestra que en algún momento le regaló un libro. Era un instructivo titulado *Cómo ser huevón sin fracasar en la vida*, de la escritora neoyorquina Suzanne Cane y Olvera, del cual rescata como idea principal que todo lo que queramos hacer en esta vida, debemos hacerlo bien, aunque sea algo sencillito, hacerlo con determinación, pasión y terminarlo. Después de

ese momento reflexivo, pudo continuar. La clase fluyó, el aprendizaje se logró y los alumnos, desde el día uno, empezaron a construir un lazo afectivo con su querido profesor. El ambiente era propicio y la paga no era nada mala, según expresa.

—A los quince días me llegó mi primer chequecito y como yo estaba cubriendo la plaza de otro docente que ya tenía base, pues me llegó un "chequezote" y dije "¡de aquí soy!" —recuerda con una sonrisa.

Para Filemón, el estudiar a la par dos carreras y cubrir interinatos no era nada sencillo, se requería mucho esfuerzo. En la licenciatura para el medio indígena se dio cuenta de que varios de los contenidos había que ponerlos en práctica, no sólo era adentrarse en los planteamientos de Piaget y de Vygotsky –uno de los paradigmas en educación más conocido–, sino también comparar lo que decían los libros con lo que sucedía en el aula. Significaba involucrarse, aplicarlo e ir más allá de solamente llevar a cabo una planeación. Entonces eso le generaba dudas y cuestionamientos sobre si en verdad podría salir adelante, si el camino que había elegido era el correcto.

—Seguía preguntándome "¿qué voy a hacer?". Entonces decidí que debía dejar una [de las carreras], enfocarme en la que me estaba dando mayores satisfacciones. Pensé que era mejor enfocarme en la Licenciatura en Educación para el Medio Indígena, me enamoré de la docencia y abandoné el sueño de ser un ingeniero bien remunerado.

Durante cinco años permaneció en ese centro escolar, el cual le dio oportunidad de iniciar en la docencia y convertirse en un profesor preocupado e interesado por

el bienestar de sus alumnos, de ver más allá de matrícula, a seres humanos en formación. Al pasar de ese tiempo, ya con su carrera concluida y con la experiencia a cuestas, le llegó la oportunidad de cambio: una promoción a ser director en una escuela de reciente creación en la modalidad multigrado indígena, en el poblado de San Antonio de las Minas, al norte de la ciudad de Ensenada.

Otra vez se pondría en contacto con el medio rural, pero esta nueva comunidad se encontraba en condiciones de mayor desigualdad social, de marginación, donde la pobreza y pobreza extrema son un distintivo de la población. El maestro Filemón sortearía una serie de vicisitudes, situaciones realmente complejas, que, con el paso del tiempo, se transformarían en anécdotas que contar y experiencias que transmitir a las futuras generaciones; pero que en el fondo sabía que eran aprendizajes que la formación profesional no le había brindado.

Historias de un aula multigrado indígena

Las comunidades indígenas son lamentablemente un sector de la población marginado y duramente segregado, donde las oportunidades carecen de igualdad y equidad para sus habitantes más vulnerables, sobre todo en un país como México. En un estudio sobre escuelas indígenas de Baja California, Tinajero y Solís (2019) dan cuenta que "los niños indígenas acceden de manera diferenciada a los servicios educativos y que, además, los porcentajes de logro están por debajo de otros sectores de la sociedad mexicana", se ven desfavorecidos por el contexto en el que se encuentran. En este sentido, para Filemón es importante conocer el entorno en el que se desenvuelven los alumnos.

Sin duda, el estar inmerso en este medio le ha permitido conocer a fondo los usos y costumbres de los pueblos indígenas. Recuerda con cierta melancolía lo que en alguna ocasión vivió cuando aún era un inexperto profesor.

El maestro Filemón cuenta que María, una niña de tan solo 11 años, se había ausentado de clases, por lo que la preocupación no lo dejaba, y un día decidió ir a buscarle.

—Recorrí una vereda que me llevaría a su hogar. Toqué a la puerta. Era una pequeña casa construida con carrizos y troncos de madera, misma que se encontraba en la cima de una colina. Abren la puerta y era ella. Ahí estaba parada, muy peinadita, aseada y con un rostro rebosante. Dirijo mi vista hacía su vientre muy notorio y para mi sorpresa estaba embarazada. A su corta edad, a sus 11 años ya se había casado. ¡Dios bendito! ¿Cómo puede ser esto? ¡Es una niña! Esa situación cimbró todo mi ser y durante un buen tiempo me cuestionaba de qué manera podía ayudar para que este tipo de casos no se repitieran.

Ese fue uno de los aspectos que el profesor Filemón empezó a trabajar con sus alumnos: inculcarles valores, educarles y abordar temas de sexualidad. Que, si bien en su cultura es lo habitual, hay patrones que se deben dejar de replicar. Hablarles desde la conciencia. Decirles que las dotes son cosas materiales que al final de cuentas se acaban, que deben disfrutar cada etapa de sus vidas y que frente a ellos está la posibilidad de que conozcan el mundo y se preparen aún más, en miras de ser gente de bien, sin necesidad de vivir situaciones antes de tiempo y mostrarles que no están destinados a trabajar en el campo por más de ocho horas en pleno rayo de sol, sino que frente a todos ellos existe la oportunidad de aspirar a un futuro mejor.

Al siguiente año, volvería a experimentar la ausencia de una de sus alumnas y por un prologado período de tiempo.

—Juanita, una niña de 10 años. Me pregunté, ¿por qué no asiste a clases? Ese día recuerdo que caminé casi una hora para llegar a su casa. Misma que estaba construida por una frágil estructura de madera y sus paredes cubiertas de cartones. Al interior se escuchaba el llanto de un infante. Al buscarla supe que estaba cuidando a su hermanita de dos años de edad. No quería regresar al centro escolar porque sus padres debían trabajar y ella asumía una nueva responsabilidad: hacerse cargo de su pequeña hermana. Entonces le dije que asistiera a clases y que la cuidara en el aula mientras a la par realizaba sus actividades académicas. Ella accedió y a la siguiente semana estaba ahí, había recorrido kilómetros descalza y con su hermana dentro de un rebozo que llevaba amarrado a su espalda. Ahora en el salón de clases, cambiaba pañales y aprendía junto a sus demás compañeros.

Estos dos casos han impactado en la vida de Filemón García, lo han llevado a reflexionar que debemos conocer más allá, porque no sabemos qué problemas o situaciones están afrontando los niños. Esta es la razón por la que todos los días se esfuerza en recordarle a sus alumnos la importancia de que se superen día con día.

—Yo siempre les digo que traten de estudiar hasta la preparatoria, que una vez que lleguen ahí, desarrollen sus competencias, que intenten estudiar una carrera universitaria, que no desistan. Tuve dos o tres muchachos que querían ser arquitectos o médicos, pero su contexto económico no se los permitió. Ahora, cuando se dan estos

casos, les aliento a buscar una profesión que esté a su alcance, en sus medios, pero, sobre todo, que no la dejen inconclusa. Aunque quieran ser doctores, si no pueden pagarlo, es mejor que se adapten a sus posibilidades, una zona rural es un lugar con escasos recursos, se les dificulta trasladarse.

Las condiciones en las que viven sus alumnos son propias de una comunidad rural que se encuentra en el abandono. Donde sus hogares, son casitas de madera de 4 x 4 metros, con un techo de dos aguas –si es que tienen–, en la que habitan de cuatro a seis personas en ese reducido espacio. Son niños que estudian de lunes a viernes, el fin de semana trabajan en el campo y, a los que bien les va, bailando, haciendo malabares o vendiendo curiosidades.

—Mi origen ha sido parte fundamental del éxito como docente en una escuela multigrado indígena, soy orgullosamente oaxaqueño. En su mayoría mis alumnos pertenecen a la comunidad mixteca, hablan mixteco, entonces, al ser mis padres mixtecos, sus raíces, costumbres y tradiciones me hacen afín a ellos. Es ahora cuando me doy cuenta de que mi madre tenía mucha razón, yo tenía que ser profesor. Más allá de una compensación económica, es la satisfacción que te deja esta noble profesión.

Algunos niños llegan con hambre al aula y aunque en ocasiones no traiga consigo mucho dinero, el profesor Filemón siempre está para ellos y apoyarlos. Está plenamente convencido de que el ser humanista, amigable, empático y dar todo por el prójimo, hace que sus alumnos no se sientan solos. Es vital que se sientan cobijados por un guía que les comparta conocimientos en un ambiente

de confianza y respeto, ya que esto impactará de manera positiva sus vidas.

—Cuento con alumnos que llegan desde las 6:00 A.M., otros que salen de sus casas a las 5:00 de la mañana y a las 7:00 o 7:40 A.M. ya están ahí paraditos afuera de la escuela, incluso soportando las bajas temperaturas del crudo invierno en el valle, esperando a que les abran las puertas, a que uno llegue al centro escolar. Llega el receso y no falta el niño que se acerca y te dice "¿Profe, quiere un taco?" [el menú suele variar, puede ser desde una tortilla con sal, una picosa salsa o unos ricos frijolitos], y al decirles que sí, el aceptar con toda la humildad lo que te ofrecen, hace que los niños se pongan contentos, lo valoran y esas sonrisas son invaluables. Y ahí los tienes, con sus caritas "chorreadas", medios olvidados por sus padres, por el sistema, por el país, pero cuando un niño te abraza lo hace con el corazón, eso es lo que te hace sentir vocación, el valor que te dan los niños, te hace ser más humano.

Como una experiencia gratificante, satisfactoria y noble, que te permite permear en los demás los buenos valores que tú puedes tener, así es como define Filemón su experiencia en un aula multigrado indígena.

—Somos más humanistas, ese es el sello distintivo de los buenos docentes y marca la diferencia con las demás profesiones. No olvidemos que estamos impactando vidas. Debemos procurar que nos miren, nos escuchen, aunque estén haciendo otra cosa, pero que te estén escuchando, de igual forma, hacerlos sentir visibles y escuchados.

Historias como éstas son las que nos permiten valorar la importancia de fomentar la multiculturalidad y

la inclusión de nuestros indígenas mexicanos. Más allá de las políticas públicas que en ocasiones quedan en reuniones de funcionarios o en papel, sin convertirse en acciones palpables, en colectivo debemos dignificar a los pueblos indígenas y nativos, porque les debemos nuestras raíces, son nuestros paisanos, somos hermanos, y es nuestra raza.

La práctica docente en un medio rural: retos y desafíos

De acuerdo con los datos proporcionados por la Secretaría de Educación del Estado de Baja California (2020), se estima que la población indígena nativa o migrante en la entidad ronda la cifra de 76 000 personas, de los cuales 97 por ciento son migrantes provenientes de los estados de Oaxaca, Veracruz y Guerrero, mientras que tres por ciento restante, pertenece a grupos nativos bajacalifornianos, incluyendo a las comunidades Cochimí, Cucapá, Kumiai, Kiliwa y PaiPai.

Con base en lo anterior, un estudio liderado por Vázquez y Miranda (2018) para la UNICEF, refiere que en México se esperaría que al menos en cada escuela de servicio indígena estuviera asignado un docente que hablara la lengua materna de la comunidad, pero desafortunadamente esto no sucede. Algunos docentes carecen de la formación profesional y conocimiento de las culturas, usos y costumbres, así como del dominio de alguna de las lenguas de estos grupos nativos o migrantes, lo que limita el proceso enseñanza-aprendizaje.

Esto sin duda implica un gran reto para todos aquellos docentes adscritos a una escuela multigrado indígena. Para el profesor Filemón, sus credenciales, antecedentes y

orígenes, le avalan para poder ejercer con éxito la práctica docente, con alumnos que su lengua materna no es el español. Adicional a eso, la constante capacitación a la que se somete con frecuencia, ya sea provista por las autoridades escolares o las que adquiere por cuenta propia.

—Tratamos de rescatar el valor de las lenguas indígenas, sobre todo, hacer que los niños se sientan orgullosos de hablarlas. Tal vez nosotros no hablamos cien por ciento mixteco, pero es nuestro deber prepararnos. En mi caso, aunque mi padre lo hablaba al 100 por ciento y mi madre un poco, yo ya crecí en la ciudad y no lo desarrollé como debiera, pero de adulto, me he esmerado en practicarlo todos los días con los alumnos que hablan mixteco.

En un inicio, adicional a las dificultades para comunicarse con los alumnos, había que sortear otros obstáculos, como lo era la infraestructura dañada. Cuando llegó al centro escolar, las cosas no estaban bien. En aquellos años, en su carácter de director se enfrentó a un centro escolar bastante deteriorado.

—Me di a la tarea de conseguir lo que faltaba y sacar la escuela adelante. Se encontraba en condiciones deplorables y abandonada. Los recursos no llegaban, las necesidades eran muchas, pero sabía que cruzados de brazos no aparecería la solución. Preguntando, lo único que me ayudó fue que les preguntaba a todos, tenía la confianza de indagar aquello que desconocía. De esta manera, poco a poco fuimos saliendo adelante. Me tocó ir al municipio, hablar personalmente con el presidente municipal, a dar vueltas y vueltas, para expresarles nuestras necesidades de infraestructura. La gestión la hacía por las tardes, porque en la mañana tenía grupos. Al fin encontramos la

manera de que a la escuelita nunca le faltaran cosas, fue un trabajo en conjunto: compañeros docentes, comunidad y gobierno.

Actualmente, en el año 2020, los maestros de educación indígena diversifican sus funciones y actividades, más allá de lo que se estipula en su contrato de trabajo. Dan un extra, al mostrar la mejor disposición para sacar adelante la escuela. Acorde a los hallazgos de una investigación dirigida por Jiménez-Naranjo y Mendoza-Zuany (2016), los docentes de escuela indígena se distinguen positivamente por encima de otros docentes adscritos al sistema educativo general, por aspectos, tales como: mayor inversión de horas en la planeación de clases, fomentar las relaciones interpersonales con las familias y la comunidad, el recorrer mayores distancias para llegar a sus centros de trabajo, contar con más actividades de docencia, y el de afianzar la construcción identitaria de los niños indígenas. Inclusive, varias de estas actividades les implican una afectación en sus finanzas personales, ya que en ocasiones se ven en la necesidad de contribuir monetariamente a las mejoras del plantel. Como lo expresa Filemón:

—En educación indígena (y hasta en planteles no indígenas), los docentes también somos intendentes, enfermeros, organizadores… y más, nos hemos convertido en *todólogos*. Llegamos puntuales a barrer, a imprimir material para la clase, a acomodar las mesas o las sillas. Si alguien se cortó o se raspó hay que curarlos, usar algodón para limpiarle. En ocasiones, les prestamos dinero para comprar agua o algo para desayunar o comer, o te piden de tu comida, de tu jugo o de tus galletas. Entonces, les

compartes porque somos lo único que tienen en ese momento y debemos actuar con solidaridad y generosidad, muchos maestros lo hacemos. Es parte de este trabajo, al final de cuentas el tiempo, la atención y el cuidado es lo que debemos dar siempre a los niños.

Un gran desafío para Filemón y los docentes con los que colabora, ha sido el de encontrarse en el día a día con niños mal alimentados, desnutridos, sin higiene, carentes de afecto y atención, y por lo tanto desmotivados. Cuando se presentan estos factores, el trabajo del profesor se intensifica, debe encontrar la manera de adaptarse y no sólo ver contenidos, sino reinventarse y buscar estrategias que abonen a la resolución de las problemáticas escolares.

—Yo, Filemón García Nava, me considero una persona con fortalezas y debilidades bien definidas, con batallas que luchar como cualquier ser humano, pero siempre entregado a mi profesión. Intento nunca faltar a la escuela, así esté cayendo un aguacero. Mantengo una actitud positiva y no me quejo, a veces uno es bailarín, risueño, amistoso, ahora sí que, hacer circo, maroma y teatro, busco la manera de que los alumnos encuentren esa motivación para asistir a la escuela. Cada mañana, cuando me levanto me repito "hoy me voy a divertir con los niños, voy a ir a motivarles", porque si me restan 30 años por ejercer esta profesión, quiero realizarla con gozo, trabajar divirtiéndome; es decir, hacer mis clases más dinámicas y hacer lo que amo hacer.

Otro gran obstáculo al que se enfrenta la escuela indígena, es a la desigualdad social y educativa. De acuerdo a una revisión estadística realizada por Köster (2016), se pone en evidencia que el gobierno mexicano, invierte

tres veces más en recursos para los niños de primarias del sistema educativo general, que en aquellas primarias pertenecientes a la modalidad indígena; este desequilibrio en el presupuesto trae como consecuencia, fortalecimiento en el rezago educativo y deterioro en la calidad de la educación de los pueblos originarios. La Escuela Primaria Bilingüe General Lázaro Cárdenas, no es la excepción. En este centro escolar donde 80 por ciento de la matrícula es de origen mixteco, hay que procurar darles lo mejor. Esto implica suministrar insumos para aquellos estudiantes indígenas que no cuentan con la posibilidad económica de adquirirlas. Esto es desde lo básico como son lápices, borradores, cuadernos, mochila y, a alguno que otro proveerle de uniforme escolar

A la par de lo anterior, involucrarlos en actividades que le permitan un desarrollo de habilidades y competencias, abarcando contenido como la exploración de la naturaleza, artes, danza, uso de las TIC, plato del buen comer, vivir saludable y el manejo de la lengua indígena. Todo esto en conjunto, pues el maestro Filemón considera que más allá de impartir una educación que los prepare para el futuro, es prepararlos para la vida. De tal manera que todos los días enseñamos en medio de casos o experiencias, situaciones en las cuales se puedan aplicar en el contexto.

—Si el alumno dice "Profe, tengo una situación que compartir", se puede plantear en clase, buscar alternativas y en la solución, reforzar principios y valores. Todos los días trato de adaptar las actividades, porque los contenidos son centralizados, se habla de semáforos, de bomberos, de las estaciones, de edificios, siendo que la co-

munidad se encuentra en la precariedad, no cuenta con sistema de drenaje y no pasa ni el recolector de la basura; por lo tanto, las actividades las debemos adecuar y enseñarles para que ellos pongan en práctica de acuerdo con su realidad.

El 30 de marzo de 2020, la Secretaría de Salud Pública deja de manifiesto en el *Diario Oficial de la Federación* (DOF, 2020), la declaratoria de "emergencia sanitaria" para México a causa del virus SARS-CoV2 (COVID-19). Esto implicaría una nueva forma de organizarse, y la educación no quedó exento de ello. La indicación fue que los niños se fueran a sus casas, y continuarían el proceso formativo a la distancia. Para Ángel Díaz-Barriga (2020) –reconocido investigador educativo–, esta decisión no fue pensada en los diferentes contextos de la educación en el país, por tanto, la educación en línea no cumplió con la promesa para todos. Pero ¿cómo sería esta nueva modalidad para una comunidad indígena sumida en la precariedad? Filemón ahonda en la respuesta:

—Entonces, la instrucción fue la de valernos de herramientas digitales para seguir con el proceso enseñanza-aprendizaje. No estábamos preparados para tal situación; es decir, como docentes estábamos desprovistos de capacitación para hacer frente a esta nueva modalidad, y mucho menos nuestros alumnos contaban con dispositivos móviles, televisores o equipos de procesamiento de datos. Las prioridades de sus padres es buscar sustento, llevar comida al hogar, y todo lo demás, son cosas a las que difícilmente pueden aspirar los niños indígenas.

Llegado a este punto, se puede constatar que los retos y desafíos de las comunidades indígenas son realmente

complejos. Aún queda mucho por avanzar, la lucha no se ha perdido. El trabajo arduo del profesor Filemón y sus compañeros, ha rendido frutos. En retrospectiva, a ocho años de su primer día en la escuela primaria multigrado indígena ubicada en el poblado de San Antonio de las Minas, en el municipio de Ensenada, varios de sus egresados ya se encuentran estudiando la preparatoria y algunos una carrera universitaria. Con el paso del tiempo, la mentalidad de los jóvenes indígenas va cambiando y consideran de suma importancia el superarse día con día. Paulatinamente, está quedando atrás la idea de casarse a temprana edad o migrar a Estados Unidos a perseguir una vida mejor, con la creencia de que el sueño americano es la máxima aspiración.

Ciertamente, como destacan Feltes y Reese (2014), "las escuelas indígenas experimentan problemas persistentes asociados con la pobreza rural, así como la falta de espacios educativos adecuados, maestros con pobre preparación académica y lingüística y altos índices de inasistencias" (p. 5), lo que conlleva a un incremento en los índices de deserción y abandono escolar. No obstante, es meritoria la participación de docentes como Filemón, que luchan contra la corriente, con días en los que se agotan, otros en los que pierden batallas al ver que sus alumnas se van, en ocasiones son devorados por un sistema exigente y poco consciente del contexto que le rodea, a veces se sienten derrotados, sin embargo, aún con todos esos sinsabores, no desisten de estar presentes en la escuela, ni de preparar sus clase, pero, sobre todo, no omiten ver el rostro de los niños y llamarle a cada uno por su nombre.

Las historias de los buenos docentes, como la del profesor Filemón García Nava, merecen ser contadas. Es la forma de dar voz a todas esas minorías altamente silenciadas, lastimadas, olvidadas, y sobajadas, como lo son los grupos indígenas de nuestro país, que ven en la educación su única esperanza de romper el círculo de la fatalidad. Como refiere Ortega (2017), es válido soñar con una sociedad más humanizada, donde el educador tenga un encuentro con el educando, un interés genuino en el otro, desde la ética, el contexto, la entrega, y sobre todo la esperanza de que las cosas se puedan hacer mejor. De esta manera, cada docente se convierte en pieza clave en la construcción de una sociedad más justa e inclusiva, en la que nadie tenga que recibir un trato diferente por su etnia o condición social.

Referencias

Acuerdo por el que se declara como emergencia sanitaria por causa de fuerza mayor, a la epidemia de enfermedad generada por el virus SARS-CoV2 (COVID-19). *Diario Oficial de la Federación* (DOF), 30 de marzo de 2020, Ciudad de México. Recuperado de https://www.dof.gob.mx/nota_detalle.php?codigo=5590745&fecha=30/03/2020

Díaz-Barriga, A. (2020). La escuela ausente, la necesidad de replantear su significado. En H. Casanova (coord..), *Educación y pandemia. Una visión académica* (pp. 19-29). México: UNAM. Recuperado de http://www.iisue.unam.iisue/covid/educacion-y-pandemia

Feltes, J. M. y Reese, L. (2014). La implementación de programas de doble inmersión en escuelas multigrados rurales indígenas. *Sinéctica*, 43, 1-18. Recuperado de https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=998/99831379002

Jiménez-Naranjo, Y. y Mendoza-Zuany, R. (2016). La educación indígena en México: una evaluación de política pública integral, cualitativa y participativa. *LiminaR*, *14*(1), 60-72. Recuperado de http://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S1665-80272016000100005&script=sci_arttext&tlng=en

Köster, A. (2016). Educación asequible, accesible, aceptable y adaptable para los pueblos indígenas en México: Una revisión estadística. Alteridad, 11(1), 33-52.

Ortega, P. (2017). *La educación es un encuentro con el otro*. Ponencia presentado en CETYS Universidad, Mexicali, México.

Robles, H., y Pérez, M. (2018). *Panorama educativo de la población indígena y afrodescendiente 2017*. México: UNICEF/INEE.

Secretaría de Educación del Estado de Baja California (2020). *Proyecto Lengua y Educación*. Recuperado de http://www.educacionbc.edu.mx/departamentos/ebasica/metodos_lengua.php

Tinajero, M., y Solís del Moral, S.(2019). Inclusión y gestión escolar en escuelas indígenas de México. *Perspectiva Educacional*, *58*(2), 147-168. Recuperado de https://scielo.conicyt.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0718-97292019000200147

La música en la escuela: El maestro Martín traspasa fronteras

Shajaira Murrieta Villarreal

El Desfile de Las Rosas

Primero de enero del año 2006, Pasadena, California. Las nubes tienen cubierto por completo el cielo. Desde tempranas horas de la madrugada había comenzado a llover. Ocho grados centígrados, se sentía un viento fuerte, el agua caía desafiante, e imponente limpiaba todo a su paso. A pesar del pronóstico del clima el evento no se cancelaba. Se escucha el frenar de los autobuses, comienzan a descender Nuestros Ángeles de Sonora. Lo primero que se vislumbra al abrir las puertas son los colores de la bandera de México, el escudo nacional bordado en sus trajes. Estaba a punto de dar inicio el Desfile de las Rosas: "una celebración que tiene más de un siglo de antigüedad: un festival de flores, música y deportes sin igual en cualquier parte del mundo" (Pasadena Tournament of Roses, 2020).

Descienden uno a uno los integrantes de la banda de música de la secundaria núm. 22 Miguel Hidalgo y

Costilla, dirigida por el gran maestro Martín Peralta. En el lugar había 250 estudiantes que hasta ese momento portaban sobre su uniforme un impermeable de plástico. Todo comenzaría en punto de las nueve de la mañana. El nerviosismo se percibe en el ambiente. Doce meses de preparación estaban por llegar a su objetivo.

Todos tenían diversas actividades, tomaban sus lugares, revisaban los últimos detalles con sus instrumentos, pero algo no les parecía. Sienten una incomodidad. Hasta que toman valor y un grupo de estudiantes se acerca a Martín.

—Maestro, le queremos decir algo. Si ya llegamos hasta aquí, pues… no queremos usar el impermeable, queremos lucir los trajes.

—¿Seguros? Está haciendo frío y va a llover mucho durante todo el desfile.

—Por favor, maestro, trabajamos muy duro, nos queremos quitar este plástico.

—Está bien, si eso quieren, adelante.

Ese día se llega al culmen de un gran sueño, aquel anhelo de un maestro de música dentro de una secundaria de la ciudad de San Luis Río Colorado, Sonora. Llevar a una banda de 28 integrantes que recibió en el año 1981 a 250 estudiantes para el desfile de Las Rosas, después de 25 años de trayectoria, ya reconocida regionalmente, esos jóvenes que fueron formados a través de la música y la disciplina por un humilde maestro que no sabía hablar en inglés.

El año que cambió mi vida: 1981

Nacido en la Ciudad de Guaymas, Sonora, su padre fue un vendedor de puerta en puerta, amante de la música,

hombre disciplinado, entregado a su familia y al trabajo; su madre, una mujer dedicada al hogar. Llegaron a San Luis Río Colorado cuando tenía cinco años de edad. Desde muy pequeño su padre le enseñó a tocar música, ese niño creció entre instrumentos musicales. En sus vacaciones escolares, su padre se encargaba de inculcarles a sus ocho hijos la dedicación a la música, al menos debían tocar un instrumento. La figura de uno de sus hermanos era predominante, la admiración a la entrega musical de su padre y hermano fueron sin lugar a duda los que marcaron la trayectoria del maestro Martín Peralta.

A los cinco años ya dominaba un instrumento. Al cumplir nueve, ya era integrante de la banda de música de la Secundaria núm. 22 Miguel Hidalgo y Costilla. El maestro Inés Díaz, que en aquellos años era el director de la banda, le había otorgado la oportunidad de integrarse, ya que tenía conocimiento sobre el dominio que el niño poseía de la música.

—Mi hermano Rubén fue el primero en entrar ahí, se dedicó a la música desde chiquillo, antes salías a tocar a los 16-17 años y ya eras un músico, antes era muy duro, pero muy profesional, porque te enseñaban bien a leer la música, te exigían mucho y le tenías que dedicar mucho tiempo. En la casa me ponía a estudiar todos los días música, aparte de lo que eran las clases.

El maestro Inés era un exmilitar retirado, la disciplina en la banda de música que dirigía era parte del día a día. “Nos traía literalmente vestidos como militares”, recuerda. Sin dudarlo, marcó la vida y la trayectoria del maestro Martín; a las 5 de la mañana se tenía que presentar a los ensayos de la banda, ya que las clases comenza-

ban a las ocho de la mañana y no terminaban ahí, pues tenía que regresar de nuevo por la tarde.

—Ya desde entonces estaba definido que era lo mío, y todo el tiempo hay que buscar la vocación, era yo un alumno regular en el resto de materias que cursaba, pero en música era excelente, siempre he dicho que tal vez yo hubiera sido un mal licenciado, eso me ha avalado para demostrar que desde chiquito lo que me gustaba era la música. Yo todo el tiempo tuve muy definido lo qué quería hacer.

La Real Academia Española define la palabra vocación como: "la inclinación a un estado, una profesión o una carrera" (RAE, 2019). Una palabra que en los últimos años hemos extrañado en las aulas, pues de vez en cuando aparecen docentes que llegan a ellas sin realmente el sentido de la pasión por el trabajo que desempeñan, una palabra tan sencilla y difícil de encontrar. Toda práctica educativa debería estar comprometida en la entrega de su ejercicio.

Al concluir la secundaria, rápidamente se integró a la aventura de los grupos musicales. Gracias a ello, tuvo la oportunidad de vivir el éxito y las giras. Para 1981 ya sentía la necesidad de establecerse, habían pasado siete años de giras interminables por decenas de ciudades, autógrafos, éxitos tras éxitos. Cuando fallece el maestro Inés en un accidente, decide regresar a San Luis para los funerales de su mentor. Fue así como se da pie al rencuentro de los alumnos que habían integrado la banda con aquel líder, maestro y guía que respetaban enormemente.

El año que cambió la vida de Martín Peralta, fue 1981, cuando, al fallecer el director de la banda, queda vacante una plaza. "Mi papá era maestro de Educación

Artística en la secundaria y me dijo: '¿Le entras?', le contesté, que sí". En aquellos años, los padres eran de pocas palabras. Las responsabilidades llegaban rápido a la vida de los jóvenes, así que solamente le dio instrucciones de presentarse con el director de la secundaria: "Dile que quieres ser el director de la banda".

—Y así me presenté, le dije: "Soy Martin Peralta y estoy preparado para dirigir la banda de música, deme una oportunidad, yo puedo, la conozco porque aquí me formé".

Ese fue el día en que su vida cambiaba por completo. En ese momento todavía no comprendía que era el comienzo de toda una trayectoria, de retos que habrían de presentarse y vencerse, el momento en que su vida cambiaba para iniciar una carrera de éxitos y fracasos, pero, sobre todo, de satisfacción en el cumplimiento de lo que más amaba, y lo apasionaba por completo: ser testigo de los cambios en los que estaría involucrado dentro de la vida de cientos de estudiantes.

Longueira (2013) menciona que la educación musical es una parcela de la educación y no sólo se puede generar sobre ella conocimiento de la educación, sino que debido a ese conocimiento puede ser entendida como ámbito de educación general y como ámbito general de educación.

Después de conseguir la vacante, se enfrentaba con un problema: no tenía ningún documento que avalara la formación musical con la que contaba, y si quería obtener la seguridad de un empleo, debía encontrar la forma de garantizar los conocimientos que poseía. Es entonces cuando se integra a su historia el maestro Chinto Men-

doza, quien contaba con una trayectoria impecable en la música y en ese momento se encontraba en Bellas Artes en la ciudad de Mexicali, Baja California, ciudad vecina de San Luis Río Colorado. Fue así como recibe Chinto Mendoza la solicitud de Martín Peralta, para avalar los conocimientos con los que ya contaba sobre la música.

—Sí te puedo dar un documento —le dijo—, pero primero te tienes que inscribir a Bellas Artes, déjame ver cómo estás.

Durante tres años viajaba una vez a la semana a las clases en Bellas Artes, y gracias a ello logró obtener aquel documento que necesitaba para asegurar su empleo en la secundaria.

—Es un honor haber estudiado con el maestro Chinto Mendoza —expresa—, él es un icono de la música. Me dijo: "Vas a venir los jueves y harás la tarea de toda la semana"; ya estaba yo trabajando y así fue como hice los tres años. Ya después me fui a Nayarit. A Tepic iban muchos profesores a concluir o continuar su formación.

La Unidad UPN 181 (antes SEAD) fue creada el 1 de octubre de 1979 y en febrero de 1980 inicia sus funciones partiendo de un diseño nacional para articular los esfuerzos en los estados, con el propósito de que los maestros en servicio volvieran a los espacios áulicos a estudiar y discutir los problemas educativos más sentidos de la sociedad nayarita, que exigían innovaciones prioritarias no sólo en el ámbito académico, sino también en el administrativo y de la gestión educativa (UPN, 2020).

Ahí comenzó otra historia de vida: enfrentarse a la resistencia al cambio de aquellos estudiantes que integraban la banda de música, asumir el rol de director,

aquel espacio que su mentor le había dejado. La primera estrategia que utilizó fue buscar una melodía que llamara la atención de aquellos jóvenes, algo de los Beatles, *Hey Jude*, con eso logró romper la resistencia y sus nuevos estudiantes se sentían emocionados, no estaban acostumbrados a tocar esos estilos. "Para tener motivado a un estudiante, tienes que estar en su mundo".

Al mes de haber iniciado sus labores como el nuevo director de la banda, tuvo su primera presentación. Fueron invitados a un evento de otra secundaria de la ciudad. El director de la secundaria se encontraba muy nervioso por el cambio de estilo.

—Era un evento regional y nos metieron ahí, nos invitaron, y cuando tocamos la melodía la gente se paró y el maestro Terrazas me acuerdo que dijo: "Tenemos maestro para rato".

En el verano de 1982, por insistencia de su padre, se va al estado de Nayarit. Tenía que continuar su formación como director de la banda. Al llegar allá, localiza un curso que era impartido por la Secretaría de Educación Pública y este era justo lo que el buscaba. El objetivo de dicho curso consistía en enseñar música de la manera más rápida posible, en una semana ofrecía la posibilidad de estar leyendo música.

—Cuando llegué, no sabía ni qué iba a estudiar, pero de alguna manera los músicos siempre nos encontramos. Algunos me dijeron del curso que se estaba dando de cómo enseñar música, y cómo aprender rápido, así que tomé mis cosas y mi rumbo se estableció.

Cabe destacar que la experiencia con la que él ya contaba al ser integrante de la banda y estar al frente de

la misma, pudo darle los conocimientos necesarios para realizar una adaptación entre los nuevos aprendizajes y las necesidades de enseñanza que tenía en el día a día en sus labores. Fue entonces como desarrolla su propia estrategia de enseñanza, la cual después de 38 años de trayectoria, sigue utilizando y obteniendo resultados igual que aquel primer día.

—Todo lo que veo y me gusta, lo adapto. Los resultados se ven inmediatamente. Los niños aprenden jugando, nunca se enfadan.

Your Banda Parade

Para el año 1992, la banda de música ya recibía invitaciones por parte de otros municipios del estado de Sonora para tocar en diversos festivales, desfiles y carnavales. El público de las ciudades les aplaudía en cada evento en los que se presentaba. Con los años se vuelve tradición aperturar el concurrido Desfile del 20 de Noviembre con la banda de música de la secundaria, así como las fiestas de la ciudad de San Luis Río Colorado, La Feria del Algodón. Se había vuelto famosa esa banda escolar en San Luis y en el estado. De esa manera comienzan a llegar invitaciones a nivel regional para presentarse con los arreglos que el maestro Martín Peralta realizaba.

—Estuvimos en carnavales como el de Ensenada y Guaymas. En un carnaval es muy difícil controlar el público, pero cuando ya lo has logrado, sientes que estás preparado para todo. Después, en el año 2004, festejamos con una gran presentación el 50 aniversario de la banda en el entonces Estadio Revolución, y recuerdo que justo ahí, el maestro Bracamontes, que era locutor de la radio,

me pregunta: "¿Qué sigue de aquí?", entonces, sin dudarlo, contesté: "el Desfile de las Rosas".

Rápidamente con la firmeza de saber que la banda dominaba al público, y con el nivel musical alcanzado, se preparó para presentar la solicitud para participar en el Desfile de las Rosas que se celebra anualmente en Pasadena, California, en Estados Unidos. El rumor rápidamente se propagó, fue entonces que recibió todo el apoyo de la comunidad, y de la entonces directora de la secundaria, la maestra Lupita Álvarez.

—El primer paso era integrar un paquete muy técnico, sobre la música, dirección, estilo, pasos por segundo de la banda, se grabó por toda la Avenida Zaragoza, con caras arriba, que todo se viera perfecto. La música que mandé tenía que ser algo muy latino, con ritmo, así que recuerdo que decidí enviar algo de Ricky Martin, grabamos *La copa de la vida* y el *Mambo número 8*.

Para la integración, recuerda que recibió mucho apoyo, pues tenía una sola oportunidad y había que acertar en las decisiones que se estaban tomando. La banda estaba preparada y con la disposición a darlo todo por participar en ese desfile internacional, el sueño de muchos directores de banda.

—El 16 de septiembre de 2004, estábamos el maestro Arturo García y yo trabajando en casa, haciendo unas planeaciones anuales, cuando recibo una llamada entre inglés y español: "Martin Peralta, *your banda parade*". Y no le entendía, entonces le grité a Arturo y le pregunté si sabía inglés, y él me dice que poquito. Le digo que agarre el teléfono y entonces me dice que fuimos seleccionados para ir a Pasadena. Yo dije que nos estaban cotorrean-

do, me decían "Martín Peralta *your banda*, *your banda*", y pues nosotros a unos gritos, brincando como locos.

El proyectó duró un año, en el cual tuvieron que implementar diversas estrategias de trabajo, desde la logística económica hasta la logística de ensayos, integrar todo el apoyo posible, desde padres de familia, autoridades, ciudadanos, y por supuesto los alumnos de una secundaria. Era hacer parte a toda la ciudad, ya que la banda de música iría representando no solamente a la ciudad de San Luis Río Colorado, representaría a toda América Latina. Era la tercera ocasión que el Desfile de las Rosas recibiría a una banda latinoamericana.

Ese mismo año fueron invitados a asistir al desfile que se celebraba en 2005, esto con la finalidad de presenciar las necesidades que tendrían en su participación para el siguiente año, en 2006. La tarea no era sencilla y había una lista de necesidades interminable. Durante esa asistencia pudieron conocer al entonces vicepresidente de Univisión, al Sr. Jorge Mettey.

—Recuerdo que me dijo: "Este mambo va a mover el mundo". Era el *Mambo número 8*.

Uno de los aciertos que se tuvo al integrar aquel expediente de solicitud, fue el no copiar a ninguna banda ni de Estados Unidos ni de ningún otro lugar.

Mettey encontraba un pequeño inconveniente: la banda no tenía un nombre. Después de 50 años de haberse formado, continuaban presentándose como la banda de música de la Secundaria núm. 22.

—Ellos le pusieron a la banda "Nuestros Ángeles de Sonora". En un principio yo no quería, recuerdo que me dijo: "No le vamos a quitar Secundaria 22, es que, son

unos angelitos esos niños, además necesitan un nombre que los identifique".

Después de regresar y revisar la estrategia de trabajo que tenían que llevar a cabo, se decidió la formación de un comité para el manejo de los recursos y actividades que serían necesarios para la presentación de la banda al siguiente año. Había que trasladar a 250 alumnos a Pasadena, comprar una diversidad de instrumentos, coordinar actividades en radio, televisión, elaboración de uniformes, coordinar esos 250 alumnos musicalmente, eran 20 segundos los que se le otorgarían a la banda para salir en televisión, toda la preparación se concentraba en buscar la perfección en esos segundos.

—Claro, había entrevistas de radio y muchas más actividades, yo tenía que escribir toda la música que llevamos a Pasadena, la tenía que escribir manuscrita, acomodar los arreglos, porque yo sabía que al dar vuelta en la diagonal, estaban todas las cámaras del mundo, yo tenía que acomodar todo, y que llegara la banda tocando y no dejar de tocar, planear todo, y qué bueno que lo hice, porque justo ahí se paró el carro alegórico, duramos casi tres minutos en televisión, cuando eran 20 segundos nada más, fue cuando tocamos el *Mambo*, *La marcha de Zacatecas*, miles de cosas me dediqué a planear, me recalcaron tanto los 20 segundos, esos se convirtieron en ¡tres minutos!

Un año de trabajo y tres minutos que definitivamente cambiaron la vida de 250 estudiantes. Pero la riqueza de esa experiencia la vivió una ciudad completa. Los estudiantes portaron con orgullo aquellos uniformes mojándose bajo la lluvia, llegaron seguros a aquella diagonal a la que tanto temían. El público se paraba a aplaudirles,

bailaban al escuchar una banda diferente, un estilo latino, lleno de fiesta y algarabía. Entre ellos orgullosamente estaban los padres de familia de esos jóvenes y un país completo acompañándolos a través de la televisión. Hasta el día de hoy se habla con respeto y orgullo de la participación de esa banda en el Desfile de las Rosas, esa banda dirigida por un gran maestro el cual luchó incansablemente para demostrar que no existen los límites, que a pesar de cualquier necesidad que se pudiere tener en el país, todo es posible con trabajo, disciplina y esfuerzo.

La vida cambiaría por completo el destino de esos jóvenes, otorgándoles la oportunidad de comprender la recompensa del esfuerzo. El éxito en conjunto era el fruto del trabajo en equipo. Cada sacrificio había valido la pena, casi tres minutos frente a las cámaras, robando el corazón de miles de estadounidenses. Mojados en el frío, el resplandor y brillo en sus caras lo decían absolutamente todo. Se dieron cuenta de que cada anhelo podía ser alcanzado. Su líder los había acompañado en ese proceso dirigiéndolos acertadamente. El respeto a su director era palpable, el cariño a la formación recibida, a las acertadas llamadas de atención, a la preocupación por llevarlos a un mejor nivel.

Los frutos del trabajo

—La satisfacción más grande que puedo sentir, es el reconocimiento de mis estudiantes, porque son muy especiales, los regañas y ya te odian. Todos los años cada generación que salía, me daban una placa. Le voy a contar algo, hubo una generación a la que no le dieron permiso para que me entregaran el reconocimiento en la ceremonia de graduación, el director de la escuela decía que no se podía dar un reconocimiento a un maestro en particular, que todos teníamos que ser iguales, que, si no era para todos, no era para nadie. Pero los alumnos no hicieron caso, claro, respaldados por sus papás, y en plena ceremonia se sube una alumna con la placa y comienza a hablar: "Para el maestro Martín Peralta…". Fue el acabose, pobres chavos. Esos son momentos inolvidables.

El fruto de trabajo, de entrega y de pasión se han recibido con el paso de los años. El haber sido partícipe de la transformación de cientos de estudiantes a través de la disciplina y la música, aquellas enseñanzas que él había recibido por parte de su padre, los maestros Chinto Mendoza e Inés Díaz, así como la figura de su hermano y la formación de Nayarit, habían marcado el rumbo de ese gran docente. Aquel que daría todo por sus estudiantes, logrando impactarlos con dedicación y entendimiento, utilizando estrategias al nivel de estos, sin perder de vista el respeto y la entrega a la actividad.

—El estudiante debe de seguir con su carrera y la música les va a ayudar, siempre he trabajado desde esa visión, yo no quiero que sean músicos, quiero motivarlos a seguir estudiando. Tengo una regla, que todo esto les sirva para su formación y que vean que las cosas se logran con esfuerzo. Los que trabajamos en la educación tenemos un compromiso muy fuerte, estamos formando a un estudiante, nosotros tenemos un gran compromiso con ayudarlos, de uno depende en gran medida llevarlo al éxito o al fracaso. Le digo a los estudiantes que nunca declinen, es lógico que se pueden equivocar, pero el que no se equivoca no aprende y con los años

me los encuentro y me lo agradecen. Nunca hay que declinar, creyendo siempre, creyendo en lo suyo, hay que equivocarse y aprender.

El trabajo de un maestro había transcendido internacionalmente, aquel sueño dorado se alcanzaba con éxito, casi se encontraba en la recta final de una línea de tiempo para alcanzar su jubilación. ¿Qué haría ahora? ¿El haber llegado al Desfile de las Rosas era el final de una carrera profesional?

—Yo creo que este es mi tiempo, donde tengo toda la experiencia del mundo y donde puedo todavía ayudar más a las nuevas generaciones de estudiantes, es cuando estoy en mi madurez, dicen que al final, pero no, lo que yo sé con mi experiencia puede ayudar mucho más a los estudiantes y no me la quiero llevar para mí solo, quiero que ellos aprovechen todo lo que mi experiencia les puede dar.

Después de 2006, llegaron otros retos, otras luchas: "una vez alcanzado el éxito y en ese nivel de presentación, ya eres reconocido en otra escala". Poco tiempo después, inesperadamente, recibe una invitación de trabajo por el doctor Raymond Aguilera, de la ciudad de San Luis, Arizona, en Estados Unidos. Martín recuerda la conversación:

—¿Doctor, y qué voy a hacer yo?

—Espérate.

—No, pero ¿que yo voy a dirigir?

—Espérate, ya verás… ¿sabes lo que quiero?

—¿Qué?

—Que me digas cómo le hiciste tú con la 22, ¿dime cómo empiezas a dar una clase?

—Yo no sabía qué hacer, por dónde comenzar…

—Tú hazlo como toda la vida… No te mortifiques, va a funcionar.

Estaba siendo invitado a participar en la coordinación de bandas de marcha en Estados Unidos, para el Distrito de Gasden en la ciudad de San Luis, Arizona. La finalidad era conformar un equipo de trabajo integrado de diversos directores de banda que se irían integrando con el paso de los años. Le estaban solicitando aplicar su experiencia y coordinar a ese equipo. La invitación estaba acompañada con la estancia legal en ese país, y se adaptó la propuesta a tiempos y horarios de disponibilidad.

La separación de aquella secundaria en México que lo había formado como director de banda, dejaba un profundo dolor, sin embargo, su intuición le decía que debía seguir caminado, continuar escalando, para lograr la finalidad que él buscaba, seguir formando jóvenes a través de la música y la disciplina.

El distrito actualmente está integrado por ocho escuelas de diversos niveles. Cuando llegó a la ciudad de San Luis, Arizona, sólo existía una banda. Actualmente coordina ocho bandas y un grupo folclórico.

—Al inicio sólo acudía unas horas por la tarde, comenzaba a planear el ritmo de trabajo, y después de jubilarme, me vine de lleno al desarrollo del proyecto.

Su trabajo consiste en coordinar el trabajo de cada director de banda, realizar las planeaciones y dirigir a todas las bandas hacia un mismo objetivo.

Por un momento comienza a observar sus cartas de invitación a trabajar en Estados Unidos, los reconocimientos que le han sido otorgados, cada logro que ha alcanzado. Nos encontramos sentados dentro de un área

de ensayo. Observa su alrededor: hay instrumentos, hojas de música; regresa la miraba a sus documentos y se dice a sí mismo: "un pobre maestro sin inglés".

Ese humilde maestro sin inglés, que actualmente ha llevado año con año al Distrito a desfilar en Disneylandia, han visitado Londres, España y Roma, y están por regresar a Londres. Ciertamente ha tenido que realizar algunas adaptaciones culturales, menciona con orgullo que nada de fondo, la experiencia adquirida ha sido el eje de trabajo, el método sigue siendo el mismo, y ya con la experiencia del Desfile de las Rosas, continuó trabajando con comités de apoyo.

—La música es una parte de la formación, no sabe uno ni cuándo va a formar a un buen líder, ya que estás enseñándolos a cómo enfrentar diferentes retos. Tengo la experiencia de formar líderes, porque la música es sinónimo de eso. Ahora estoy al frente de todo el Distrito de Gasden, me invitaron y me han reconocido por lo que hemos hecho con la banda aquí. La comunidad ha cambiado, y con ella sus estudiantes.

A lo largo de su desarrollo, el maestro Martín Peralta se ha dirigido con disciplina y trabajado desde el ejemplo. Su orgullo más grande fue la internacionalización de aquella banda mexicana y la de las bandas de Estados Unidos, sin embargo, recuerda con gran orgullo a Nuestros Ángeles de Sonora por las carencias que tenían.

—Me he basado en que, si yo voy a exigir, yo también debo de poner la parte que a mí me corresponde. Todo eso se lo voy diciendo a los estudiantes y si les pido lo mejor, yo también planeo dar lo mejor, en cualquier

aspecto, no solamente en la música. Tienes que poner el ejemplo. Muchos maestros se quejan de que sus alumnos no les hacen caso, pero es que ellos no hacen correctamente su parte.

Un maestro que aprendió de música empíricamente, que comenzó a trabajar y estudiar al mismo tiempo, con la visión de buscar una estrategia de enseñanza y adaptarla a sus necesidades. Basando su método de enseñanza en la comprensión de sus estudiantes, en el reconocimiento de su entorno y vida, implementado valores, técnicas de disciplina, métodos de juego, siempre buscando un objetivo: ayudar a través de la música.

—Sé que estoy cumpliendo mi labor porque trabajo a favor de ellos, dándoles lo que ellos pidan para tenerlos motivados todos los días. Me preparo y también lo hago mentalmente, ayudándolos siempre, voy con mi material, pero eso no se me hace difícil, todo el tiempo estoy planeando proyectos con el objetivo de que lleguen al éxito.

Delors (1996) menciona que la fuerte relación que se establece entre el docente y el alumno es la esencia del proceso pedagógico. Una buena educación, entonces, es aquella que genera un impacto positivo y de cambio en el estudiante. A pesar de los 39 años de trayectoria del maestro Martín Peralta, no visualiza estar fuera de las bandas de música, desea continuar dando todo lo que ha aprendido a lo largo de su vida.

—Me gustaría que mi epitafio dijera que fui muy tesonero, que luché por todo lo quise, todo con disciplina y entrega.

Referencias

Delors, J. (1996). La educación encierra un Tesoro. Informe a la UNESCO de la Comisión internacional sobre la educación para el siglo XXI, Madrid, España: Santillana/UNESCO. Recuperado de http://innovacioneducativa.uaem.mx:8080/innovacioneducativa/web/Documentos/educacion_tesoro.pdf

Longueira, S. (2013). Los retos educativos en la sociedad del conocimiento. Aproximación a las aportaciones desde el ámbito de la educación musical. *Teoría de la Educación. Educación y Cultura en la Sociedad de la Información*, *14*(3), 211-240. Recuperado de https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=2010/201029582011.

Pasadena Tournament of Roses. (s. f.). Recuperado de https://tournamentofroses.com/

Universidad Pedagógica Nacional (UPN). (2020). Antecedentes históricos. Recuperado de http://www.upn181.edu.mx/

Vocación (2019). En *Diccionario de la lengua española*. 23ª ed. Real Academia Española. Recuperado de https://dle.rae.es/

Yola, la maestra que sembró, cuidó y cosechó esperanza tras las rejas

David Omar Pérez Solórzano

Sus mejores premios: dos medallas y el más preciado: "Directora, directora, Dios la bendiga…".

Ella esperaba en el mismo sillón que suele usar desde hace 40 años. Aunque, a decir verdad, su uso fue menor por estar en las aulas de las escuelas primarias, de una secundaria y de una de las ya extintas academias para señoritas. Una profesora y un sillón ordinarios; persona ordinaria en apariencia, hasta que se le nota asombrada mirando dos medallas y un tapiz de reconocimientos expuestos de tajo a lo largo y ancho de una mesa.

—Profesora —le dije—, ¿por qué ve con tanto asombro sus reconocimientos?

Ella, titubeante, silenciada un momento por las campanas del templo de San Francisco que anuncian las tres de la tarde, contesta sin distraer ni un instante

su mirada de la mesa: —Es que nunca había tenido todo junto.

Los reconocimientos eran abundantes, pero por el brillo y la relevancia destaca la medalla de oro blanco y el correspondiente diploma Ignacio M. Altamirano. Visiblemente se vislumbra a una educadora extraordinaria quien, al escuchar la palabra educación, la vincula con vocación. Yolanda Pérez Ríos, "Yola", vio el rostro del otro de tal manera profunda durante 43 años de servicio, que después de ver por última vez ante mi presencia su tapiz de documentos y suspirar, confiesa cuál es el reconocimiento más preciado. Seguramente que la profesora haría alusión a que el mejor de todos, por los 18 quilates, y el dinero en efectivo y el diploma a los que se hizo acreedora por cumplir los parámetros soñados por el presidente Lázaro Cárdenas en 1940, al crear ese honor para los maestros "que se distingan en su actuación docente, como recompensa y estímulo a su labor" (*Diario Oficial de la Federación*, 1940). Sorprendentemente no, ni algo parecido.

—Trabajé muchos años dentro de la cárcel para menores de edad, aquí en Guanajuato. Los niños y jóvenes solían ser muy hostiles con los maestros. Era un tanto peligroso. Nadie de mi familia estaba de acuerdo en que yo trabajara ahí por el peligro; menos aún porque ya había cumplido tanto la edad, como los años de servicio suficientes para jubilarme. Pero el reconocimiento más importante y significativo que recibí fue el de los labios de un adolescente. Un día salía yo, ya tarde (como casi siempre), y había sido una jornada agotadora. Pensaba precisamente en mi retiro cuando me dirigía a la salida. Los dormitorios estaban a la izquierda del pasillo que me

conducía a la puerta. De repente, una voz esperanzadora me gritó: "Directora, directora: Dios la bendiga". En ninguna escuela me habían dicho eso. ¿Y dónde me lo dijeron? En el tutelar. Y sí, ese es uno de los reconocimientos, de los estímulos más valiosos.

Ella no buscó en su carrera la cara de un héroe en una medalla. No la cara de Altamirano ni la otra que también estaba en la mesa, la de Rafael Ramírez. La segunda por 30 y la primera por 40 años de servicio. No una cara, sino el rostro del otro. Especialmente del otro más vulnerable y despreciado por la sociedad: el menor infractor. La profesora comprendió, sin conocer a Lévinas, la diferencia entre cara y rostro. La sensibilidad más allá de lo meramente cognitivo o sensitivo, el otro que implica ética (Navarro, 2008, p. 179). Una ética sin la cual la educación verdadera no existe.

Qué difícil, por no decir imposible, imaginar que la niña, hija de don Macedonio, el sastre y músico de la orquesta sinfónica, quien era tan tímida y miedosa hasta para salir a la calle, de manera voluntaria, aceptaría un trabajo que le exigiría estar tras las rejas de una cárcel, no por cometer un delito, sino para realizar un verdadero acto de heroísmo: lograr educar a los despreciados por la sociedad. Ella era la hija de doña Josefina, la misma que jugaba a ser maestra, de las más exigentes y estrictas, cuyos estudiantes eran las corcholatas de refrescos que rescataba de la basura para tener alguien a quien enseñar. La niña que no tenía agua potable dentro de su casa y que desde temprana edad acompañaba a alguno de sus cuatro hermanos varones a la esquina del callejón "El Potrero" para colectar de la toma pública, algunas cubetas del

vital líquido. La misma que no salía sin la compañía de sus otras dos hermanas o sus padres, a pesar de las calles tranquilas de Guanajuato, capital, ciudad que la vio nacer, crecer, aprender, enseñar, acoger, ayudar, dar ejemplo y sembrar esperanza cierta. Ella encarnaba la educadora que obliga a educar con esperanza, pues de no hacerlo, no se estaría cumpliendo con la misión de educar.

El parámetro del nivel de exigencia y capacidad para regañar, o hasta humillar, era el estilo de enseñanza (quien sabe si de aprendizaje) que la profesora Yola experimentó, no sólo al estudiar en orden a los conductistas y la lista casi memorizada de premios y castigos propios para los estudiantes, en la Benemérita y Centenaria Escuela Normal Oficial de Guanajuato, sino que esas estrategias tradicionales casi sacadas de los anales de las torturas, ella las vivió desde su educación primaria. Seguramente el aprendizaje obtenido de la experiencia. Aprendizaje de lo que no se debe hacer en la escuela para crear los ambientes más propicios.

—A pesar de que ya había ido a preescolar, sentí mucho el desprendimiento de mi mamá cuando me fui a la primaria. Lloré mucho en el primer año. Yo llegaba llorando a la escuela. Pasaron los días, los meses, posiblemente unos seis, hasta que una maestra (no recuerdo su nombre) a quien le tocaba la guardia, me preguntó por qué lloraba. Le dije que porque me dolía el estómago. Ella me contestó: no te preocupes, yo tengo una inyección y con eso se te va a quitar el dolor.

Si bien Yola, entonces tan pequeña y frágil, no volvió a llorar, al menos visiblemente, su temor por las inyecciones continúa. Y es que cuántos niños, adolescentes y

jóvenes lloran con lágrimas secas que no salen, sino que se difuminan en el interior de la persona y son absorbidas por el alma como si ésta fuera tierra seca.

Ella, pequeña de edad y también de estatura y complexión, sin ser acogida, sino amenazada, después de seis meses, alguien volteó a ver el llanto de una persona… Lo estricto y severo era la exigencia del "buen profesor". Otra profesora viene a la mente de Yola: la maestra Guerra, en el apellido se va connotando la acción.

—En el patio donde nos formábamos había como una bodega que tenía escaloncitos. Entonces, como yo era chaparrita, siempre era la de adelante. Se me hizo fácil sentarme en el primer escalón. El castigo fue dejarme ahí sola porque no estaba debidamente formada. También eso me marcó; esas son anécdotas que me marcaron; pero que me sirvieron mucho para mi formación. Con el tiempo me di cuenta de que todo eso me ayudó bastante a ser la persona que soy ahora y que fui a lo largo de mi vida.

Aquellos ambientes escolares en los que la profe Yola eran contrastantes con los ambientes de familia y vecinos a las que estaba acostumbrada. Ambientes estos de "alteridad como acogida y hospitalidad [como] síntesis de la ética del encuentro Levinasiana" (Viveros y Vergara, 2014, p. 61). Tras otro suspiro, la profesora voltea por la gran ventana de la sala que deja ver la cantera rosa del adoquín del callejón, eclipsada sólo por la vistosa planta que adorna la sala y recordando su niñez exclama:

—Yo era feliz porque mis padres siempre nos acogieron a mis hermanos y a mí, los vecinos también eran cordiales con nosotros como si fueran de la misma familia. Cuando yo era niña, siempre se dirigían a mí con ter-

nura: "Yolita para acá, Yolita para allá". Convivíamos. Los adultos nos querían mucho y nosotros a ellos. Había un respeto para los adultos y de los adultos para los niños. Como en el callejón éramos muchos niños, todos nos juntábamos, no había violencia, nos queríamos.

Yola sigue volteando al exterior de la gran ventana. La cantera rosa y verde del adoquín parece tener grabadas las voces y risas de las niñas y niños conviviendo, como en un recreo interminable que hace inolvidable cada ronda infantil: "a la rueda, rueda", a la "víbora de la mar". La algarabía de las carreras en las que no hay ganador. Ella correteaba a alguien sin saber para qué, pero debían todos correr. Indicios de una carrera profesional en la que hay muchas, irrepetibles ocasiones en las que los frutos no se llegan a ver; pero se tiene la esperanza de que alguna vez surgirán y serán buenos.

Quién sabe qué tanto de ese ambiente lúdico y amoroso llegaría hasta los confines de aquel Consejo Tutelar para Menores Infractores, que causaría tal satisfacción por el trabajo realizado que a nuestra educadora la hicieran expresar que los niños y jóvenes a su cargo tenían atención y amor, más incluso que excarcelados.

La profesora Yola es y ha sido una persona ejemplar que no se forma de la noche a la mañana. En ella surge el ideal de educadora, que da testimonio hasta volverse referente axiológico. "Antes, las generaciones adultas intentaban transmitir sus valores, su visión del mundo y sus creencias a las generaciones jóvenes. Ahora parece que nos encontramos en una situación inversa" (Duch, 2019, p. 68). Fuerte, fortísimo ejemplo es el del padre de la maestra Yolanda. Ella lo expresa profundamente emocionada, con

esa voz temblorosa, de altibajos que son producto de un llanto que se silencia para seguir hilando las ideas:

—En la casa teníamos el ejemplo de mi papá, quien era muy dedicado a sus labores. Aunque él no había hecho una carrera, porque en ese tiempo la formación era escasa y no todos tenían acceso a ella, él ya grande comenzó a estudiar música en la Universidad de Guanajuato, nosotros teníamos ese modelo.

Para esta educadora, la solidez en su testimonio habría de comenzar en la primera institución de alteridad: la familia. Además, un testimonio silencioso entre las personas de su contexto inmediato, sus vecinos. Tras otro suspiro y otras campanadas que inundan el callejón más pintoresco de la Capital Cervantina de América, ella recuerda sus primeras experiencias docentes:

—Mi hermano menor siempre me decía que yo lo preparé para entrar a la secundaria. Eso no lo recuerdo, pero él lo tiene en mente. Mi hermana más chica me dice también que yo la ayudé mucho. Ali, así le digo, me veía y admiraba cómo preparaba mis clases y lo que platicaba tanto de la escuela normal como de mis experiencias con los niños, así que eso fue lo que la motivó a escoger esta misma profesión del magisterio. Me empezaron a buscar los vecinos para preparar a sus hijos y desde ese tiempo, empecé a dar clases particulares. Me gustaba mucho. Al comenzar mis primeras experiencias formales en la docencia, trabajaba en Dolores Hidalgo; pero, a pesar de que no estaba yo en la ciudad y no sabían cómo era mi desempeño, tuve muchas peticiones para dar clases particulares y así fue toda mi vida. Todo mi tiempo laboral me han buscado, incluso ahora que tengo poco tiempo de

jubilada, ya los nietos de aquellos primeros estudiantes son a quienes preparo.

La vocación de la profesora es el cimiento sobre el que descansan las características de su testimonio de educadora verdadera. Contrario a todo relativismo moral, al cual invita al mundo actual y en el que se peligra caer en la tentación de perder la esperanza, cual ave fénix, surge de entre las cenizas alguien con solidez ética para llegar a ubicarlo como referente axiológico sólido, para tener la entereza de tomar para sí el reto de preparar éticamente a las personas, en un mundo que no lo es (Savater, 2005). La profesora Yola trae a su mente, a la vez que se ilumina su mirada con la luz que viene del interior, producto de la satisfacción, un reconocimiento más, de esos que no tienen el ruido de la prensa o de personas que poco saben de educación y entregan cuadros impresos, medallas y trofeos:

—Yo venía de trabajar, bajaba del camión y me encontré con la mamá de un exalumno llamado Gabriel… Gabriel Campos. Me saludó y me dijo: "Maestra, si todos los maestros fueran como usted, no habría delincuentes".

¡Qué ejemplos debió haber mostrado la profesora para ser reconocida de esa forma! Y es que, a lo largo de su vida docente, procuró dar ejemplo de virtudes que se producen a partir de la solidez y tenacidad. Seguramente el trabajo con niños y jóvenes caracteriales, privados de su libertad por la comisión de alguna conducta ilícita pudiese parecer imposible. Aquí nuevamente en ella surge el ejemplo fáctico de testimonio de educadora.

—Es fundamental y prioritario que nosotros seamos el ejemplo para seguir de los educandos, independientemente si estamos hablando de estudiantes caracteriales o no. Entonces, si ellos ven que hay esa actitud de ver por el otro, ellos también van a dejar de atacar, de ser agresivos. Para lograr el propósito de la educación integral debemos empezar por pensar en el otro. En el respeto al otro.

Ejemplo y alteridad, tejidos para educar. Labor tan difícil en momentos de posmodernidad en los que la principal crisis es con todo tipo de vínculo: familiar, escolar, religioso, personal, social, etcétera (Londoño, 2011). Pero mayor reto con quienes, encarcelados, menos vínculos parecían tener. El buen actuar; la congruencia ética es permanente para ser permeable. No solamente ser ejemplo ante los estudiantes, sino ante toda la comunidad. Todo ello abonaría al propósito que nuestra profesora se planteara como eje de su vocación: que sus estudiantes fueran hombres y mujeres de bien.

Yola, firme, en una cotidianeidad que se convirtió por la perseverancia en ejemplo; pero ¿cómo hacerlo ante profesores enojados por el lugar a donde los habían mandado, a veces hasta por rencillas sindicales? ¿Cómo hacer para que los custodios, endurecidos y acostumbrados a imponer su autoridad por medio del irrespeto o hasta la violación de la dignidad humana, cooperaran en el hecho educativo? ¿Cómo fortalecer el vínculo familiar cuando la mayoría de las familias de los estudiantes estaban rotas? ¿Qué hacer ante la comunidad del Instituto Tutelar, que despreciaba la labor de la escuela o cuando menos, la minimizaba? Con ejemplo congruente y tenaz.

—Creo que el principal ejemplo que notaban los estudiantes del instituto era el interés que tenía de que ellos

fueran personas importantes. El interés de una persona hacia otra, que para ellos, por lo regular, es carente; porque no están acostumbrados a ello.

¿De dónde podría nacer la motivación intrínseca necesaria para estudiar con un propósito si sólo esta juventud fue entrenada para sobrevivir? Una discriminación no racial, sino por las circunstancias vividas por los rostros olvidados hace recordar a Freire al referirse a la discriminación. A la forma en que la ira e impotencia del oprimido se acentúan por el modo culposo y prejuicioso con que son tratados. Lejos de estas formas de violentar la dignidad de la persona humana, la profesora Yolanda, al voluntario encierro carcelario en ese instituto, en lugar de ir a una escuela con jardines, columpios y áreas verdes. Estaba en un edificio que por dentro y por fuera no parecía que fuese destinado a albergar a niños o adolescentes infractores. Apenas tres aulas, una dirección improvisada, un patio y sanitarios. Los dormitorios no tenían carteles o juguetes, un olor a melancolía y añoranza; en donde había noches en vela por el miedo a ser atacado. Había que dormir en camas de cemento con colchonetas desgastadas. La asistencia a la escuela sería un oasis de aire puro momentáneo.

—Es importante poner ejemplo de responsabilidad; ellos pudieron ver que día con día estaba allí acompañándoles, desde la hora de llegada hasta, por lo regular, mucho más tarde de la hora de salida. Las relaciones interpersonales entre los compañeros, tanto de la escuela, como del instituto; eso era muy importante.

La maestra Yolanda, en forma recurrente hace alusión a la manera en que los custodios le hablaban, destacando el respeto, valor un tanto olvidado en esos ambientes, especialmente el hecho de que siempre le pedían autorización para llevar a los niños a sus reuniones con los diferentes departamentos; por ejemplo a sus tratamientos psicológicos, médicos, etcétera. Y es que el autoritarismo solía ser el *modus vivendi* cotidiano.

—Ellos no los sacaban de manera autoritaria. Me pedían autorización y los estudiantes veían en mí ese respeto y una autoridad que sirve. Entonces ellos también tratarán de practicarlo; no todos, pero sí la mayoría. Entonces creo que sí fui un ejemplo para ellos.

Suele criticarse al sistema educativo por pasar de largo ante el otro. No de cualquier situación, sino de la que resulta más incómoda (Ortega y Romero, 2018). Sin embargo, el acto de educar es tal vez la manera más sublime de ocuparse de la otra persona. La profesora Yola comenzó pequeña, muy pequeña. Y es que la llamada "normal básica" se comenzaba a estudiar apenas terminada la educación secundaria. Ambas, secundaria y normal, para la profesora Yolanda tuvieron el mismo techo, el bello edificio de Paseo de la Presa, en cuya fachada de cantera rosa se esculpió el escudo de la ciudad, originalmente, desde la época de la colonia, llamada Santa Fe y Real de Minas de Guanajuato. Una primera virtud teologal es ícono de la formación en lo que otrora fuese hospital y anfiteatro, aludiendo a una segunda virtud, de la cual nos ocuparemos muy profundamente al final de este capítulo: la esperanza.

Ahora lo que interrumpe la conversación es un trueno que siguió a la luz del relámpago y que hizo retumbar la casa. Como símbolo de fuerza y tenacidad que proviene de lo cotidiano y que se hace extraordinario. Con una

sonrisa alegre, la profesora comenta la forma en que en ese edificio cruzó de pasillo para dejar la secundaria y entrar a la escuela normal:

—Mi papá me llevó con la directora de la normal, que en ese tiempo era la profesora María Elena García Gutiérrez. Ella era nuestra vecina, le dijo a mi papá: ¿Qué esta niña viene al kínder? Porque, además de sólo contar con 13 o 14 años, era de baja estatura y delgadita. La directora, muy amablemente nos indicó cuándo era el examen de admisión y los requisitos de ingreso. Logré entrar a pesar de lo competido que era ganarse uno de los 120 lugares en todo el Estado. En el trayecto nunca tuve duda, nunca pensé si me había equivocado, y ahora mismo digo: si vuelvo a nacer, vuelvo a estudiar para maestra.

¿Cómo pensar en un trayecto de vida profesional cuando apenas ella entraba en la adolescencia? ¿Podría haber equivocado la decisión y pudo haberse dedicado a ser abogada o médica a ejemplo de sus otros hermanos? ¿La exigencia propia de los profesores normalistas le haría renunciar?

Nada de eso. El dominio de los objetos de aprendizaje y de los métodos para impartirlos de manera significativa, fueron evidentes desde el primer momento. La materia de Estadística no fue aprobada por la mayoría de los estudiantes, más Yola había conseguido el 10. Más que comprobar la correlación de variables o si los datos agrupados habían sido ordenados, la profesora podía oír el eco de la voz de su padre: "lo que uno se propone, lo puede lograr".

Unos semestres después se reiteraban la dedicación y empeño, pero, sobre todo, la otredad. Uno más de los

estrictos profesores, el de Técnicas de Enseñanza, materia que implicaba la práctica docente en condiciones reales, con la observación minuciosa de compañeros normalistas y el titular de la materia, felicitaba ante el grupo a la entonces diminuta estudiante. La pequeña Yola se hizo gigante al escuchar los elogios de don Gustavo Ramírez, no sólo por la técnica implementada y los materiales didácticos empleados, sino por el cuidado que Yola había tenido al atender a los niños de esa comunidad en la que le tocó practicar, Cuevas. Niños de la periferia que muy probablemente abandonarían los estudios para integrarse al trabajo para el sostenimiento de su familia. El pensamiento y el espíritu habrían marcado desde entonces a la profesora, al punto de hacerle entender desde entonces lo que expresó: —Todo eso me sirvió mucho para precisar y darme cuenta de la importancia de ayudar a los semejantes y sobre todo en esta labor del magisterio.

Tal vez en ese momento y por siempre, la persona dejó de ser un algo cosificado y fragmentado (Valqui, 2017), ahora los estudiantes tenían un rostro, a diferencia de las corcholatas de refresco a las que simbólicamente la maestra Yola daba clase en su primera infancia en aras de ser llamada a la docencia. La persona humana al centro de la educación que exige mucho más que el resultado correcto en el examen. Ahora cada estudiante tenía rostro como aquel hijo de la directora de la escuela en la que Yola tuvo su primer trabajo oficial en Dolores Hidalgo. Ella lo recibió a medio ciclo, al cursar el pequeño el primer grado, cuyo propósito esencial es la lectoescritura. La profesora logró que leyera y escribiera, ciertamente, aplicando los conocimientos de la escuela normal, como

el haber aprendido de memoria (porque lo repite contundente y en orden), que la personalidad de los niños se compone de áreas que el profesor debe atender: "la afectiva, la cognitiva y la volitiva". Pero ella descubrió algo que el libro omitió: lo más importante para que salgan adelante es el área afectiva. Y es que es en el afecto en donde hay acogida. La maestra lo puso en práctica:

—El niño de la directora logró hacerlo porque lo atendía con amor. Lo motivé, lo atendí, me dediqué. Así con todos los niños. Y es que generalmente en los primeros años de servicio me asignaron el primer grado, entonces con estos niños platicábamos sobre cómo se sentían con su familia, qué le gustaba, qué juegos les atraían.

Pudiese pensarse que en ese caso se contaba con todo el apoyo o hasta la presión de la directora; pero no. La acogida ha de ser gratuita. Acoger también y en forma especial al más despreciado, al descartado. De por sí hoy por hoy la cercanía, el abrazo, la acogida se concibe como una infección, como si la persona fuera el nuevo elemento patógeno del que habla Han (2017). Qué seres más desechables y descartables en esa ideología que los menores caracteriales. También acogidos, a pesar de que a Yola y a quien se pusiera enfrente sería insultado y la acogida sería despreciada. Estos niños y jóvenes, una vez ingresados al Instituto debían encontrarse con la directora de la escuela: Yola.

—Los llevaba a la dirección y ahí, en cortito, platicaba con ellos. Claro que no toda la mañana porque perdía la secuencia del plan de estudios. Pude ayudarlos y lograr que en muchos casos cambiaran de actitud. Era difícil y algo permanente porque, como era una población flotante, entonces continuamente entraba niños nuevos. Llegaban con esa actitud de niños de la calle.

No se enfrentaba Yola solamente a las travesuras o falta de empeño en algunos estudiantes como de ordinario sucede en el común de las escuelas ¿Qué hacer y cómo acoger a niños y jóvenes que han robado, golpeado gravemente a otra persona o incluso asesinado? ¿Es tal cosa posible? Y la profesora nos comparte lo que sucedió con Jonathan, ingresado por homicidio:

—Era un niño muy agresivo e inquieto al principio. Nos platicaba que continuamente tenía reacciones violentas para defenderse; que tanto lo cansaron que tenía hacerlo. Era realmente un trabajo arduo para los maestros y para la directora. A Jonathan y a los demás los concientizaba, haciéndoles ver que tenían que integrarse a un grupo, procurar comportarse para que el día de mañana fuera personas de bien; entonces este muchacho llegó a este centro y pudo superarse al menos durante su estancia. Empezó lo de la prueba ENLACE. Nunca se había aplicado; cuál fue la sorpresa que la escuela del tutelar estaba en los primeros lugares. ¡Imagínese! Pero ¿quién había obtenido el mejor puntaje? Jonathan. De que se puede hacer mucho, se puede hacer mucho; pero de que hay obstáculos, también los hay.

La profesora comenta cómo en la clausura del curso la mirada de aquél joven cambió, cómo la escuela, gracias a la acogida, fue capaz también de dar esperanza en un caso tan doloroso.

—Las palabras que Jonathan manifestaba al despedirse —continúa, emocionada—, salían del corazón, su mirada no era triste, era de satisfacción y los abrazos que le daba a los maestros y a la directora, demostraban felici-

dad y también mucho agradecimiento por lo que él logró dentro de la escuela.

La profesora Yola tendría que vencer obstáculos gigantes que sólo serían parte de lo cotidiano en cualquier otra escuela primaria. Debía visualizar una antropología y una ética con ojos de Levinás, considerando a la persona en su totalidad y en la realidad de su vida cotidiana (Ortega y Romero, 2018). A partir de la mirada hacia el otro, sería responsable de dar esperanza. En ocasiones esperanza en lo pequeño, al lograr organizar por primera vez la Asamblea Escolar para rendir honor a los Símbolos Patrios. En ocasiones la esperanza se situaba en cuestiones mucho más profundas, como sentirse parte de la sociedad al hacer una visita externa.

La profesora, en efecto, provocó lo inimaginable: se responsabilizó de sembrar la esperanza de libertad y reinserción social, sacando a los niños y jóvenes de las paredes de la prisión para que visitaran museos y parques temáticos. Lo cotidiano para la mayoría se volvía extraordinario y sublime, tanto por el esfuerzo como por el resultado. Remar contra corriente para visitar la Casa de las Leyendas para suscitar el perdón y el respeto a la dignidad humana. Después de los mil y un trámites, al fin se consiguió la autorización de las autoridades de Seguridad Pública. Pero algo inesperado sucedería y es que unos hermanos que habían sido internados, conocidos como los Guillén habían visitado ya el lugar.

—Llevé el oficio para que nos condonaran la entrada. El dueño se asustó y dijo: "No no no no no". Uno de los Guillén había entrado a robar la Casa de las Leyendas. Me dijo: "pero ¿cómo cree? Se metieron a robar".

¿Qué responsabilidad había asumido Yola al sacar a los internos? ¿Qué argumentos habrá implementado para convencer a una víctima del delito para hospedar a su victimario? ¿Qué perdón y reinserción social pudo lograrse al menos en lo micro? ¿Qué obstáculos y hasta inversión económica tuvo que hacer la educadora que nunca se comportó como la mera asalariada para transportar a sus acogidos a Explora y al Museo Iconográfico del Quijote? ¿De dónde si no hay mesa directiva de padres de familia ni cooperativa escolar que aportaran fondos? ¿Cuántos "ahorita no" debió escuchar al pedir una cooperación económica para estos fines? Todo con sentido.

—Afuera, antes de ingresar al instituto, todo mundo les señalaba, les gritaban cosas, tenían que defenderse. Estas salidas valían la pena porque les permitía caminar sin que nadie lo rechazara sin que nadie les dijera un apodo y siempre fue una esperanza.

La acogida voluntaria y desinteresada por los más alejados de la sociedad comenzaría al aceptar el puesto de directora. "Es reiterativa la idea de enseñar con el ejemplo", menciona Hirsch (2014). No cualquier profesor se atreve a dirigir la escuela de la prisión para menores. No cualquier profesor, sólo un educador, a pesar de ir a contracorriente.

—Concursé en su momento la plaza de directora de la Escuela Primaria del Consejo Tutelar. La supervisora se quedó extrañada por ese nombramiento porque hacía unos días, se había llegado ya a un acuerdo que consistía en que no se iban a admitir profesoras mujeres en el instituto, debido a que un estudiante había tocado a una maestra.

La supervisora se sorprendió mucho de que me enviaran como directora ahí; pero me dijo: "Ve a ver qué te dice el director del instituto". Entonces me presenté, hablé con el licenciado Amaro, quien todavía sigue en activo con puestos de seguridad, y con mucho respeto él me aceptó.

A pesar de que no se tenían las condiciones idóneas de infraestructura, la profesora Yolanda continuó con eficiencia y eficacia su labor educativa. No había una oficina para la dirección a su llegada. Yola debía ir de un aula a otra. Dos semanas después el director se dio cuenta y le abrió un espacio que servía de bodega de los objetos que robaban los alumnos. El nulo reconocimiento de la labor docente por parte del personal del instituto desaparecería poco a poco por el testimonio. Los niños y adolescentes que debía atender tenían entre 8 y 17 años, por lo que la forma de enseñar era diversa y casi personalizada en aulas multigrado.

—Me puse retos, de los cuales la gente se quedaba extrañada por todo lo que implicaba el trabajo con menores caracteriales. El director supo que quería implementar actividades como actos cívicos, bienvenidas, presentaciones de los libros de la biblioteca y al poco tiempo, reconocía el trabajo realizado por el cambio de actitudes de los estudiantes. Se les festejó el día del niño… ya poníamos a trabajar a los niños, y se veía el producto de las actividades escolares e invitábamos al personal del Instituto como espectadores.

»Después cambió la ley y en forma casi inmediata, se tuvo que conformar la Comisión Dictaminadora del Sistema Estatal de Tratamiento de Menores Infractores. Con la finalidad de integrarme al equipo me mandó llamar el director. Cabe destacar que los directores del Instituto eran muy movibles y me tenía que adaptar ellos, a pesar de no depender directamente, sino la Secretaría de Educación Pública. Haber pertenecido de lleno a la Comisión implicaba dejar mi plaza de docente; pero al reflexionar que mi vocación es la de ser maestra y del camino recorrido, ya le expliqué a la autoridad y me invitaron a estar como Vocal Pedagogo Suplente, recibiendo este nombramiento. Fue una gran satisfacción porque fue el resultado del desempeño de lo que hice siempre fue con mucho amor; contenta y feliz siempre.

A pesar de la posibilidad de poder tener un salario mayor, de tener un reconocimiento social superior al ya logrado, la profesora Yola deja todo de lado para seguir sembrando esperanza a pesar de que, como lo sabe bien un educador con experiencia, el fruto suele no verse. Aunque en ocasiones está la recompensa de ver materializado el sueño de haber cumplido con el deber de contribuir a la formación de ciudadanos de bien.

El fruto suele estar cargado de generosidad cuando el reto ha sido mayor. Parafraseando a Frankl (2015), esa generosidad se da cuando especialmente se fluctúa entre la esperanza y la desesperación. El educador, como lo es la profesora Yolanda, opta por la primera. Y la vida le paga de repente con frutos palpables en rostros que han cambiado física e interiormente. Tal es el caso de Pedro.

—Su papá era de oficio albañil y tenía muchos hijos, como en ese tiempo se acostumbraba. Se habían cambiado de casa, a una colonia que empezaba a nacer. Al principio no tenían luz. Pedro siempre destacaba, tanto así que llegó a ser el abanderado de la escuela; el mejor alumno. Eso lo

platiqué a mi familia y mi hermana Martha lo recuerda aún hoy. Él logró salir adelante y ser profesionista. Cuando lo encuentro, siempre se acerca emocionado. Finalmente logró ingresar y terminar su carrera como Licenciado en Administración de Empresas, en la Universidad de Guanajuato. Se casó y tiene dos hijos varones, a quienes ama y educa ejemplarmente.

»También me he encontrado, después de muchos años, a personas que estuvieron en el Instituto Tutelar. Por ejemplo, a un joven que andaba de guía de turistas y me decía cuando me lo encontraba: "Directora, directora…". Lo perdí de vista, pero se acercaba y me saludaba, si traía una paletita, me la daba; fuera yo con quien fuera, siempre se acercaba a saludarme con mucho cariño.

He ahí la promesa de la educación cumplida con creces. Cobra sentido el hecho de que la maestra no haya pedido ningún permiso económico, a pesar de tener derecho a ello, durante más de 40 años de servicio. Nunca haber faltado, nunca haber llegado tarde. Era menester llegar presurosa a la siembra de esperanza. De no haber sido por la grave enfermedad de su padre nunca hubiese aprovechado su prestación laboral.

El educador no puede dejar de sembrar esperanza cuando ha visto el rostro del estudiante que tiene que ser acogido con responsabilidad y testimonio de vida ejemplar. El pago por tal omisión puede exigir un precio muy alto, pues "la pérdida repentina de esperanza puede desencadenar un desenlace mortal" (Frankl, p. 105).

Se trata de ese tipo de frutos como el de Pedro; un estudiante que vivía lejos y debía recorrer alrededor de cinco kilómetros de ida y cinco de venida para acudir a

un aula; cuya familia vivía en una zona sin suministro de energía eléctrica, quien en muchas ocasiones no tenía los útiles escolares necesarios, el mismo que se encontró con una profesora quien escucharía atenta las necesidades del vulnerable, quien le regalaba a veces una torta, a veces un lápiz, a veces un cuaderno o la monografía de papelería.

Lo único que recibía la profesora en el instante era el uso más eficaz y eficiente de aquellos instrumentos. La exigencia en los resultados académicos se tradujo en esfuerzo fructífero. Le condujo a proponerse metas y salir adelante. Y, finalmente, cuando Yola iba de la mano de su hermana Martha para presenciar las "Tres Caídas" en el Templo de "La Compañía", recibió otro regalo de la vida, encontrarse con Pedro y su familia quien le hizo saber que gracias a que ella le ayudó en la primaria, nunca abandonó la escuela para dedicarse a la albañilería, como su familia había planeado. En cambio, se encontraba la profesora ante un exitoso licenciado en administración de empresas, quien, para seguir el ejemplo de su profesora, de su educadora, de su sembradora de esperanza decidió ser también docente universitario en la máxima casa de estudios del Estado, Cuna de la Independencia Nacional. Alteridad que siembra, cuida y cosecha esperanza.

Referencias

Decreto que crea la orden mexicana y condecoración "Maestros Altamirano". *Diario Oficial de la Federación*, México, 16 de marzo de 1940. Recuperado de https://www.sep.gob.mx/work/models/sep1/Resource/0144d6ee-7c42-459c-aa69-3b118939fd02/decreto_orden_mexicana.pdf

Duch, L. (2019). *Vida cotidiana y velocidad*. Recuperado de https://ebiblio.cetys.mx:4153

Frankl, V. (2015). *El hombre en busca de sentido*. España: Herder.

Han, B. (2017). *La sociedad del cansancio*. España: Herder. Recuperado de https://ebiblio.Cetys.mx.

Hirsch, A. (2014). Formación en ética profesional para estudiantes universitarios. En A. Hirsch y R. López (coords.), *Ética profesional en educación superior* (pp. 39-57). México: Ediciones de Lirio.

Londoño, E. (2011). Posmodernidad y persona. Los atentados contra la persona y los retos educativos. *Itinerario educativo*, *25*(11), 19-59. Recuperado https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6280157.

Navarro. O. (2008). El "rostro" del otro: Una lectura de la ética de la alteridad de Emmanuel Lévinas. *Contrastes,* 13, 117-194. Recuperado de https://www.uma.es/contrastes/pdfs/013/10_navarro-olivia.pdf

Ortega, P. y Romero, E. (2018). La pedagogía de la alteridad como paradigma de la educación para la paz. *Teoría de la educación*, *30*(1), 95-116. doi: http://dx.doi.org/10.14201/teoredu30195116

Savater, F. (2005). *Los caminos para la libertad: Ética y educación*. Recuperado de https://ebiblio.cetys.mx

Viveros, E. (2014). Aproximación a la noción de encuentro en Emmanuel Lévinas. *Revista Virtual Universidad Católica del Norte*, 41, 61-69. Recuperado de http://revistavirtual.ucn.edu.co/index.php/RevistaUCN/article/view/465/987

La educación es un camino de esperanza: El relato del profe Emiliano

Elsa Martínez Regalado

Sólo en la obscuridad puedes ver las estrellas.

Martin Luther King

En el momento en que se abrieron las puertas del elevador del aeropuerto de Barajas, en Madrid, llegaron a la mente del profesor Emiliano recuerdos de aquel chiquillo de quinto de primaria, que trabajaba limpiando algodón y cártamo en las parcelas del valle de Mexicali, para ganarse un dinerito y comprar sus útiles escolares. Ahora llegaba a España a cursar su primer año de maestría. Con la postura erguida y una gran sonrisa en su rostro, repasaba las enseñanzas de quienes lo motivaron a ser maestro, no de las palabras dichas, sino de aquello que se enseña con actitudes, con amor, con ejemplo y se hace vida para siempre.

Emiliano ha sabido ser un buen maestro. Su sensibilidad para descubrir lo bueno detrás de las carencias, los desaciertos, los buenos y malos profesores, la falta de

apoyo y de reconocimiento en algunas ocasiones, han desarrollado en él un sentido de realidad que lo ha llevado conectarse con las personas, a ver de cerca sus necesidades y a dar testimonio de que "educar es ya pronunciar el nombre del otro" (Ortega, 2010, p. 13).

Y es que no es fácil encontrar buenos educadores, ¿serán personas que nacen con un don especial? ¿Serán las enseñanzas que reciben de quien pasa por sus vidas o tal vez las experiencias lo que los hace transformarse en educadores? Tal vez no hay una regla de cómo consiguen serlo, pero para la pedagogía de la alteridad, lo logran sólo aquellos que saben educar desde la responsabilidad, y que un acto de acoger al otro, dan testimonio y logran construir un sentido de espera (Gárate, 2019).

Camino hacia la vocación

Emiliano eligió ser maestro de primaria. Su propia experiencia lo ha convencido de que la infancia da enormes posibilidades educativas, pero sobre todo de que la educación brinda la esperanza de un futuro mejor. Un futuro que no se descubre a la primera, sino que se construye con cada experiencia vivida.

—Cuando era niño, mis sueños eran muy limitados. No sabía que había un mundo más grande. La electricidad en una casa era algo inexistente, así como la televisión y cualquier otra modernidad. Sólo pude empezar a soñar cuando terminé la secundaria. Mi madre, mi abuela y mis maestros me hicieron creer en que yo podía llegar a ser maestro.

Sabe que sus alumnos son un reflejo de sus padres, pero también de sus maestros. Que cada acto que realiza incide en la historia personal de los niños, en lo que harán en un futuro y para qué lo harán. Así que, educar desde el testimonio, se ha vuelto imprescindible para él.

Nació en Mexicali, de padres jornaleros, con visiones extremamente distintas con respecto a la educación. Su padre originario de Michoacán, asistió sólo un día a la escuela para nunca más regresar, y su madre, originaria del Ejido Islas Agrarias, llegó hasta cuarto de primaria. De su familia paterna ha sido el único nieto que estudió una carrera, y por parte de su familia materna tanto su mamá como su abuelita lo motivaron a que fuera profesor como varios de sus tíos, entre ellos el escritor y periodista mexicalense Valdemar Jiménez Solís, con quien nunca tuvo contacto.

Emiliano experimentó muy de cerca la cultura de la pobreza. Sus padres, Javier y Gloria, fueron adolescentes de 16 y 14 años que anduvieron de aquí para allá en casa de los abuelos y algunos familiares. Vivió algún tiempo en Michoacán, donde vio morir a su hermanito Francisco Javier por falta de atención médica. En el Ejido Islas Agrarias llegó a habitar una casita de cachanilla con grandes carencias materiales, pero eso no lo limitó en sus estudios, y aunque su familia no lo podía apoyar económicamente tuvo en su madre a su primera maestra.

—Yo no cambiaría nada. Ni a mis padres, ni a mis hermanas, ni los lugares donde crecí, ni siquiera la pobreza en la que vivimos. Había veces en las que no teníamos qué comer, pero recuerdo una infancia feliz. En un tiempo estuvimos con una tía, su casa tenía paredes de hojas de yeso. Yo casi cumplía los 7 años, pero como no me aceptaron en la escuela porque no teníamos dinero para pagar la cuota,

ahí en esas paredes blancas sin pintar, mi mamá (con crayolas como si fuera pizarrón) me enseñó a leer y escribir. Ya en la escuela, recuerdo, que sólo tenía un par de zapatos y no tenía calcetines, los usé por primera vez hasta los 15 años. Mi papá abría con una navajita la punta de mis zapatos para que me salieran los dedos. Entonces, era mucho lo que tenía que caminar, el polvo y el sudor se volvían lodo, pero así caminaba para llegar a la escuela.

Durante la primaria y la secundaria siempre logró sobresalir. Las enseñanzas de su madre para leer, escribir, sumar, restar y multiplicar, le dieron la ventaja de avanzar más rápido que el resto de sus compañeros, lo que originó que sus profesores constantemente lo dejaran a cargo del grupo. Sin embargo, en la vida escolar, cuando se es diferente o hay otro tipo de carencias, el acoso es pan de todos los días. A falta de dinero, su papá le cortaba el pelo y no siempre tenía tino. Otras familias solían regalarles ropa, pero al tener cinco hermanas –Elidia, Laura, Elsa, Rosalba y Cecilia–, pocas veces salía un pantalón de niño, así que el único que tenía lo iban remendando.

—En la escuela no me faltaban los apodos: el trasquilado, el chanate, el brinca charcos, el parchado. Hasta que un día dije "esto tiene que cambiar". Y voy con mi mamá: "Mamá, no me gusta este pantalón". Ella, muy inteligente y sabia, me sienta en sus piernas y me dice, "Mira, mijo, a la escuela no va a aprender ni el pantalón, ni los zapatos, ni el corte de pelo, quien va a aprender, y el importante, eres tú, no es lo que te pongas, y además déjame decirte algo: yo te amo", y me dio un beso.

Las paredes de yeso, los surcos de las parcelas, las experiencias buenas y malas en su familia y la escuelita rural, le dieron la posibilidad de descubrir en la educación el camino para alcanzar sus sueños. Y a partir de ahí, no le importó caminar lo que fuera necesario para llegar a todas las escuelas donde se formó y trabajó los primeros años de su formación.

—Terminada la secundaria, necesitaba trabajar y ayudar a mi familia. Sabía que ellos no podían ayudarme, pero creer en mí despertó ese ardor que sientes internamente por aquello que te gusta y te esfuerzas para lograrlo, mi vocación. Y yo quería ir a la Escuela Normal, yo quería ser maestro.

De su padre no tuvo el apoyo económico, ni moral, pero Emiliano estaba convencido de hacer lo imposible para prepararse como profesor. Así que a los 16 años decidió mudarse a la casa de su tía en Mexicali, quien le ofreció techo y comida, pero tenía que trabajar para sus gastos escolares. Lo que ganaba no le alcanzaba para el transporte, así que madrugaba todos los días para caminar alrededor de 5 km y poder llegar puntual a su clase de las 7 de la mañana. Sin embargo, el riesgo de la adolescencia, las carencias, la libertad, la falta de supervisión y las malas influencias no se hicieron esperar.

Y es que, una persona en la búsqueda de una vida digna y feliz, llega a encontrarse ante la disyuntiva de dos valores: libertad y seguridad, pero al momento de querer conseguir uno de ellos, termina por sacrificar el otro; y cualquier carencia de seguridad logra que el exceso de libertad alimente inevitablemente la incertidumbre (Bauman, 2019). Lo que llevó a Emiliano a experimentar un punto de quiebre.

—Dejé de ser el muchachito aquél que pensó que nunca iba a ingerir alcohol, a andar de vago y que siempre

se dedicaría a estudiar para ser maestro. Los dos primeros ciclos escolares me descuadré por completo. Pasaba todas las materias, menos química, y me dieron un ultimátum: "Si no pasas, vas a tener que dejar la escuela". Me sentí tan mal, en qué momento había perdido dos años de mi vida. Era viernes, el lunes me hacían el examen y era imposible que lo pasara. Un amigo me llevó a su casa, su mamá, una señora de un corazón enorme, me dijo "¿Qué con esa carita vas a arreglar el mundo? Si no te importa tu familia, al menos preocúpate por ti. Guillermo, consíganle lo que necesite para estudiar, ni crean que lo van a correr". Me encerró en su recámara y me tuvo despierto a traguitos de café, en esa casa todos los días había música, pero ese fin de semana pobre de aquel que hiciera ruido.

»El lunes temprano me dijo "Ahora sí, vaya y demuéstreles que sabe". Fui y respondí rápido el examen, la maestra se sorprendió, y me dijo "No te puedo poner diez los cuatro semestres, te voy a poner 7", yo le contesté "Lo que quiera, pero apruébeme". Saliendo de ahí dije "Nunca más vuelvo a tomar y de aquí en adelante lo que haga va a ser para llegar a ser Secretario de Educación". Cambió mi vida, a partir de ahí no volví a andar de vago, me dediqué a estudiar y hasta la fecha a trabajar. Al final me gradué, no fue mi papá, ni fui yo… todos tenían traje y yo no.

Un aprendizaje verdadero se va construyendo cuando el alumno se hace presente en todo lo que le pasa, haciendo su propia experiencia de la realidad, aunque ésta sea difícil (Bárcena, 2012). Emiliano ha sabido aprender de las situaciones que se le han presentado en la vida, ha descubierto debilidades y fortaleza, pero también ese sentido de realidad que debe tener todo docente.

Llegó el momento de ser maestro

Hay quienes en el camino se encuentran con la oportunidad de ser profesores, pero para quienes sueñan con serlo, llega el instante obligado en el que se pone a prueba lo aprendido y hay que pasar del discurso a la práctica educativa.

Con tan sólo 20 años de edad, en septiembre de 1986, Emiliano por fin iniciaba su primer año de servicio en la Sierra de la Huasteca Potosina. Para llegar al poblado San José de Orija, donde fue asignado, tuvo que caminar cuesta arriba un trayecto extenuante de 10 horas entre maleza, vegetación y un intenso calor húmedo, que resultó toda una odisea. Estaba emocionado, pero al llegar se encontró con una casa sola, sin luz y sin una cama donde poder descansar. Al despertar se sintió desorientado y al escuchar el ruido de los animales de la selva, cayó en cuenta del lugar a donde había llegado y empezó a llorar, "Ahora sí ya estoy aquí, ya soy maestro, tengo que trabajar y en un lugar totalmente desconocido para mí".

La escuela se encontraba rodeada de tanta vegetación, que no se lograban ver casas alrededor, pero una vez que despejó su mente, vio que niños descalzos y vestidos con camisetas de tirantes llegaban por todos lados, y cuando él estaba con los niños era feliz, así que pronto se activó y empezó a trabajar.

—En el primer año te diría que fue un encuentro con la realidad, llevas ideas acerca de lo que es ser maestro, pero cuando llegas resulta que no te tratan como tú esperabas que tratarán a un maestro, porque desafortunadamente, y esto lo digo con cierto pesar, en esa zona los profesores no tenían muy buena reputación. Entonces

llego yo y digo que soy el director, pues has de cuenta que me eché al pobladito encima, porque los directores y los maestros anteriores habían hecho cosas terribles en contra de los niños y de los propios pobladores.

Al ser nombrado director encargado frecuentemente tenía que bajar a la cabecera municipal. Para ahorrar tiempo lo hacía por un atajo que prácticamente era como subir y bajar una escalera, un camino agobiante de cuatro horas por donde ningún carro o animal podían transitar. Lo hacía descalzo, sin camiseta y con un paliacate en la cabeza para no resbalarse y poder soportar el calor. A la mitad del trayecto había una piedra grande y ahí se detenía para contemplar la carretera federal, pero sobre todo para descansar un rato y ponerse a llorar. Después de desahogarse decía: "Ahora sí, no me vas a ganar, voy a subir hasta llegar nuevamente" y, como siempre, ya estando con los niños volvía a sentirse feliz.

—Después del primer encuentro hubo un cambio de percepción. En pocos meses los habitantes se dieron cuenta de que yo tenía una actitud distinta, un deseo de ayudar desinteresadamente, un compromiso de palabra demostrado en los hechos. Primero por la atención a sus hijos y segundo en la empatía y colaboración con ellos, para mejorar su comunidad. Fue un tiempo de mucho aprendizaje, esfuerzo y trabajo extra, no sólo en el aula sino en el campo, ayudaba a desgranar maíz, cosechar, mortear café… me di cuenta de que había conseguido identificarme plenamente con ellos. Al despedirme, me dijeron que no permitirían que me retirara, que maestros como yo necesitaban ahí, y en ese instante supe que el trabajo de ese ciclo escolar me había transformado, había cambiado la percepción de mi

vida, y mi desempeño como maestro, y eso había incidido en la comunidad. Después de convencerlos de que debía venir con mi familia, al día siguiente vi la mirada triste de muchas personas despidiéndome en silencio y no pude evitar que se me rodaran las lágrimas. Así, por última vez, bajé esa sierra verde con abundante vegetación, la sierra que tanto maldecí me había conquistado, sus pobladores me habían enamorado a base de trabajo y ofrecerme lo mejor que tenían, su confianza, respeto y amistad. A casi 34 años, aún puedo recordar esa vereda recorrida entre la selva, ahí quedaron mis pasos, de ahí me traje un mejor Emiliano, con una mayor fortaleza interior y una experiencia de vida inolvidable. Recibí mucho más de lo que yo pude ofrecer.

Cuando un maestro se vuelve uno con la comunidad, no puede más que transformarse. La relación del yo personal con el otro, es un acontecimiento ético en el que confluye caridad y misericordia, generosidad y obediencia, que sólo puede conducir a alguien por encima de ser (Levinas, 1996). Sin embargo, no es una experiencia que se reduce a un respuesta material, sino una experiencia en la que el maestro puede ser capaz de ver el rostro del otro, del que está vulnerable, y se compadece ante sus necesidades y sufrimientos (Ortega, 2016).

Cuando se evalúa el desempeño de un profesor, los mejores calificados administrativamente no siempre suelen ser los mejor evaluados por los alumnos. Se puede dominar el contenido de la clase, cumplir al pie de la letra con planeaciones, participar en actividades escolares, pero aquellos que llegan a la mente y al corazón de los alumnos, son quienes logran transformar sus vidas, por-

que aunque no sepan explicar la compasión, saben transmitirla (Mélich, 2010) y la ganancia es que en cada acto de enseñar, se tiene también una valiosa oportunidad de aprender (Freire, 2005).

Tras su regreso a Mexicali, en 1987, en su segundo año de servicio, Emiliano se reencontró con la noble gente del valle en el Ejido Plan de Ayala, y disfrutó trabajar con los niños de primer grado. Al recibir el consejo de una compañera sobre el desarrollo psicomotriz, aprendió que rodar sobre el propio eje ayudaría a sus niños a aprender a leer y escribir, por lo que no faltaba que todos los días fueran a rodar por la parcela.

—Salíamos todos con los pantalones verdes de las manchas de la alfalfa, y pues salió un muy buen primero. Y es que, la educación debe ser un proceso de mejora personal, en el que llevemos al niño a que alcance el grado de aprendizaje y de actitudes que debe tener a su edad. Si mi alumno no está mejorando en algo de su persona: en conocimientos, habilidades y actitudes, debo cuestionar la educación que estoy dando como maestro.

La escuela no es sólo un lugar para aprender, estar y convivir (García, 2015), ni la educación se reduce a transmitir conocimientos e instruir; sino que es un camino a la humanización, un proceso a través del cual el individuo se hace hombre de bien y donde forma hábitos y virtudes (Echeverría, 2014). Para ello, Emiliano ha descubierto en el amor y en la aceptación de sus alumnos, el primer ingrediente para incidir en su aprendizaje y en el desarrollo de sus facultades humanas.

—Educamos para que ellos puedan vivir la plenitud de su vida, porque si solamente les enseñamos a leer y escribir, a contar, sumar, multiplicar y dividir, quedaría

muy corta nuestra visión de la educación. Tenemos que enseñar a los niños a tomar decisiones, a que vivan su libertad y que dirijan su voluntad hacia cosas grandes para bien de ellos. Por eso debemos incidir un poquito más en su formación como persona y en su carácter. Hay que educar a los niños para que conozcan lo que es bueno, lo que es justo, lo que es recto, que lo busquen, que quieran hacerlo y, ya llegado el momento, que lo vivan. Y todas las circunstancias escolares dan la posibilidad para desarrollar en ellos un carácter fuerte y sólido.

Al año siguiente, lo trasladaron a la colonia Robledo, ubicada en uno de los polígonos de pobreza de la ciudad de Mexicali, donde le tocó fundar la Escuela José Vasconcelos, una escuela de cartón que disfrutaba construir cada día con los niños. El viento, y a veces la lluvia, hacía que el cartón volara por los aires y al día siguiente animaba a los niños para juntos armarla nuevamente.

—Los maestros tenemos que motivar a nuestros alumnos a ser mejores y también buscar mejorar nosotros mismo. A veces creemos que ya no podemos hacerlo, pero podemos seguir creciendo y educándonos. Hay que estar conscientes de que algo externo no nos llevará a ser mejores profesores, lo que sí puede hacer que mejoremos es nuestra actitud. Preguntarnos, qué tanto amamos nuestro trabajo, lo que hacemos y los motivos por los que lo hacemos. Porque no es lo económico lo que le mueve a uno, es el amor a lo que haces, el contacto con los niños, el que un niño o una niña se acerque con confianza y te puedan decir lo que sienten. Yo creo que cada niño te hace mejor, y lo especial de ser maestro es que, en cualquier profesión, estará uno.

Con el tiempo los alumnos olvidan a muchos de sus profesores y sólo quedan en la memoria aquellos que son significativos, los que a veces sin hablar te dejan enseñanzas para siempre. Para Emiliano, uno de ellos fue su profesor de secundaria Armando Meza. De él recibió el ejemplo de ser amable, empático, entender e interesarse por sus alumnos, y aprendió que el contacto visual deja más que las palabras.

No se puede estar frente al otro sin "la obligación de asumir una responsabilidad incondicional más allá de todo contrato posible o reciprocidad" (Bárcena y Mélich, 2000 p. 35). Para Emiliano no hay excusas, sabe que debe ser alguien que sea responsable y ame su trabajo, por eso se esfuerza todos los días en aprovechar cada minuto que está con los niños para dejarles algo, ser atento, ponerse a su estatura, ayudarlos y sacarlos adelante. Una de sus máximas es "por más grandes o altas que sean las barreras educativas hay que ser creativos para tumbarlas", esa es su mayor satisfacción. La virtud de la responsabilidad no solo implica el responder a uno mismo, sino responder al llamado y a las necesidades del otro (Isaac, 2000).

Un círculo virtuoso

Hace más de 30 años, Emiliano echó raíces en la escuela primaria 18 de marzo, ubicada en la colonia del mismo nombre. Esa proximidad que sabe tener con los niños y los padres de familia, le hicieron conocer muy de cerca las necesidades de la comunidad, y con ello ver nacer un proyecto de valores que dio un giro al desempeño escolar de los niños, pero sobre todo a sus vidas.

—Yo quería que mis alumnos mejoraran en sus materias, así que les decía a sus papás: "Ayuden a sus niños, es necesario que pasen tiempo con ellos y los acompañen en sus tareas". Pero me expresaban: "Maestro, yo sí le quiero ayudar, pero cuando le explico la tarea, él dice que usted se la enseñó de otra manera, entonces confundo al niño, salimos de pleito y salen chispas en casa". Así que se me ocurrió proponerles: "Qué les parece si el sábado o el domingo, me dan una o dos horas, yo les doy la clase y les enseño a ustedes lo que sus hijos van a aprender la próxima semana".

Sólo un maestro fuera de lo ordinario está dispuesto a salir de las aulas si es necesario, porque "el que aspira a ser buen educador, sabe perfectamente que con enseñar una disciplina no basta" (Gárate, 2019). Emiliano empezó, no sólo a tener reuniones con los padres en la escuela, sino que, incluso, se daba el tiempo de ir a sus casas el fin de semana.

—Así empecé a reunirme con los padres de familia, yo acababa de ser papá de Uziel, más tarde de Honsanna, leía mucho sobre ello, así que aprovechaba y les decía: "Abracen a sus hijos de vez en cuando, necesitan saberse queridos y aceptados. No los regañen, sí hay que exigirles que sean mejores, pero a gritos no se aprende". Entonces poco a poco descubrí que, en el rendimiento del niño, lo más importante no son ni las tareas, ni el español, ni las matemáticas, ni las divisiones, ni nada de eso, lo más importante son las relaciones entre padres e hijos. Así que dejé de instruir a los padres en español y matemáticas, y empecé a enseñarles cómo educar a sus hijos.

Comenzó con los papás de su grupo, pero fue tanta la aceptación, que su directora le pidió trabajar con el

resto de los padres de familia de la escuela, 130 asistentes por sesión. Al enterarse la inspectora, lo invitó a que en sus horas libres se desplazara a otras escuelas de la zona. Emiliano corría de un lado a otro, incluyendo sábados y domingos, e instruía a 1 300 padres de familia al mes. Al llegar esta información al subsecretario del Sistema Educativo Estatal, lo llamaron para conocer qué estaba haciendo, cómo era posible que atendiera a más personas comparado con el programa estatal que estaban llevando a cabo. Y fue así como, en septiembre de 1994, Emiliano encabezó un programa de Educación Familiar para la región llamado "Los pasos de la escuela de padres", que se publicó en cinco cuadernillos, en los que planteaba: la importancia de cuidar el ambiente del niño cuando hace la tarea, aprovechar toda ocasión para enseñar valores, dar ejemplo, usar la disciplina y un amor exigente para desarrollar el carácter y lo mejor de los hijos.

—Yo motivo a mis alumnos y les digo: "Vamos a proponernos algo, tenemos que ser responsables este día, sorprendan a sus papás haciendo la tarea, porque una persona responsable no espera que le digan una y otra vez lo que tiene que hacer, lo hace con gusto, verán que así sorprenderán a sus papás y ellos van a estar contentos y no va a haber gritos en casa". Y a los padres de familia aprovecho para comentarles: "Señores, sus hijos están aprendiendo a ser responsables, ¿a quién de ustedes los sorprendió su niño diciéndole 'Mami, ya hice la tarea'?, pues sigan fortaleciendo eso en casa".

Lo valioso de este proyecto donde los alumnos reflexionan un valor, lo practican en la escuela, y lo aplican

en casa con ayuda de sus padres, es lograr crear ese círculo virtuoso que tanto le hace falta a la educación para cumplir su promesa.

Luz en la obscuridad

A Emiliano, las necesidades de sus alumnos y sus familias le han dado luz para seguir adelante y aprender a lo largo de la vida. Una vez iniciado el proyecto de valores en 1994, con el apoyo de su esposa María del Rosario, decidió estudiar la Licenciatura en Educación, en la Universidad Pedagógica Nacional (UPN). Esta vez no podía fallar, quería ser el mejor alumno de su generación, asistir con traje a su graduación y recibir el mayor reconocimiento. Logró un 10 perfecto, pero ¡oh, sorpresa! La directora no creía que alguien pudiera ser excelente, así que por primera vez no entregaron tal galardón, pero recibió una gran lección.

—Entendí que me estaba preparando, no para obtener un aplauso sino para servir mejor.

Servir ha sido siempre su motivación. Una vez que terminó la administración estatal le dieron "carpetazo" a su proyecto, pero convencido de los resultados que estaba logrando, esta vez tocó puertas y el mismo gobernador, Héctor Terán, lo invitó a llevar el proyecto de valores al DIF Estatal, con el programa de escuela para padres y padres adoptivos, que lo motivó a seguir estudiando, esta vez, orientación familiar.

Programas de gobierno vienen y van, pero una constante en Emiliano es sentirse feliz con los niños, aprendió que ahí es donde debe seguir, comprometerse con ellos y sus familias. Así que se esforzó por trabajar intensamente y conseguir recursos para estudiar la Maestría en Matri-

monio Familia en la Universidad de Navarra en Pamplona, España. Con lo aprendido decidió regresar de lleno a la escuela en la que ha trabajado por más de 30 años, donde hoy es subdirector por las tardes, y es llamado por algunos como "el inolvidable profesor Emiliano". Desde hace seis años también es director por las mañanas, en la escuela primaria Independencia, ubicada en Valle Dorado, ambas en condiciones de vulnerabilidad.

—Poco a poco se ha ido desvaneciendo aquello que dije al estar en la Normal, "todo lo que haga va a ser para un día, llegar a ser secretario de educación", y no creo que sea necesario serlo para incidir en las personas con las que trato todos los días. Pensé, me dedicaré a mi escuelita y todo lo que haga a partir de hoy, será para darles a mis alumnos buen ejemplo, atención, buen trato y que sepan que cuentan conmigo. Estoy contento con lo que hago aquí en esta comunidad y la otra, no necesito más, el mejor puesto siempre será el del servicio. Si estoy como director, estoy en el mejor puesto, si estoy como maestro, estoy en el mejor puesto. El mejor puesto es donde puedes servir.

Un director no deja de ser maestro, lo que cambia es la responsabilidad y el grado de autoridad. Ser autoridad para otros, es ayudar a crecer, ser soporte o incluso resistencia para quienes se tiene a cargo (Savater, 1999).

—No estoy aquí para regañar a los niños, sus padres o a los maestros, estoy aquí para comprenderlos, ayudarles, guiarlos y orientarlos. Los padres de familia tienen una responsabilidad mucho mayor que la mía. Los niños ya suficientes gritos, maltratos y regaños tienen en casa, en la escuela y en el salón como para que todavía el director les ponga otra enjabonada. No es esa mi posición. Quiero que piensen que venir con el director, lejos de ser un castigo es un deleite, que salgan con una visión distinta de su propia vida, con una chispita de esperanza de que algo puede mejorar. Habrá quienes definitivamente no quieran acercarse, pero mi función no es hacerlos que vengan, sino seguirles modelando, mostrando cariño, respeto y consideración. En mi labor, debe haber esa sensibilidad para acercarme y decir "estoy para servirte".

Leer *La pedagogía del oprimido* de Pablo Freire lo ha llevado a reflexionar sobre lo importante que es construir un sentido de esperanza en su comunidad educativa, hacerles saber que el día de mañana puede ser mejor.

—Hay muchos compañeros maestros que sienten una gran satisfacción por lo que hacen, pero tras las presiones económicas y no recibir sus pagos, trabajan a veces sin esperanza. Lo difícil es generar en ellos y en la escuela un ambiente que pueda motivarlos, por eso intento pasar tiempo con cada uno y mostrarles interés. Y a los padres de familia les digo que hagan soñar a sus hijos, que les digan que el futuro puede ser mejor, que pueden llegar a ser buenos profesionistas, sea la profesión que sea, pero que sueñen cosas grandes.

Han pasado 18 años desde aquel viaje a España. Ahora, Emiliano está ahí de pie observando la escuela que le ha sido encomendada, y que tras la cuarentena, se ve sola, sin niños en sus aulas, o corriendo por los patios. La pandemia ha evidenciado que la esencia de las escuelas son los alumnos, todos y cada uno de ellos en particular, porque cada niño necesita algo diferente y eso se percibe cuando se le ve cara a cara.

—Como maestros tenemos que lograr que todos los alumnos, que están bajo nuestra responsabilidad, aprendan. Necesitamos que los niños quieran aprender, pero también debemos estar dispuestos a dedicarles tiempo, y no etiquetarlos, encasillarlos o desahuciarlos pedagógicamente. Es ahí donde tiene sentido la educación personalizada. Hay quienes necesitan un poco de exigencia, algunos un poco más de atención, otros un poquito de amor, de aceptación y otros solos aprenden, nada más hay que guiarlos y motivarlos.

En la educación a veces hay que correr mucho para quedarse en el mismo sitio, pero después de todo se llega a ver la luz. Así como "el ojo humano es capaz de distinguir varios millones de colores […] pero solo ve en blanco y negro de noche, durante la que se pueden tener sueños en color" (EFE, 2012). Para Emiliano no importa qué tan obscuro se vea el camino, mientras haya familias y niños, el futuro tiene esperanza, y por eso vale la pena ser maestro.

Referencias

Bárcena, F. (2012). El aprendiz eterno: filosofía, educación y el arte de vivir. Buenos Aires: Miño y Dávila.

Bárcena, F., y Mélich, J. (2000). *La educación como acontecimiento ético. Natalidad, narración y hospitalidad*. Barcelona: Paidós.

Bauman, Z. (2019). *Vida líquida*. Ciudad de México: Gandhi.

Echeverría, M. d. (2014). *Civilidad: Conceptos y elementos básicos*. Mexicali: Cetys Universidad.

EFE. (8 de septiembre de 2012). El ojo humano puede ver millones de colores de día pero solo en blanco y negro de noche [Artículo de prensa]. *Diario 20 Minutos*.

Freire, P. (2005). *Cartas a quien pretenden enseñar*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

Gárate, A. (2019). El platanero y las preguntas fundamentales de la educación en el mundo de hoy. Lo que debemos aprender delos educadores. Conferencia. CETYS Universidad

García, Á. (2015). *De la educación en nuestro tiempo*. México: Cetys Universidad.

Isaac, D. (2000). *La educación de las virtudes humanas y su evaluación*. Pamplona, España: Eunsa.

Levinas, E. (1996). Entre nosotros: Ensayos para pensar en otro. Valencia, España: Pre-textos.

Mélich, J.-C. (2010). *Ética de la compasión*. Recuperado de https://ebiblio.Cetys.mx:4153.

Ortega, P. (2010). Educar es responder a la pregunta del otro. *Edetania*, *37*, 13-31. Recuperado de https://revistas.ucv.es/index.php/Edetania/article/view/306.

Ortega, P. (2016). La ética de la compasión en la pedagogía de la alteridad. *Revista española de la pedagogía*, 243-264.

Savater, F. (1999). *La educación es el momento adecuado de la ética*. Caracas: Acto de conferimiento del Doctorado Honoris Causa.

Sin el otro no hay nada: El relato de la maestra Cusi

Alejandra Caso Corella

La filosofía no siembra ni recoge, sólo remueve la tierra.

Leszek Kolakowski

La valiosa presencia

María del Carmen Echeverría del Valle, imparable a sus 69 años, dice con energía no saber cuándo se va a jubilar. Aunque estrena un puesto laboral con mayores responsabilidades, se queja de las consecuencias docentes de la pandemia de la primavera del 2020: dar clases virtuales. Sus diversos puestos administrativos no la han sacado del salón de clases y, como dice ella, le gusta que le digan Cusi. Ni doctora ni directora: Cusi. Su pasión es el aula universitaria, donde se puede conectar con la gente y donde dialoga con los otros: sus alumnos.

—¿Por qué me cambian el escenario de la docencia ahorita? Denme chance de que termine mi vida de maestra en ese lugar donde a mí me gusta estar, donde los

puedo ver, donde me puedo pasear por entre las sillas y le puedo picar el hombro al que se está cayendo, "Eh, no te duermas"; al que está metido en la computadora, "Te estoy cachando, estás haciendo cosas de la oficina y no me estás poniendo atención", "No, sí te estoy poniendo atención, Cusi", "No lindo, te sé leer en la mirada", "Ay, Cusi". Es esa relación de amistad, de camaradería, de cómplices la que hace que un docente y sus discípulos se vuelvan compañeros, sin esta relación no se puede lograr un verdadero aprendizaje. A 30 años de "hacer docencia" todavía me preguntan: ¿A ti te interesa que te caigamos bien? Sí. Para mí sí es importante, les contesto, porque esa empatía es la que te permite llegarle al otro.

¿Qué particularidades añade a lo ordinario como persona y como docente la maestra Cusi? La suma de todos esos complementos tan de su personalidad: ella habla a los ojos, con una sonrisa. Escucha, opina, respeta, dialoga. Su voz de salón de clases, o sea fuerte, casi gritando, mezcla característica de cubana con mexicana, es su presencia, su acogida. Se confía en ella, se cree en ella, se aprende de ella.

¿Qué puede ofrecer un profesor en el día a día, mejor que el ejemplo? Llegar puntual, llevar la clase preparada, vestirse adecuadamente como sinónimo de respeto a sus alumnos, y sacar, como ella siempre lo hace, lo mejor de cada uno de ellos. Llamarlos por su nombre. Lo extraordinario que ella ha hecho está en el interior de sus alumnos. Se sienten acogidos, aceptados, tocados por ella. Su imperiosa necesidad –o necedad– de mover lo que hay dentro de cada uno. De sacudir las ideas y los pensamientos.

—Yo no sabía que el profesor es el tapete del alumno. El profesor es la ruta o camino donde el alumno puede andar. Te necesita como ese lugar por donde él puede caminar, sentirse cómodo, enganchado, interesado en como tú lo propones. Pero eso es trabajo del profesor, eso no es trabajo del alumno.

No se puede enseñar si se está desconectado del estudiante. Docente y estudiante, según la opinión de la maestra Cusi, llegan, de ser posible, a ser amigos. La disposición empieza por el docente, y esa empatía es la que te permite llegarle al otro. Dice Aristóteles, uno de los grandes amantes intelectuales de Cusi, que entre los amigos: "es preciso que tengan los unos para con los otros sentimientos de benevolencia, que se deseen el bien, y que no ignoren el bien que se desean mutuamente" (Aristóteles, s.f.). Se puede encontrar al otro, conversar con él, cuando hay esa capacidad de sentirnos a gusto, en confianza. Cuando se entienden las características y las condiciones para que sí se dé una amistad: esa es la docencia.

—Yo necesito hacerme amiga, en cierto sentido, o de cierta manera, de mis alumnos. Y eso lo entendí en la prepa del Cetys. Después de que en una ocasión hasta ellos me quisieron correr, a llegar a ser madrina, a llegar a ser el confesionario de 200 alumnos cada semestre: "Cusi, me duele", "Cusi, no entiendo", "Cusi, no quiero a mi mamá", "Cusi, me terminó el novio", "Cusi, estoy preocupada"…, para mí fue así como *guau*. Qué fuerte puede llegar a ser esa relación con otra persona que no era nadie para ti antes de que tú pasaras la primera lista; y ahora, tiene un nombre y un apellido.

Vuela su sombra en el viento

Cambiar de residencia por gusto es una cosa. Dejar el país de origen por la situación que se vivió en 1960 con la revolución cubana, cuando el sistema de gobierno invade la estabilidad y esfuerzos de una familia, eso es otra historia. Los primeros años de su vida creció en una casa grande a unas cuadras de las playas de La Habana en la colonia Miramar, muy cerca del centro histórico. En menos de media hora se podía llegar a la Catedral de la Virgen María de la Concepción Inmaculada de La Habana, pasando por la Plaza y Museo de la Revolución y el Gran Teatro de la Habana "Alicia Alonso". Su familia, al igual que muchas otras, se vieron en la necesidad de dejar la isla por la situación sociopolítica que se manifestaba en su contra. Fue a los ocho años de edad que María del Carmen Echeverría del Valle deja su país natal con una mochila de apenas unos kilos para trasladarse a México. Ahí, sus papás, hermanos y ella fueron acogidos por familiares directos. Dos hermanas de su mamá –Ma, como ella la llamaba– se habían casado con mexicanos y residían en la Ciudad de México. Su vida cambió drásticamente. Los días de sol y playa, de jardines verdes y palmeras de plátanos quedarían atrás y llegarían unos fríos con calles más transitadas. Todo fuera por seguridad, por honor, por orgullo, por cuidar lo que les era propio y resultado del esfuerzo de muchos años de su Pa y de sus abuelos.

Cuando se observa a un adulto es difícil visualizarlo de niño. Pero si hay algo que nadie puede negar es que tuvo infancia. Es raro imaginar que nuestra protagonista anduviera en trajecito de baño, practicando atletismo o jugando basquetbol. A María del Carmen, la Cusi, no le

gustaban las reglas ni el rigor, le gustaban la libertad, los deportes y el ballet. Le encantaba andar descalza y, si se ponía tenis, lo hacía sin calcetines, "Niña, niña, ¡los calcetines!", le gritaría su mamá. Es extraño escuchar que no le gustara andar con vestido y moño en el cabello para ir a la iglesia los calurosos domingos de La Habana, cuando en el presente, sea el día u hora que sea, ella anda muy presentable y bien vestida, jamás en fachas.

Su amor por la filosofía inicia al estar con su papá. Al Sr. Echeverría le gustaba leer a grandes autores y conversaba y reflexionaba holgadamente con su hija. La primera vez que leyó formalmente a Platón fue en la preparatoria del Colegio del Sagrado Corazón en la Ciudad de México. Desde entonces no le gustaban las matemáticas ni la física. Pero las letras… esas sí. De sus clases de Literatura recuerda muy bien a la Mtra. Velasco con quien leyó y analizó a escritores mexicanos como Octavio Paz y Juan Rulfo. Con una maestra proveniente de Italia llevó un curso de literatura de autores extranjeros, entre ellos Jorge Isaac con *María*, una historia romántica, muy cursi, lo cual era muy divertido porque la misma profesora, consciente de esto, desmenuzaba los desgarrados sentimientos de la novela. Pero, lo que la hipnotizaba, era escuchar a la madre Mercedes Desentis. En sus clases, cuando trataban textos filosóficos no parpadeaba, nada lograba hacer que se levantara del mesabanco, ni los deportes ni las amigas. Recuerda perfectamente cómo se fascinó con las ideas de Sócrates a través de los *Diálogos* de Platón.

Posterior a la secundaria, ingresó a un internado del Sagrado Corazón en Grand Couteau, Nueva Orleans, donde mejora su inglés y hace muchas amigas; termina

su preparatoria en otro colegio de la misma congregación, en la Ciudad de México. Tras de hacer un viaje por Europa lleno de buenas experiencias y reflexiones, regresa a México y después de dos años de noviazgo se casa con Guillermo Gorostiza, Grillo. Al poco tiempo nacen Mónica, su primogénita, y posteriormente Luis. El único varón de sus cuatro hijos. Mientras no nacían los últimos dos, enamorada siempre de leer y de la filosofía, es que intenta seguir sus estudios.

Su logro para ser licenciada en Filosofía fue un camino de piedras, subidas y esperas. En un primer momento entró a la Universidad Iberoamericana creyendo que sería muy fácil mezclar su vida de mamá de dos niños pequeños con un horario de cuatro a nueve de la noche. Mas el esfuerzo sólo duró un semestre. El segundo intento constó de dos partes, una como alumna regular y otra en estudios libres. Esto fue en la Universidad Panamericana, donde se sintió acogida y mucho más cómoda.

—Éramos un grupo muy chiquito dentro de la facultad menos numerosa de la UP: la de Filosofía —recuerda con nostalgia—. La espiritualidad del Opus Dei donde la persona es importante y no sólo un número más, al llegar como mamá de dos y darse ellos el tiempo de preguntar: "Cusi, ¿cómo estás?", impactó inconsciente en mi formación como futura profesora.

Hubo varios buenos semestres, pero llegaron otros dos hijos, y la situación como estudiante se puso más difícil. Llegó el punto en que un profesor (distinguido profesor con grado de doctor) le pidió que dejara la clase, no sin antes decirle que la filosofía no era para todos. Ella no se dio por vencida. Insistió y buscó la manera, y fue otro

maestro quien la llevó al Departamento de Estudios Libres de la misma universidad, que era como educación continua, pero con RVOE (Reconocimiento de Validez Oficial de Estudios). Era una forma diferente de estudiar una carrera, pero ello permitía seguir y terminar lo empezado.

—No iba todos los días a clase, me presentaba dos o tres veces a la semana en la UP, tomaba asesorías y luego me iba a mi casa y estudiaba. Yo me acuerdo de estar leyendo en el súper, o subrayando mis libros durante las visitas al pediatra. De esta manera terminé las materias que me faltaban.

Por cuestiones del trabajo de su marido, a fines de la década de 1980 se van a vivir a El Centro, California, y pocos años después se mudan a Mexicali, Baja California. Cusi no estaba tan enojada de regresar a tierras mexicanas como de vivir en ese pueblecito desolado del valle Imperial, pero seguía haciéndose la misma pregunta: ¿qué hacer con su vida? "No tengo un grupo de amigas, nunca he sido de cafecito…", reflexionaba. Y de pronto se juntaron dos coincidencias. Por un lado, las amigas de su hija de la preparatoria del CETYS, quienes sabían que "la mamá de Mónica" había estudiado Filosofía, constantemente le decían que diera clases. Por otro lado, el santo de su esposo que "no sabía qué hacer con su mujer" aburrida, enojada y frustrada, le comentó a un socio de la empresa donde trabajaba, Víctor Machado, esposo de Paty Pacho, docente de la prepa CETYS: "Mi esposa estudió Filosofía, ¿no sabes si habrá oportunidad de clases para ella?". No pasaron muchos días cuando Cusi se acercó a dicha institución y el director de entonces, Ing. Ernesto Sánchez, le ofreció cinco grupos de Ética.

La maestra Cusi, ingenua y decidida a preparar su clase de Ética para esos cinco grupos de adolescentes, fue a buscar libros en su casa que hablaran de los temas que venían en el programa, esperando, como muchos novatos, que los alumnos estuvieran en su mesabanco con cuaderno y pluma en mano, atentos, ávidos a que el maestro empezara a hablar. La realidad no era así. A dos semanas de empezar clases, los alumnos solicitaron en una detallada carta firmada por muchos de ellos, la renuncia de la *chilanga*. Mas no se daría por vencida. Ella sabía que tenía que enamorar a aquellos jóvenes inquietos, adolescentes, desinteresados por completo en temas filosóficos. Y así lo hizo por cinco años.

—Tú no sabes todo lo que decía la maldita carta. Además de que yo no sabía enseñar, que no me querían. Punto. Llegué al día siguiente a clase, y les dije: gracias por su opinión, yo no me voy a ir; entonces, más vale que aprendamos a trabajar juntos. Y me los gané a base de encontrar estrategias que ayudaran a que todos esos conceptos, principios, ideas y argumentos tuvieran significado y pertinencia. En vez de buscar que ellos subieran a donde yo estaba filosóficamente hablando, bajé y "me volví de prepa". Gracias a Dios yo tenía a Mónica y Luis (mis hijos) adolescentes, por eso entendí el lenguaje, los modos, las actitudes, y entonces pude comprender el contexto. Y poco a poco, poco a poco. Al final de ese primer año fui con ellos a Disneylandia porque me eligieron madrina de su generación. Acabé enamorada de ellos, del Cetys, de la clase, del reto, de lo que es buscar cómo pueden aprender.

Aparte de dar Ética, con el tiempo se volvió la maestra principal de la materia de Filosofía para los jóvenes de

sexto semestre. Peculiar manera de dar clases. El "libro de texto" era un engargolado de fotocopias con artículos de revista, análisis, comentarios, fragmentos de reflexión. La dinámica consistía en que cada semana los estudiantes debían leer y llevar un ensayo breve, pero con sus propias palabras. Las citas al estilo APA no eran requeridas en la primera mitad de la década de 1990 para la maestra Cusi, pero sí los pensamientos y críticas propios. Desde entonces sus clases han sido un diálogo.

Tu papalote lo vuelas tú mismo

Los docentes llegan a serlo por una de dos razones, porque lo planearon y se prepararon para ello, o por accidentes del azar. A la maestra Cusi le pasó lo segundo. No se preparó con herramientas pedagógicas, estrategias de enseñanza ni aprendizaje basado en competencias. Llegó al salón de clases y de alguna manera su didáctica se basó en evitar al cien por ciento lo que le desagradó como alumna, en repetir las impresiones de sus grandes referentes docentes (monjas muchas de ellas), y en comprometerse con su mayor intuición: la de ofrecer herramientas para hacer que el otro se construya a sí mismo: "Si no ofrezco algo bueno al otro, si no hago que el otro mejore, no estoy haciendo bien mi trabajo".

—Cuando pienso en cómo ser profesora, recuerdo a Miss Amy, que era la que nos daba inglés en mi casa cuando niña; a Miss Marisela, la de quinto de primaria; a la madre Desentis, que me dio lógica, ética y estética en prepa. Todas ellas eran de: acoger, abrazar, tolerar. Pero mis grandes referencias son las experiencias negativas. La madre Ángela, quien me reprobó en sexto de prima-

ria. Un día la monja me dijo que yo era analfabeta. Entonces le dije, sí, debe de ser. Y desde ese día yo no volví a contestar un examen. En los exámenes ponía una *x* y lo entregaba: yo era analfabeta.

Todos los semestres, durante treinta años dice haber sentido los nervios y la emoción de enfrentarse a un nuevo grupo, a seres que esperan "ser educados" y el compromiso, dice ella, para que eso suceda, es mío. Si algo no entienden, es responsabilidad del maestro, si no visualiza el alumno, necesita esforzarse más el docente, si necesitan otro ejemplo, se buscan dos más. Esos nervios y la consciencia de la responsabilidad que se tiene al formar al otro, se explica en estas palabras de Eduardo Romero (2017):

> Distintas concepciones antropológicas han llegado a la convicción casi unánime de que el hombre está prácticamente indeterminado. Esta frase tiene la intención de expresar la idea que el hombre debe hacerse, quiera o no. Y ese "hacerse" es una tarea que le ocupa durante toda su vida. Por ello, puede considerarse que se trata de una constante vital que acompaña a cualquier ser humano en su ciclo vital. En palabras de Zubiri: "el hombre, al existir, se encuentra con la tarea primordial de que hay que hacerse" (1944, p. 436). Ese hacerse lo convierte en autor de su propia vida. El hombre es autor de su vida porque tiene que elegir qué perfil o modo de ser humano quiere dar a su vida, cuál es la figura que quiere dotarse para sí mismo y ante los demás. Para ello, tiene que escoger, optar por unos comportamientos en las que adoptará una forma de ser humano (pp. 13-14).

Las capacidades docentes que llegó a desarrollar, con esa sencillez y empatía que la caracterizan, dice no

haberlas aprendido de ninguna parte: fueron la suma de las circunstancias y de su esencia. Pudo haber ocupado puestos importantes como ser subsecretaria de educación, directora de media superior, directora académica en Cetys, pero en el momento de abrir la puerta y entrar a un aula eso se olvida, no importa. Su papá les inculcó a ella y a sus hermanos el valor de la humildad. Recuerda claramente el día que le habló por teléfono: "Papi, me acaban de nombrar subsecretaria." A lo que el Sr. Echeverría contestó "Cusi: con eso naciste y con eso te vas a morir, olvídate de tus etiquetas. Estorban y pesan. El día que te las quitan, creerás que te están quitando parte de lo que tú eres."

En Cetys recibió la invitación para laborar en el Gobierno del Estado de Baja California como Subsecretaria de Educación. Esto le ofreció un panorama educativo distinto del que estaba habituada. En los poco más de diez años dentro de la misma trabajó por mejorar las escuelas normales, tuvo diversas actividades de participación social, colaboró para el beneficio de jóvenes, mejoras en la educación y desarrollo cultural. En definitiva, conoció una realidad diferente, difícil, cruda, ambigua cuando se trata de enfrentar las condiciones de la educación privada y la pública. El resultado: más experiencias, toma de conciencia, empatía y ganas de seguir en la lucha por la justicia y el bienestar de la comunidad.

—Ser profesora es algo que se trae o se va desarrollando, es como irse transformando. Pero ser Subsecretaría de Educación, no tiene nada que ver con la realidad de la educación. Yo discutía mucho con el entonces secretario: uno no puede dictar políticas cuando jamás se ha

estado delante de un pizarrón. No se puede dictaminar, no se pueden establecer políticas, no se puede mandar y decidir si no se conoce la realidad. La vida de la escuela pública nada tiene que ver con la vida de la escuela privada. Nada, nada qué ver.

La metáfora de hacer con su vida un papalote, la maestra Cusi la utiliza como si los lanzara. Su misión educativa, considera, es enseñarle al alumno a construirse, a descubrirse:

—Hagan de su vida un papalote y vayan a volarlo donde les dé la gana. Guillermo, mi marido, decía que esa frase era groserísima, pero a mí me sirve mucho. Es su papalote, no es el mío. Y si se cae, se rompe, vuela bien, vuela alto, o no lo despegan, es tu bronca, no es mía. Es su vida, y si se caen, se rompen, se angustian o triunfan, es su vida, no la mía.

En *La otra educación*, Pedro Ortega da cuenta de esta idea, donde el docente, dicho de manera metafórica, muestra pasos coreográficos, técnica y arte, para después, a través de la improvisación, dar oportunidad al educando de ser quien se luzca en el escenario, quien, solo, haga su propia versión de lo aprendido:

> Se debería tener en cuenta que el camino de la formación personal quien lo recorre es el educando. El educador acompaña, orienta y guía, anima y facilita, pero no suplanta al educando, ni impone un determinado recorrido. La educación es construcción, edificación; y levantar, construir el edificio de lo que uno proyecta ser es una tarea en la que la participación del propio sujeto es insustituible. La educación prepara para vivir y vivir éticamente, es decir, desde la responsabilidad. La educación es propuesta, ofrecimiento respetuoso, testimonio de un modo de vida, hecho desde la experiencia de un estilo ético de vida. Y esta iniciación o introducción a una vida ética, que es la educación, viene siempre de la mano del otro, del acompañamiento del otro, desde el testimonio ético del otro (Ortega, 2011, p. 47).

La maestra María del Carmen dice haberse construido a sí misma a trancazos, a golpes, con dificultades, con buenos maestros, con pésimos maestros, con buenos ejemplos, con pésimos ejemplos. Pero esa es su vida. Por tanto, a través de la educación y de las clases, ella pretende acercar a sus alumnos a ellos mismos: "Y se los digo y se los repito: Cuando les dejo alguna tarea, y pongo ejemplos, analogías o metáforas, o incluso chistes, cuidadito y utilicen uno de mis ejemplos, de mis analogías, de mis metáforas o una de mis tonteras".

Y al final del semestre, *kiss me and say goodbye*. Muchos alumnos regresan a través de correo y un cómo estás, y qué noticias has leído, y qué te parece lo que sucedió, etcétera. Pero ella, siempre, de una manera y otra, deja huellas, reflexiones y aprendizajes en sus alumnos.

Que surja al sol el oro de su naturaleza

La experiencia como docente la comenzó a principios de la década de 1990, en la preparatoria, pero después se pasó al nivel superior, dio clases en licenciatura y en la Maestría en Educación, y asumió varios puestos administrativos, entre ellos Coordinadora del programa de la Maestría en Educación y Directora de Educación Media Superior a nivel sistema en Cetys. Como ya se mencionó, tuvo un receso de poco más de una década en el Gobierno del Estado.

Los últimos siete años los dedicó a dar la materia de Ética en la Maestría en Adminitración de Negocios (MBA, se le conoce por sus siglas en inglés), que recientemente debió dejar por su nombramiento como Directora Académica del campus Mexicali. Cuando la invitó Mario Dipp, coordinador del MBA campus Mexicali en ese entonces, a participar como docente de un programa administrativo le preguntó: "¿Ay, Mario, y qué sé yo de empresas?".

Pero fue un éxito. Descubrió que los estudiantes de la maestría están ávidos por aprender. Los ingenieros, empresarios, contadores, administradores, que oscilaban entre los 25 y 60 años de edad, con grupos en ocasiones más de 50 alumnos, fueron un verdadero logro. Muchos decían entrar a la materia porque se oía fácil, con el tiempo, otros decían que porque estaba muy divertida, y otros más, que la escogieron porque ahí sí aprenden. "Prepárense", les decía la maestra Cusi a ese heterogéneo grupo de adultos, "porque aquí vamos a hacer Filosofía". Fue un reto esta materia. Hacer leer, pensar y reflexionar a personas que no habían abierto un libro en 30 años.

—Tengo algo que enseñarles, ese es mi compromiso. Al final de cada trimestre los alumnos me confesaban que nunca se hubieran imaginado encontrar el gusto en una materia que terminaba siendo de Filosofía y Antropología, muchos de ellos señores, adultos, casados. Mis alumnos lo decían: "Nunca me imaginé que me fuera enganchar. Soy ingeniero, tengo 50 años, no me interesa leer y acabé leyendo, discutiendo, analizando, reflexionando, peleando, y entendiendo".

Aun cuando son adultos, cuenta la maestra "sin límites" que una de las cosas por las que se ríen mucho sus

alumnos es que llega con una tarjetita con su nombre y les pide que la tengan enfrente de su computadora o de su lugar las diez sesiones, para poder hablarles. El nombre, dice ella, representa a la persona.

—Yo no soporto eso de: "Aquella de la blusa verde, aquel del saco rojo, aquel...", no lo puedo soportar. Para mí esa es una despersonalización de la educación. ¿Por qué traes esa cara de tristeza? ¿A ver por qué no te puedes estar quieto? ¿Por qué te me estás quedando dormido?

Uno de los métodos de impartir clase de la maestra Cusi no es lo que se discute sino la forma en que la discute. Genera un diálogo con sus estudiantes, hace preguntas a las que ellos deben ir contestando de manera argumentada, sacando ideas, generando conclusiones. La maestra Cusi compara esas respuestas con un ladrillo, cada respuesta, cada por qué es un ladrillo con el que van construyendo una pared. Les sugiere a sus alumnos que piensen bien, que argumenten bien, si no el ladrillo puede estar a la mitad, aunque puede complementarse con otra mitad de tu compañero (trabajo en equipo); o puede ser un ladrillo que se va a desmoronar si no tiene sustento. Esa es la mayéutica, afirma, "hacer que los demás den a luz en sus mentes ideas verdaderas, con vistas a la acción justa" (Hernández, 2008, p. 3).

Asegura que los alumnos saben muchas cosas, sólo que no las han traído al plano de lo racional. Éste, claramente, es uno de los compromisos docentes que manifiesta la mayor vocación que una persona puede tener hacia su deber con el otro en el plano educativo: "el maestro que enseña y educa, que hábilmente suscita las preguntas del educando sacándole de la indiferencia y provocándole el

interés y el gusto por saber sobre sí y sobre el mundo, por conocerse y saber interpretar el mundo que le rodea, por dar 'sentido' a su existencia" (Ortega, 2011, p. 37)

Explica cómo, a diferencia de los animales y vegetales, las personas tenemos sentidos externos e internos. Con los sentidos externos observamos, olemos, tocamos, escuchamos, probamos; pero con los internos, la memoria, la imaginación, la creatividad, guardamos en imágenes la representación de todo lo que nos rodea, y así, al preguntarle al grupo "¿Qué ves cuando digo árbol?, seguramente cada uno 've' algo diferente".

Otro ejemplo de la forma en que puede empezar una clase es el siguiente. Llega al salón y abiertamente pregunta: "¿Qué es el bien común?". Se voltean a ver unos a otros, le preguntan si "anda ondeada" (expresión juvenil que significa que se tomó o fumó algo). Ella nomás ríe y vuelve a preguntar: "Contéstenme, ¿qué es eso del bien común? Y nada de salir con una respuesta de diccionario". Dice volverse loca de la felicidad cuando ve esas miradas entre ellos y cuando empiezan a cuchichear. Una vez terminada la clase, después de analizar, discutir, comentar, ejemplificar, crear ideas, cuestionar, les dice:

—¿Saben que acabamos de hacer antropología?

Y no falta quien responda: —¡Guau!, entonces yo puedo llegar a mi casa y decirles que tuve una clase de antropología.

—Sí, pero no se lo digas, explícaselos.

Involucrada la mitad de su vida en la escuela, en la institución, en el órgano educativo, su compromiso siempre ha sido con el alumno. Un siglo anterior al nacimiento de Cusi, a uno cuantos kilómetros al este de donde

ella creció en la ciudad de La Habana, nace el poeta José Martí en 1853. Desde su estancia en Nueva York, donde vivió más de una década, reflexionó lo que deseaba para la educación cubana al compararla con ese otro contexto:

> La enseñanza ¿quién no lo sabe? Es ante todo una obra de infinito amor… Hombres vivos, hombres directos, hombres independientes, hombres amantes, –eso han de hacer las escuelas, que ahora no hacen eso… Eso, a tientas aún, quisieran hacer aquí con el sistema de escuelas públicas los reformadores más juiciosos: reconstruirlo de manera que no apague al hombre, y surja al sol el oro de su naturaleza (Martí, 2015, pp. 45-50).

Lustrar el oro del estudiante, hacer brillar lo que lleva dentro. Eso, en definitiva, es un ejercicio que la maestra en cuestión realiza en cada una de sus clases.

Uno de sus personajes favoritos de la vida real es el piloto Chesley Sullenberger, más conocido como capitán Sully, quien, en 2009, salva a 155 pasajeros y tripulación tras aterrizar, o bien, amerizar de emergencia en el Río Hudson en el estado de Nueva York. Tres analogías interesantes surgen en relación con ese suceso y la docencia de nuestra maestra. El piloto Sully, considerado un héroe tras ese hecho, dice que no hizo nada extraordinario, que sólo llevó a cabo lo ordinario, lo de todos los días en una situación especial. El resultado de años de docencia, la suma de las acciones diarias de su compromiso docente, dan como resultado que la maestra Cusi sea alguien valorada y reconocida por sus estudiantes y por los compañeros y las diferentes áreas donde se ha desempeñado en Cetys Universidad. Lo mismo sucedió en el gobierno.

Una similitud con el caso del Río Hudson es la precisión del tiempo humano. Dado que cada ser es diferente, y si algo se ha discutido infinitamente en educación es que "no se les puede cortar a todos igual y con la misma tijera", observar al otro es también entender sus tiempos, sus contextos, sus historias. Valorar el tiempo del otro permite empatar con su proceso de crecimiento, y, por tanto, cuando un docente tiene esto presente, sabe y puede trabajar mejor con el proceso de aprendizaje de su alumno.

La última analogía que con humildad acepta la doctora, es que los reconocimientos y logros han sido también gracias al adecuado trabajo en equipo. El capitán Sully, piloto del Airbus A320 vuelo 1549, dice que la maniobra y la ausencia de pérdidas humanas se logró dado que todos llevaron a cabo lo que tenían que hacer: la tripulación, los pasajeros, la torre de control, los equipos de rescate, el copiloto. Con humildad y agradecimiento Cusi reconoce que, en estos 30 años de docencia, se ha rodeado en gente que le ha permitido trabajar en lo que le gusta, se ha desarrollado en un lugar donde le gusta estar, y eso ha hecho posible, que ella realice lo que sabe hacer tan bien: enseñar y sacar lo mejor del otro.

Referencias

Aristóteles. (s/f). Del objeto de la amistad. *Proyecto de Filosofía en español*. Recuperado de http://www.filosofia.org/cla/ari/azc01213.htm

Hernández, C. (2008). La mayéutica de Sócrates en la formación humana. *Planeación y Evaluación Educativa*, *15*(43), 3-10.

Martí, J. (2015). *Ideario pedagógico*. La Habana: Centro de Estudios Martianos.

Ortega, P. (2011). *La otra educación*. Tijuana: Centro de Enseñanza Técnica y Superior.

Romero, E. (2017). *En busca de los verdaderos fines de la educación. La alteridad como respuesta*. Mexicali: Instituto Educativo del Noroeste.

La docencia en escuelas bilingües en Estados Unidos: Un testimonio de liderazgo y acogida

Carol Ann Barry Mc. Cubbin

Si no puedes ser un camino, sé una ruta. Si no puedes ser el sol, sé una estrella. Siempre sé lo mejor de lo que eres.

Anónimo

Tomando nuestras vidas en las manos

¿Acaso el liderazgo es algo que se adquiere, o más bien es una habilidad única con la que se nace? Quizás es algo que se forja y fortalece a lo largo de las experiencias, y sin saber, le dan seguridad y autoridad a una persona, ese sentimiento de "poderlo todo", a pesar de las adversidades. Es probable que no se sepa si uno posee tal cualidad, hasta que las vivencias, día a día, obligan a tomar decisiones que pueden tener consecuencias importantes, para bien o para mal. Llega el momento en que, mirando atrás, la persona está segura de que las situaciones pudieron haber resultado diferentes, y si fueron acertados los laudos y se sobrepasaron las dificultades para poder llegar al ob-

jetivo, entonces se lograron las expectativas, y así, a la par, se cumplieron los sueños.

Conocí a Claudia Aldrete hace casi ocho años. Ella formaba parte del panel evaluador en mi entrevista de trabajo, junto con la directora de la escuela en ese entonces, al igual que otros maestros y padres de familia, representando el Programa de Doble Inmersión en una escuela primaria de Chula Vista, California. Saliendo de la entrevista, fue evidente que Claudia era la líder de los maestros del programa y, en lo sucesivo, sería ella quien marcaría la directriz a seguir en más que sólo lo académico. Lo que nunca imaginé fue la historia detrás de su presente, para estar hoy en el puesto que desempeña.

Este es un recorrido por la senda que caminó Claudia, una mujer mexicana, nacida en Tijuana, hace alrededor de 50 años; la mayor de tres hermanos –dos mujeres y un hombre–, de padres igualmente mexicanos, ambos oriundos del estado de Guanajuato, México. Claudia afirma que la necesidad de encontrar una vida mejor los impulsó, como familia, a buscar nuevos horizontes. ¿Cuál fue el hecho determinante que "colmó el jarrito"? Así comenzó el relato de su infancia.

—Cuando nacieron mis hermanos, mi fiel compañera de juegos era mi hermana Sonia, quien era dos años menor que yo. Al conocerse mis padres en Tijuana y casarse, se establecieron en la colonia Buena Vista y posteriormente en la colonia Libertad. Mi padre hacia un gran esfuerzo para cruzar diariamente la frontera de Tijuana a San Diego y llegar a trabajar en la *pizca*, como comúnmente se le llama a la recolección de frutas y verduras en los campos agrícolas, en la localidad de Encinitas, California, distante unos 60 kilómetros de la frontera.

Continúa narrando Claudia que en el barrio donde vivían, no había mucho espacio común para jugar, así que se divertían en las escaleras altas que conducían a su departamento; sin embargo, los niños que vivían alrededor siempre las molestaban y las hacían llorar. Un día, la situación fue especialmente incómoda.

—Recuerdo que el día inició como siempre, con los vecinos "molones" encontrando formas de hacernos enojar, pero ¡nunca imaginamos, ni por un instante, que fueran capaces de desaguar sobre Sonia y sobre mí! ¡Nunca se nos ha podido olvidar!

Ese fue el hecho determinante, esa fue la "gotita que derramó el vaso", el momento decisivo en que sus padres dijeron *¡Basta!*, y en ese instante se da inicio al siguiente capítulo de sus vidas. ¿Será que las circunstancias ayudaron a hacer florecer habilidades de liderazgo en los padres de Claudia? ¿Será que eventos extremos requieren reacciones extremas? Ese suceso cambió la vida de la familia Baeza Rivas para siempre.

¿Qué es entonces el liderazgo? Existe el liderazgo en distintos niveles, y uno de ellos es la paternidad. Chinchilla, citada por Osorio (2015), sostiene:

> En el hogar se están desarrollando competencias laborales todo el tiempo, especialmente cuando se vive la paternidad. Por ejemplo, se desarrollan habilidades de liderazgo en el hogar. Pero no cuando estamos leyendo el periódico, sino que, conviviendo con la familia, dirigiendo una casa. Ahí desarrollas la capacidad de nego-

ciar, la capacidad de comunicar, la capacidad de delegar, la escucha activa, la planificación.

Uno pensaría que el liderazgo se aplica sólo a los ejecutivos que laboran en una empresa, sin embargo, el don de mando de los padres de Claudia, Graciela y Rubén, los lleva a tomar la decisión de sus vidas, y deciden irse de Tijuana, Baja California, a San Diego, California, en busca de la vida que sabían merecer en ese país vecino, en calidad de indocumentados y sin hablar el inglés.

Un nuevo país, una nueva vida

Es inimaginable tratar de comprender el temor y la inseguridad que dominaban sus mentes y sus corazones, pero era claro que lo único que no se podía era dar marcha atrás. ¿No indica ello una cualidad de autoridad, de querer marcar el rumbo, aunque el porvenir fuera tan incierto?

El padre de Claudia, don Rubén, había logrado colocarse en los campos agrícolas de Encinitas desde su llegada a Tijuana, de tal suerte que ganar en dólares americanos y gastar en pesos mexicanos les traía una ventaja. Los hermanos del señor Baeza fueron, de inicio, los que convencieron a su hermano a mudarse, para poder cruzar diariamente a ganarse la vida. El hombre formó parte del contexto que explican autores como Verduzco (1995):

> El Contrato Bracero de 1942 no empezó, como se cree, porque hubiera escasez de mano de obra a causa de la Segunda Guerra Mundial, sino porque el costo de la mano de obra empezó a encarecerse y es así como la mano de obra mexicana resultaba un recurso excelente, no solo

> por barata, sino porque era estacional, de acuerdo a la agricultura californiana.

Aún con el temor de lo desconocido, Claudia relata que sus padres tenían unos compadres de velación desde su boda, y que, gracias a ellos, encontraron el coraje y la motivación para dejar todo atrás y buscar nuevos horizontes con sus tres hijos pequeños: Claudia de 7 años, Sonia de 5 y Rubén de 3 años. Al llegar a San Diego, la familia Baeza se estableció en lo que hoy se conoce como la Milla de Carros, en National City, California. Cuenta Claudia que la casa era de una sola recámara y un solo baño, pero a pesar de que tenían que "salirse unos para que los otros entraran", estaban muy felices en su nuevo destino juntos. Don Rubén contaba ya con su *green card*, que le permitía trabajar en los Estados Unidos, pero su mamá no tenía documentos migratorios y tampoco hablaba el idioma.

Al llegar a su nueva casa, les tocaba asistir a la escuela primaria pública de su localidad conocida como Kimball, ubicada en National City. Recibió su nombre en memoria y honor a la familia Kimball, quien fue fundadora de esa ciudad y aportó mucho a dicha comunidad, entre ello escuelas y la biblioteca local.

Al recordar dicha época en sus vidas, Claudia se queda pensativa un momento y dice: —En esa escuela nos hacían sándwiches y nos servían frutita, y aunque nunca nos faltó de comer, era diferente a lo que yo conocía, ¡era delicioso!

Cabe aclarar que en California, como en otros estados, las escuelas tienen la obligación de servir alimentos

gratuitos a poblaciones que así lo necesitan, ya que, en muchos casos, la comida recibida en la escuela es la única alimentación que dichos niños comen en el día.

Por su ubicación tan aledaña a la frontera con Tijuana, la escuela Kimball, desde entonces y hasta la fecha, sirve a 96 por ciento de población hispana, lo cual ayudaba enormemente a la mamá de Claudia, cuya primordial preocupación era poder relacionarse con los maestros y administradores de la escuela de sus hijos en español. Con el paso de los años, la escuela cambió de domicilio para dar pie a la calle más popular para venta de automóviles conocida hoy en día como National City Mile of Cars.

Por esa razón, Claudia y su familia no permanecieron mucho más del año en esa ubicación, y partieron, ayudados nuevamente por los padrinos de velación de sus padres, en busca de otra casa, misma que encontraron en lo que hoy es Spring Valley. La casa tenía tres recámaras y Claudia recuerda con melancolía y felicidad entremezcladas, y comparte: —Esa casa era un castillo, hasta tenía zacate, algo que nunca habíamos ni visto. Al cambiarnos tuvimos que acudir a otra escuela.

El nombre de la escuela Claudia ya no lo recuerda, pero en ese lugar viviría una experiencia que marcarían su persona y su profesión futura para siempre. Ella mencionó que la segunda escuela fue muy difícil por el idioma inglés, mismo que ellos no hablaban y tendrían que aprender.

—El primer día de escuela no podía comunicarme con nadie, y nunca me asignaron a un compañero de ayuda, como lo hacemos ahora. En las mesas de comida, me sentía abandonada, sin saber nada. La primera vez,

cuando tuve ganas de ir al baño, al no saber comunicarme en inglés ni tampoco conocer dónde estaban las diversas áreas en dicha escuela, me quedé sentada y obviamene no llegué a tiempo. Recuerdo con impotencia lo mal que ese evento me hizo sentir, y cómo, de ahí en adelante, ¡nunca permitiría que algo así le pasara a nadie más!

Siguió la vida y con el paso de los grados escolares, llegó un momento en que Claudia dejó de hablar en español, quizá un mecanismo de defensa para nunca más sentirse aislada, algo que empezó a hacer de manera inconsciente. Sin embargo, su madre, firme y segura, sentó a sus dos hijas, quienes acudían a la misma escuela y les dijo, con señas de enojo y voz firme: "¡En esta casa, cuando lleguen de la escuela, sólo se hablará el español, no le hace que estemos en Estados Unidos, se les va a olvidar!".

Se vuelve con esta aseveración la evidencia y los rasgos de liderazgo, esta vez en la madre de Claudia, en este caso "un liderazgo natural, entendido como aquél que ejerce un líder que no está reconocido formalmente como tal. Se dice que este modelo de liderazgo natural se da en un mundo donde los valores son más importantes" (Ibero, 2017). Junto con el papá, la mamá de Claudia demostró ser un motor poderoso, y ante los cambios, buscaba apoyar a sus hijos a ser lo mejor que podían ser, siempre.

Ahora, en su rol de madre, su mayor apoyo era hacia la educación de sus hijos y en dirección de preservar el idioma español en casa, ya que su propia falta del idioma inglés la limitaba. Claudia describe vivamente:

—Mi papá trabajaba mucho, después de la agricultura como soldador en la compañía Nasco, pero nunca se

perdía ningún evento especial o premiaciones, sin embargo, mi mamá siempre presente y se involucraba activamente cada vez que podía. Ese vínculo permitió a mi madre trabajar en las escuelas donde estudiábamos, en aéreas de apoyo como la cafetería, llegando inclusive a ser jefa, lo cual le permitía estar cerca de nosotros y aportar también a la economía familiar. Siempre luchona, no dejó nunca que los obstáculos la detuvieran.

¿Existe otra muestra de liderazgo para comprobar que querer es poder? ¿Qué tan poderoso puede ser el apoyo de la familia, de los amigos, que influye tanto en la vida de sus familiares y conocidos? Sin titubear, por segunda vez, la familia Baeza Rivas buscó un cambio. Su segunda vivienda, aunque fue maravillosa y creó recuerdos para toda una vida, no duró para siempre. La zona en la que estaba, afirmó Claudia, se empezó a poner muy peligrosa, y sus padres no querían ese ambiente para sus hijos.

El nuevo hogar se convirtió no sólo en el centro residencial de la familia, sino también sólidas relaciones, ya que ahí cosecharon una comunidad de amistades y apoyo para toda la vida. Dicha morada es la casa en la que siguen viviendo los papás de Claudia hoy en día, en Spring Valley, gracias, una vez más, a la intervención de los padrinos de velación de sus padres.

Al paso de los años, se avecinaba la transición a la escuela preparatoria, para lo cual, la mamá de Claudia, doña Graciela, logró inscribir a sus hijos en una escuela preparatoria pública de tipo *magnet,* en Point Loma, California, en su afán continuo de ofrecerles las mejores oportunidades de estudios. Estas escuelas ofrecen programas de alto interés en las ramas de tecnología, ciencias y matemáticas, entre otras, a lo largo de su currículo, y pretenden poder captar poblaciones de otras zonas geográficas de la ciudad para obtener una mezcla más heterogénea y brindar equidad en la educación. Claudia compartió que el autobús las tenía que recoger a las 6 de la mañana todos los días para llegar a tiempo a Correia, que era el nombre de la escuela.

Es en esa escuela donde Claudia se enfrentó a un mundo nuevo para ella y su familia, pues cuenta con familias anglosajonas con recursos económicos altos y sin problemas aparentes en la vida. Es ahí también donde se expone, de manera más abierta y consciente, a la discriminación social y racial. Explica de una consejera que en lugar de apoyarla para tomar cursos de *advanced placement*, que eran cursos más rigurosos que contaban como créditos autorizados para la universidad, con frecuencia la desanimaba con el pretexto de que no quería que Claudia arriesgara bajar su puntaje.

—La consejera veía las clases que había yo escogido para el siguiente semestre y me decía: "No, no, no, mejor toma las clases de costura o de cocina que son más adecuadas para ti" —Claudia narra con coraje.

Una segunda experiencia dolorosa que Claudia vivió en esa misma preparatoria con la misma consejera fue cuando ella tenía la convicción de ir a un viaje a Washington por méritos académicos y ganó el concurso. Tuvo que ir a dar con la misma consejera, quien organizaba el evento y cuyo nombre no guarda en la mente, y al estar llenando la solicitud para asistir al viaje, la señora marca a Claudia como ciudadana americana, casi a propósito, sabiendo muy probablemente que no lo era.

—Cuando le dije que no era ciudadana de Estados Unidos, me contestó: "Uy, qué pena. Entonces no podrás ir". Y frente a mi cara, rompió la solicitud. "Tendremos que contactar al estudiante que sacó el segundo lugar". Todavía recuerdo la impotencia que se sintió y cómo lloraba de coraje. Al día siguiente fue mi mamá a tramitar su *green card* y nos pedía ayuda a mi hermana y a mí para practicar la información para su examen. Gracias a eso, mi hermana y yo adquirimos la ciudadanía.

Este es, sin duda alguna, un ejemplo más de liderazgo, de estar convencidos de lo que se quiere, de luchar en pro de lo que uno desea con ahínco.

La universidad: ¿realmente una oportunidad de salir adelante?

La siguiente etapa de la vida de Claudia le traería nuevos retos y temores, se avecinaba la ida a la universidad. Si uno conoce cómo funciona la metodología de aplicar a universidades en Estados Unidos, al igual que tratar de conseguir ayuda financiera, el proceso no es tan difícil, pero siendo la primera en su casa en pensar en estudiar una profesión en ese país, ella fue pionera en averiguar exactamente toda la información necesaria.

En un principio, Claudia estaba interesada en estudiar pediatría, quizá por la influencia de lo que alguna vez le platicaba su mamá en relación al mundo de la enfermería. Ella sabía que quería trabajar con niños, por lo cual también consideraba la carrera de educación. Al solicitar entrar a las universidades, Claudia fue aceptada en tres universidades del sistema University of California (UC): la de San Diego, la de Los Ángeles y la de Berkeley, tres

de las mejores en el estado, sin embargo, decidió quedarse en San Diego para no alejarse de su familia. El gran ejemplo de ir a la universidad motivaría a sus hermanos a seguir el mismo camino algunos años después, reconociendo que lo que uno persigue, cuando lo alcanza, ¡deja un muy buen sabor de boca!

A esta edad, Claudia se iba transformando en una líder, cualidad que aprendió de sus padres, sin siquiera estar consciente de ello. Los líderes con convicción generan un ambiente de seguridad y certeza para todos. Cuando un líder está plenamente convencido de que tomó la mejor decisión posible, sus seguidores absorben inconscientemente esta creencia y el estado emocional correspondiente (Bradberry, 2017).

Justo en el momento de aceptar el ingreso a la UCSD, curiosamente le negaron ayuda económica porque el papá ganaba más de lo que se requería para recibirla, aunque, ese verano justo anterior a comenzar la universidad, el papá se había quedado sin trabajo. Poco después sucedió lo inesperado, la oportunidad de ser la protagonista de un comercial para televisión, destacando el perfil de una joven latina. Para apoyarse con los gastos de la universidad, Claudia pertenecía a un grupo de latinos, dentro de la comunidad universitaria, y un buen día se enteró que estaban buscando mujeres latinas para lanzar un comercial nacional para los chocolates Snickers.

—Cuando llegué, vi a varias modelos con sus representantes y yo nada más observaba. Tuve la entrevista frente a una cámara y una semana después, me llamaron para firmar el contrato y me dieron un boleto de camión para viajar a Irvine, California. A mi arribo, me tenían un

tráiler con mi nombre y adentro había ropa y maquillaje. Hasta ese momento, yo no sabía que había sido la elegida hasta que mis amigos me dijeron que me habían visto en la televisión. Esta aventura de dos a tres años me sirvió para pagar mi universidad y todavía me di el lujo de comprar un carro del año.

¡Qué razón había tenido! Las cosas se fueron acomodando de una manera que nadie pudo haber previsto, pero Claudia aprovechaba toda oportunidad, con gran seguridad y convicción. Ser perseverante y perseguir oportunidades también son componentes claves para ser un líder.

Son diez las características de un líder transformador, de acuerdo con Flores (2011): Tiene educación amplia, curiosidad ilimitada, entusiasmo sin límite, fe en la gente y en el trabajo en equipo, voluntad de arriesgarse, dedicación al crecimiento a largo plazo más que en el corto plazo, dedicación a la excelencia, preparación, virtud y visión.

Hasta ese punto en su vida, ella miraba siempre para adelante, no se daba por vencida, confiaba en que todo iba a salir muy bien y su actitud era positiva ante cualquier obstáculo.

A pesar de haberse graduado de la UCSD en Psicología y Biología, Claudia seguía en busca de experiencias que la ayudaran a decidir a qué dedicarse. Buscaba poder definir su pasión, así que tuvo la oportunidad de trabajar en la Cruz Roja Mexicana y de voluntaria en hospitales en San Diego, pero cada día se inclinaba más y más hacia trabajar con niños, de preferencia hispanos. Ese sentimiento es el que la llevaría a perseguir la interacción más

definida en el ámbito de la educación, después de haber dejado atrás la enfermería, misma que hubiera implicado, tarde o temprano, horarios difíciles de combinar con formar una familia.

Un sueño hecho realidad

Para su gran fortuna, Claudia se enteró de que el Distrito Escolar de San Diego estaba buscando profesores bilingües, y ofrecían un programa que le daba a los maestros su credencial gratuita después de tres años de preparación. Mediante un programa llamado BECA (Bilingual Education Credentialing Alternative), le daban a un maestro su planta, con beneficios, y al cabo de tres años se certificaba, mientras trabajaba en un salón de clases a la par. Esta fue una oportunidad dorada para ella porque podría ir aplicando lo que aprendía inmediatamente con sus estudiantes, lo cual hizo en la escuela primaria Emmerson Bandini.

¿Qué estaría pasando por su mente? ¡Al fin había encontrado su pasión!

—En mi primer día de clases, vi a todos estos niños mexicanos con esas caritas y me dije: yo voy a hacer una diferencia en sus vidas. Me quedó muy claro: ¡Esto es para mí!

Con esa actitud, Claudia demostraba claramente su sentido de compasión, de acogida.

De acuerdo con Mèlich (2002): "Si hemos nacido y continuamos vivos es porque hemos sido acogidos y esta acogida hace que establezcamos relaciones con los otros, relaciones igualmente ambiguas, de amor y de odio, de alegría y de tristeza". Este sentido de acompañamiento

que inicia en el ámbito familiar, se extiende posteriormente a la comunidad educativa, una instancia donde padres y docentes tienen la responsabilidad de apoyar al niño tanto física, cognitiva y emocionalmente. "La acogida es el llamado que ese otro hace a mi compasión, a mi amor, porque amar es temer por el otro, socorrer su debilidad", escribió Lévinas (2002, 266).

Sin saber ni a dónde se iba el tiempo, Claudia estuvo trabajando en esa escuela y en ese mismo grado a lo largo de tres años. Desde ese momento y en lo sucesivo, se dio cuenta que su personalidad se orientaba no tanto a planear las experiencias futuras, sino más bien a aprovechar las oportunidades que la vida le presentaba, y con esa mentalidad, decidió echar mano de la oferta que se le presentó de convertirse en especialista en lectura, puesto que desempeñó en la misma escuela a lo largo de dos años y con todo pagado.

Esa experiencia le permitiría trabajar con los estudiantes más necesitados en lectura, que es uno de los tres pilares de la educación. Con esta labor, día a día, ella mostraba también un sentido de responsabilidad, la responsabilidad de darle a cada estudiante lo que necesitaba. Con ello le vendría un importante sentido de logro, un sentido de saber que estaba siendo la diferencia en la vida de sus estudiantes más necesitados.

> La responsabilidad del docente es amar a los alumnos, con un amor fraterno de responsabilidad, cuidado, respeto y conocimiento. Las diferencias en talento, inteligencia, conocimiento, son despreciables en comparación con la identidad de la esencia humana común a los hombres (Fromm, 1990, p. 53).

Con cada experiencia nueva dentro de la docencia, Claudia reafirmaba que esa profesión era su "llamado" en la vida.

Discovery Charter School: De padre de familia a maestra

En esta trayectoria de vida, Claudia se casó y tuvo hijos. Miguel Ángel, Carlos e Isabella asistían a la Escuela Discovery Charter, lo que le permitió mantener una relación con la directora. Al conocer su formación y experiencia como maestra en un programa de Doble Inmersión (inglés/español), para inaugurar dicho programa en la escuela Discovery y abrir el grado de Kínder, la invitó a que fuese la maestra encargada del español. La mayor preocupación de Claudia era saber si sus certificados y experiencia serían válidos aún, dado que llevaba 12 años fuera de la actividad docente, mientras formaba su propia familia.

Se presentaba entonces un gran reto para ella, una nueva coyuntura para aprovechar las oportunidades que la vida le traía. Sin haberlo buscado, las circunstancias la invitaban a regresar al aula, y ella, con el temor de pensar que no estaría capacitada para dicho desafío. Estaba a punto de comenzar una etapa que daría pie a un gran testimonio de vida, un testimonio de enseñanza, un testimonio desde la práctica, basado en el amor al prójimo y el ejemplo propio.

Una frase de Pérez y Gardey (2012) ilustran una definición de testimonio como: "una afirmación de algo. El término proviene del latín *testimonium* y está vinculado a

una demostración o evidencia de la veracidad de una cosa". Así, después de siete años más, Claudia tendría un muy valioso testimonio que compartir, desde diversos ángulos.

Una vez más, Claudia siguió a su corazón, convenció a su esposo Miguel de que regresar al salón de clases la completaba como persona, y que ello no interferiría en educar y estar cerca de sus hijos, sino todo lo contrario, y persiguiendo ese nuevo sueño, logra que sus certificados se validaran en tres días hábiles.

—Estaba muy emocionada con esta invitación, porque yo veía que estando en Estados Unidos podría ser el vehículo para que los niños no perdieran su idioma materno, como se hacía antes, sino que conservaran los dos, el español y el inglés.

Seguía ahora la labor titánica de planeación. Tanto la directora como ella, reconocían el inmenso valor que tenía el ofrecer un programa bilingüe en la comunidad que rodeaba a la escuela. Claudia recuerda cómo, durante el verano de ese año, en 2011, tuvo tan sólo un par de meses para hacer averiguaciones acerca de este tipo de programas y de los currículos en otras escuelas que lo ofrecían en la zona. Por otro lado, al ser Discovery una escuela tipo *charter*, es decir, una escuela que puede realizar sus propios eventos para recabar fondos adicionales a los que recibe del gobierno federal, gobierno estatal y distrito escolar, y además tiene mayor libertad en el diseño e impartición de su currículo, Claudia podía implementar sus propios programas y unidades de enseñanza. Esta fase implicaba para ella la ocasión, una vez más, de desempeñarse en un rol de líder, mismo que traería dificultades y celebraciones.

La escuela Discovery ya tenía un programa mediante el cual ofrecían la enseñanza del idioma español como materia electiva, conocido como FLES (Foreign Language in the Elementary School) un modelo totalmente diferente al que daría comienzo ahora. Después de indagar qué existía y qué apoyo había a nivel Distrital, el segundo reto para Claudia fue conseguir los materiales para su salón de clases.

—Mucho ayudó que había sido maestra en un salón bilingüe de primer grado, así que una gran cantidad de esos recursos me sirvieron porque lo que antes se enseñaba en primer grado, con la llegada del Common Core, ahora se tendría que enseñar en Kínder.

Los estudiantes de hoy en día se están preparando para entrar en un mundo en el cual las universidades y las empresas están exigiendo más que nunca. Para asegurar que todos los estudiantes estén preparados para el éxito después de graduarse de la secundaria (*High School*), los Estándares Académicos Fundamentales, conocidos como el Common Core, establecen pautas claras y consistentes de lo que cada estudiante debe saber y ser capaz de rendir en matemáticas y artes del lenguaje, en inglés y en español, desde *kindergarten* hasta el decimosegundo grado (véase Common Core State Standards Initiative, 2020).

Los beneficios que traía el Common Core para Claudia en aquel año era que los maestros podían buscar sus propios recursos para planear y diseñar sus lecciones y unidades de enseñanza, inclusive aprovechar el sinnúmero de sesiones de capacitación que fueron proliferando en aquél entonces. Por suerte, no hubo que comprar materiales ya que el Programa FLES contaba con varios recursos, y lo demás se podía conseguir por Internet.

El siguiente reto fue encontrar y diseñar exámenes adecuados para medir el aprendizaje del contenido y del idioma español. Se compró un paquete de exámenes que medían el nivel de lectura en los estudiantes conocido como Developmental Reading Assessment (DRA), para los dos idiomas, inglés y español. Otro examen muy útil medía el aprendizaje de las letras y sus sonidos en español, y ese venía del Distrito Escolar.

Hasta este momento, Claudia sigue mostrando cualidades de liderazgo, en pro de convertir el programa de Doble Inmersión, español/inglés, en el mejor programa bilingüe de la zona. Las metas de estos programas van encaminadas a: *a)* demostrar altos niveles de logros para todos los estudiantes; *b)* desarrollar altos niveles de capacidad para hablar, escribir y leer en dos idiomas; y *c)* aumentar la competencia cultural (Schoolwires, Inc., 2020). Claudia asumió el reto para alcanzarlo con excelencia.

Un tercer desafío fue escribir y traducir en los dos idiomas los materiales suficientes y necesarios para los trámites internos, y, sobre todo, los comunicados oficiales a los padres de familia. La filosofía de Claudia, misma que ella misma reconoce, fue influenciada por una de sus mentoras.

—Preocúpate primero por formar relaciones significativas con la gente —dice—, como personas, y lo demás vendrá por añadidura. Hasta el día de hoy, estoy convencida de que, si se tiene a los padres contentos y bien informados, mejor será el programa de instrucción ya que todos ellos lo apoyarán y querrán involucrarse.

En 2011, el programa dio arranque con un Modelo 90/10, significando que 90 por ciento del tiempo de instrucción en Kínder y primer grado sería en el segundo idioma, en este caso, en español, y la proporción iría cambiando cada año hasta llegar a 50/50 para quinto y sexto grados. Una vez más ,Claudia, preocupada por sus familias, se acercó a la directora para tomar la decisión conjunta, un tanto demandada por la comunidad misma, de convertir el programa a un modelo 50/50, basada en la preocupación de los padres de que sus hijos aprendieran adecuadamente el inglés también.

Un rasgo importante de todo líder es parar y evaluar los resultados de las acciones realizadas antes de seguir adelante. Para Claudia, recibir la retroalimentación de los padres de familia después del primer año de ofrecer el programa de Doble Inmersión la hizo detener su camino, evaluar, y redefinir el rumbo del mismo, con la visión indestructible de llegar a ser el Programa mejor conocido de la zona.

—El primer día sentía nervios, pero sobre todo porque los padres eran de una comunidad muy diferente a donde yo empecé, todo lo cuestionaban. El nivel socioeconómico y cultural de esta nueva zona era más elevado, y con ello había padres mejor preparados y más exigentes. Lo bueno era que, si formabas las alianzas adecuadas con los padres, también te apoyaban en todo lo que necesitabas. Pero una cosa siempre será cierta: tienes que tener "corazón" para estar en esta profesión, te nace, no es forzado. Estas cualidades las perciben las familias y les da tranquilidad y seguridad de haber tomado una buena decisión.

No toda transición es "dulce", y para Claudia, esa experiencia amarga sucedió cuando se enfrentó a una situación incómoda ese mismo año. El cuerpo de profesores de la escuela, quienes estaban acostumbrados a verla en

los pasillos de la misma como padre de familia junto a sus hijos, desconocían, muchos de ellos, la preparación profesional que ella tenía, y eso provocó que no aceptaran muy bien la inserción de Claudia al equipo de educadores de la escuela. A pesar de las desilusiones y los tropiezos, Claudia siguió adelante, fiel al objetivo.

—Disfrutaba lo que hacía, amaba a los niños, y eso hacía todo lo demás llevadero porque me encantaba mi trabajo. Al respecto de lidiar con las mañanas de lágrimas, no hay una fórmula, sí una lógica: sólo tienes que bajarte a su nivel [de los niños], ojo a ojo, los apapachas, los designas como tus ayudantes, cantas, bailas y juegas con ellos, pero también les marcas los límites con respeto y con amor.

Desde un inicio y hasta la fecha, llega siempre el increíble sentido de espera que lleva dentro Claudia como educadora, ese sentimiento de esperanza que le dice que si la dejan "tocar" la vida de los estudiantes, sobre todo de los más necesitados, tiene la certeza de poder transformar a los alumnos, para que ellos, un día, ayuden a moldear y mejorar el mundo a su alrededor, gracias a los conocimientos adquiridos y las vivencias.

—Nunca me cansé, fui siempre feliz en Kínder, y me visualizaba sólo en ese grado, o primero, o como especialista de lectura, siempre en el Programa Dual. Me molesta oír cuando dicen que alguien no puede aprender. Yo siempre pregunto: qué se ha hecho ya, para planear qué más se puede hacer.

Pasaron siete años de increíbles logros y aprendizajes, con altas y bajas. Luchar contra el no se puede aprender sería el motor que impulsaría sus acciones y decisiones en el salón de clases y como coordinadora del Programa Bilingüe.

Siguiendo nuevos horizontes

Para reafirmar su filosofía de no planear tanto como aprovechar las oportunidades que se presentan, Claudia acepta una posición en otra escuela, como maestra de recursos y apoyo para todos los maestros, en inglés y español, en la que lleva ya dos años. A la par, continúa preparándose para la siguiente oportunidad que pueda tocar en su puerta, al estudiar su Maestría en Docencia Educativa y, paralelamente, conseguir su Credencial Administrativa. No ve esta nueva experiencia como haberse alejado de su pasión hacia los grados bajos, sino más bien como haber podido ampliar su radio de influencia hacia todos los estudiantes de la escuela y los profesores.

—La docencia es cien por ciento un servicio, es la profesión que hace posible todas las demás profesiones, y soy feliz porque todavía tengo la relación con los alumnos. Es necesario forjar relaciones con las personas, conectarte con ellos como seres humanos. Después de transitar por diversas experiencias escolares, puedo definirme como una persona perseverante, no me doy por vencida, busco brincar los obstáculos, soy proactiva, tomo decisiones, busco poder tomar control de las situaciones, no dejo que mi pasado me defina, pero agradezco que me ha hecho quien soy hoy, no busco excusas ni pretextos, porque creo fielmente que siempre tienes el poder de cambiar tu destino, de estar en control.

Y eso es exactamente lo que Claudia ha estado haciendo para ganarse a los maestros y apoyarlos a educar y

tocar las vidas de muchos más estudiantes que sólo sus dos grupos de veinte en Discovery Charter, donde dejó parte de su corazón. ¿Qué sigue ahora para Claudia Aldrete?

—Bueno, puedo aspirar a subdirectora de una escuela primaria. Ahí podría tocar la vida de todos los estudiantes, los profesores y las familias.

No es de dudar, ni por un instante, que lo logrará. Su sentido de acogida hacia las diversas poblaciones en las escuelas y sus carencias, su responsabilidad de abogar por todos y darle a cada quien lo que necesita, su testimonio de haber vivido en carne propia la añoranza de una vida mejorada, a través de la educación, y su sentido de espera, saber que al tocar la vida de otros los influenciará para poder salir adelante en la vida con seguridad en sí mismos, son todos componentes de la pedagogía de la alteridad, pedagogía que, para Claudia, se fundamentó en el liderazgo y la perseverancia, a la par que el amor por los demás y su vocación de servicio.

—Educar es la oportunidad que podemos darle a cualquier ser humano para una vida mejor—concluye Caludia—. Siendo maestros somos como segundos padres y mientras están aquí [los niños] podemos influenciar sus vidas positivamente, impactarlas para siempre, con el ejemplo, con respeto y con amor.

Referencias

Bradberry, T. (2017). Porque los mejores lideres tienen convicción. LHH. Recuperado de https://lhh-argentina.com.ar/por-que-los-mejores-lideres-tienen-conviccion/

California National City. (s.f.). *Historic Sites*. Autor. Recuperado de https://www.nationalcityca.gov/services/historic-sites

Common Core State Standards Iniciative. (s. f.). *About the Standards*. Autor. Recuperado de http://www.corestandards.org/about-the-standards/

LosRecursosHumanos.com. (s. f.). Los 10 estilos de liderazgo más frecuentes en las organizaciones. Autor. Recuperado de https://www.losrecursoshumanos.com/los-10-estilos-de-liderazgo-mas-frecuentes-en-las-organizaciones/

Flores, J. (2011). Las 10 características del líder transformador y como crear un modelo de liderazgo que soporta la estrategia corporativa. *Proyectum*.com. Recuperado de https://www.proyectum.com/sistema/las-10-caracteristicas-del-lider-transformador-y-como-crear-un-modelo-de-liderazgo-que-soporte-la-estrategia-corporativa/

Fromm, E. (1990). *El arte de amar*. México: Paidós,.

Lévinas, E. (2002). *Totalidad e infinito. Ensayo sobre la exterioridad*. (6ª Ed.). Salamanca: Editorial Sígueme.

Mèlich, J. (2002). *Filosofía de la finitud*. Barcelona: Herder.

Osorio, M. (2010). Chinchilla: "Debemos cambiar la cultura del presentismo". *AméricaEconomía*. Recuperado de https://mba.americaeconomia.com/articulos/entrevistas/chinchilla-debemos-cambiar-la-cultura-del-presentismo

Pérez, J. y Gardey, A. (2010). Definición de testimonio. *Definicion.de*. Recuperado de https://definicion.de/testimonio/

Schoolwires, Inc. (2018). Expansion TWI. Preguntas más frecuentes. Autor. Recuperado de https://www.district65.net/cms/lib/IL01906289/Centricity/Domain/4/TWI%20Expansion%20FAQ%20-%20SPANISH.pdf

Verduzco, G. (1995). La dinámica agrícola norteamericana: demanda laboral y migrantes mexicanos en Estados Unidos. *Estudios Sociológicos*, *13*(37), 209-212. Recuperado de https://estudiossociologicos.colmex.mx/index.php/es/article/view/787

¿Conoces al profe Mike?
Experiencia que ayuda a conectar con el otro

José María López Ortega Magallanes

Los profesores eran muchos, los maestros pocos, acaso uno, y de él aprendimos un talante, una sabiduría que nos ha dejado una impronta que nos ha durado toda la vida.

Miguel-Ángel Martí García

Dicen que para conocer bien a una persona, lo mejor es viajar con ella. En el siguiente relato aplica el caso, pues, por cuestiones de trabajo, el viaje de Mexicali a Tijuana, Baja California, lo hago en compañía de Michael, para hacer una intervención con compañeros de una empresa inmobiliaria, en concreto con el equipo de ventas de vivienda en Tijuana. La misión encomendada por el director es lograr un *círculo virtuoso* para mejorar las competencias del equipo, las relaciones, el ambiente de trabajo y, en consecuencia, las ventas.

Trabajar en un mismo proyecto también da la oportunidad de conocerlo. Paso a su casa a recogerlo, porque

vive cerca de la salida a Tijuana. Las poco más de dos horas de camino dan tiempo para platicar cosas del trabajo y temas personales. Así que, después de la parada obligada a cargar gasolina y comprar un café, empieza el trayecto en carretera. En esos momentos, la gente suele hablar de cualquier cosa superflua, o abrir y compartir lo que tiene en el corazón. Después de ajustar la logística de la primera entrevista con el equipo de ventas, y acordar la hora de regreso para llegar a tiempo a dar clase en la Universidad Autónoma de Baja California (UABC), porque, además de gerente de *marketing* de tiempo completo en la empresa, resulta que dedica otras quince horas a la semana a dar clases en la universidad, donde es conocido como el profe Mike.

Con naturalidad, el tema pasa a los orígenes familiares. Platica con mucho ánimo, se apasiona y revive sus recuerdos.

—Mis papás son de la Comarca Lagunera: de Lerdo y de Gómez Palacio, Durango.

Dice Michael que su mamá les cuenta a él y a su hermana, que añoraba tener bebés y, a pesar de los intentos, no lo conseguían. Entonces su papá, que trabajaba de mensajero en una compañía, decidió dedicar todos sus ingresos a pagar la casa y a buscar el tratamiento adecuado para poder tener hijos, aunque fuera necesario ir a comer a casa de los abuelos o familiares que los recibieran, pues los recursos ya estaban agotados. A sus papás les costó mucho trabajo poder tenerlos, por lo que son hijos muy deseados, esperados y queridos.

—Mi mamá siempre nos ha contado la historia de todo lo que batallaron para tenernos, nos repite que

nunca se va a arrepentir de ello. Siempre me he sentido muy querido por mis papás, desde chiquito —dice el profe Mike, al mismo tiempo que asiente con la cabeza como confirmando esa parte de su historia.

¡Qué bendición! Qué seguridad puede dar saberse deseado, querido y aceptado desde antes de nacer. Nunca dudará al plantearse esas preguntas fundamentales en la vida: ¿quién soy y de dónde vengo? Sabe que es síntesis viva, inseparable y reflejo del amor de sus padres, podemos afirmar, recogiendo expresiones de la carta a las familias de Wojtyla (1994).

Con la ilusión de formar su propia familia, el profe Mike se casó con Marcela en 2012, después de ser novios durante ocho años.

La historia se interrumpe, debido a que el viaje de ida ha terminado y la reunión de trabajo está por empezar, así que, manos a la obra.

El profe Mike hace bien su trabajo. Presenta los temas con soltura ante el equipo de ventas, los hace pensar, consigue que dejen de lado las tensiones propias del estrés por cumplir la meta del mes, y los lleva a analizar el problema de fondo. Finalmente, asigna tareas para trabajar en la semana y acuerdan los compromisos por formar parte del círculo virtuoso.

De regreso a Mexicali, la intención era detenernos a comer en Tecate, pero los tiempos ya no daban, así que la opción fue comprar algo para merendarlo en el camino. ¿Por qué tanta prisa? ¿Cuál es el afán de tener que salir corriendo a Mexicali? Es que se siente responsable de dar buen ejemplo a sus alumnos, ellos saben que siempre llega a tiempo a la clase, puntual al iniciar y al terminar.

Se lo toma muy en serio, así lo ha hecho en los ocho años que lleva de ser maestro en la UABC y espera seguir igual durante toda su carrera docente.

—¿No llegarás muy cansado? ¿No se te duermen los alumnos? —le pregunto.

—Cansado sí, pero estar en clase es diferente. No me duermo yo, ni se duermen ellos.

El profe Mike no es el tipo de maestro que sólo se preocupa por cumplir un programa. Cuando entra al salón, de alguna forma se transforma. Al ver a los muchachos a esa hora, preparándose, estudiando, se identifica con ellos, se agolpa en su memoria el recuerdo de hace diez años, cuando él estaba ahí como alumno, sentado en esos mismos pupitres.

Si alguien es bueno en lo que hace, se destaca. A un buen maestro lo notan primero los alumnos, y cuando es extraordinario, también los directores. En el caso del profe Mike, fue la subdirectora de la Facultad de Ciencias Administrativas, Adelaida Figueroa, quien le comentó:

—Me llama mucho la atención que los alumnos cuando se refieren a los maestros en la facultad dicen "el profe de mate, el profe de merca", pero cuando se refieren a ti, siempre dicen el profe Mike. No es común que se llegue a esa línea de confianza y respeto.

Es el sitio en que se mueve en la relación con sus alumnos, sabe llegar, marcar la distancia precisa, siempre cerca y disponible para el otro.

No es su amigo, es su maestro, pero los quiere con un cariño que Aristóteles, (filósofo griego, tan estudiado por una querida y excelente educadora, Cusi, de quien se puede leer su relato en este mismo libro) llamó: amor de

benevolencia (querer bien) o amistad. Sabe que la educación sin amor no es eficaz. Cabe la aclaración porque ahora la palabra "amor" está devaluada, fuera de contexto y en ocasiones reducida a sexo. Conviene recurrir a la definición original de Aristóteles en su *Retórica*: el amor auténtico es "querer el bien para el otro" (Melendo, 1992, p. 15). Y la responsabilidad del profe Mike se mueve más en esta línea que en la del deber por el deber mismo, le mueve más el amor por sus alumnos, la vocación de maestro, que el cumplimiento de un contrato o la obligación.

No quiere ser uno de los maestros del montón, siente la responsabilidad de ser un buen ejemplo para sus alumnos. Es por eso que ha ganado ocho reconocimientos como maestro distinguido y dos veces elegido padrino de generación.

¿Por qué un maestro de asignatura, con trayectoria de ocho años, que se ha ganado un lugar en la UABC, con sus alumnos, colegas y directivos podría considerarse como un buen educador y no sólo un maestro común? Habrá que buscar alguna explicación más adelante, porque ahora el profe Mike se baja del carro con su maletín de la computadora, justo a tiempo para ser el primero en entrar en el salón.

A la mañana siguiente, llega temprano a la oficina. Viene de la UABC. No, no se quedó ahí toda la noche. Después de su clase de 7:00 a 10:00, fue a su casa, donde Marcela lo esperó con una saludable y muy rica cena. Después se levantó temprano para dar su otra clase: de 7:00 a 9:00 de la mañana. Llega a la oficina con una sonrisa tan

grande que hace que no se le noten las ojeras, y dispuesto a trabajar intensamente.

La siguiente semana otra vez toca ir a Tijuana, a darle otra vuelta al círculo virtuoso para ver los avances, y pasar a la siguiente etapa. El punto de salida ahora es la oficina y más temprano porque maneja el profe Mike y en esta ocasión la parada a comer en Tecate es obligatoria. Maneja y platica de su niñez. Fue un niño normal. En el fraccionamiento donde vivía le gustaba jugar con sus amigos: escondidas, hoyitos, saltar la cuerda, y muchos otros juegos de antes. También platica sobre su grupito de amigos con los que se reunía toda la tarde, además de otros recuerdos.

Sus padres le forjaron un profundo sentido de ilusión y confianza en el desarrollo de sus cualidades y en la manera de ver la vida. Desde chiquillo, le desarrollaron su capacidad de asombro. Le platicaban con ilusión y creaban expectativa de algo grande. Lo emocionaban con cosas que le iban a ayudar y lo hacían sentir feliz.

Por ejemplo, en su primer día de escuela, lo prepararon diciendo que entraría en una gran escuela. Cuando él preguntaba que si era alguna construcción grande que veía en el camino, le respondían que no, que su escuela era más grande y espectacular, provocando en él el deseo de ya estar en una aventura en ese lugar.

¿Tendrá algo que ver ese sentido de espera que recibió en su casa, con la forma en que ve ahora a los jóvenes, desde su perspectiva de maestro?

Los jóvenes en todas las épocas, pero especialmente ahora, necesitan aprender el sentido de la vida para darle rumbo a sus acciones. La ilusión y la constancia son

virtudes tan necesarias en los niños y jóvenes de ahora —que parece que ya vienen de regreso cansados, sin esperanza, después de correr desesperadamente hacia ningún lado—; por eso el profe Mike lo que recibió en su familia, lo transmite ahora a sus alumnos: les despierta un sentido de espera, con la confianza de que, si ponen los medios, lograrán su desarrollo personal y éxito profesional. Él es un ejemplo cercano. Mejor dicho, es ejemplar con humildad, y los reta a sacar lo mejor de cada uno como estudiante y los proyecta al futuro como parte de una empresa, familia, comunidad, estado.

Estamos de nuevo en Tijuana. ¡A trabajar se ha dicho! Pide cuentas sobre los compromisos, presenta comparativo de ventas contra la semana pasada, los pone a trabajar en equipos, y los va llevando a sacar sus propias conclusiones, de tal forma que en el grupo no encuentra mayor resistencia. Nadie discute contra sus propias ideas. Al final sucede lo mismo que platicó en el camino, deja en el grupo una sensación de confianza, trabajo duro bien definido, y seguridad en el logro de los objetivos. ¿No es eso educar en la empresa? ¿No sucede lo mismo en la escuela y en la familia cuando hay interacción con un buen educador? Si al final de un trabajo, una conversación o un encuentro, la persona se siente confiada y alegre, sin duda es el resultado de haber interactuado con un buen líder, entre los que se encuentran por supuesto los buenos educadores. De hecho, se puede decir que "liderar es educar".

En el restaurante en Tecate hay una fuente en la entrada que recuerda las haciendas que existen en México desde la época de la colonia. El lugar es cómodo, amplio, bien iluminado y excelente servicio, tan animada fue la plática, que la comida pasó desapercibida.

Ahora a sus 35 años, con su barba de candado que lo caracteriza bien delineada, recuerda a tres maestros que lo marcaron como alumno. Desde la primaria le dejaron una impronta que en el presente trata de replicar con sus alumnos. Dar el extra, como la maestra de Matemáticas, que iba a su casa a explicar lo que no había entendido. El profesor de Ciencias Naturales, que le hizo ser más paciente, al no castigar en una clase su prisa por destacar y sacar ventaja, y la maestra de Español, que le reconoció como primer lugar en un concurso de declamación, a pesar de que el que quedó en segundo fue su propio hijo, de ella aprendió a ser humildemente ejemplar.

En esta ocasión, con calma, hasta el café fue en el restaurante. De regreso por la carretera, el carro del profe Mike se encamina hacia La Rumorosa para bajar a Mexicali. ¿Por qué dicen que, para conocer bien a alguien, hay que viajar con él? Será porque en tanto tiempo no se puede fingir, y salen a la luz pensamientos, actitudes y reacciones ante sucesos ordinarios, naturales a lo que representa viajar, decisiones simples, que te pueden llevar a otro lado si te equivocas en una salida, entre otras cosas. Así pues, sin prisa en la carretera, por alguna razón ahora el tema se centra en los trabajos.

Su primer trabajo es especialmente significativo, le ha dejado una huella de la que emerge un propósito que

lleva tatuado en su corazón: cuando algún día sea jefe en cualquier empresa, nunca maltratar ni humillar a un subordinado, como lo hicieron con él.

Fue en un pequeño supermercado, donde debía mantener los anaqueles siempre con producto por lo menos en la primera fila. Le indicaron cuáles tenían oferta y por su propia iniciativa los puso justo enfrente, a la altura de la vista, pensando en que la gente viera las ofertas y las aprovechara. Los productos caros los ponía hasta abajo, donde es más difícil verlos y tomarlos para echar en el carrito. Pensaba: en fin, ¿quién querrá comprarlos a ese precio? Cuando el supervisor vio lo que había hecho, lo regañó de tal modo que no lo ha olvidado, incluso ahora que lo platica, hasta frena un poco el carro, y en su rostro se ven gestos de vergüenza como si tuviera frente a aquel supervisor gritando *¡Estás haciendo las cosas justo al revés!... ¡Así la tienda gana menos!* Empezó a darse cuenta de que realmente en algunas empresas importa más la ganancia que el cliente… Queda la pregunta para la reflexión: ¿No pasa lo mismo en la educación? ¿Qué hay quien sólo quiere ganar, sin importarle el alumno?

Volviendo a los anaqueles del supermercado, en la empresa había mucha rotación de personal, sin embargo, como el profe Mike aguantaba, en lugar de correrlo lo reubicaron, cosa que ahora Marcela, su esposa, agradece mucho, ya que lo asignaron al departamento de limpieza donde aprendió muy bien esa labor, y ahora aplica lo aprendido en su casa, con la satisfacción del trabajo bien hecho.

Llama la atención esa predisposición que toma el profe Mike en el trabajo. Lo ve desde la perspectiva del cliente. Es una forma de adelantarse para entender la necesidad del

otro, cualidad que aplica con naturalidad en la UABC. ¿Por qué no les pasa eso mismo a todos los educadores? No sólo acoge al alumno con sus problemas presentes, sino que se adelanta a las necesidades que tendrá en el futuro. Aquí la frase de Terencio define muy bien al profe Mike: "Nada de lo humano me es ajeno" (García, 1999).

El profe Mike está acostumbrado a trabajar duro. Admira y sigue el ejemplo de su padre, quien, desde el momento de cambiar su residencia en Mexicali, empezó a trabajar haciendo piñatas. Trabajo artesanal, típicamente mexicano, que combina colores y formas espectaculares para alegrar en reuniones, posadas y fiestas tradicionales. No importa que, físicamente, la piñata termine en la basura, porque su misión se ha cumplido cuando alegra a las personas, fruto de su trabajo duro, honrado y digno.

Trabajar con las manos no es el fuerte del profe Mike, lo reconoce, y debido a que su papá es un amante de la libertad-responsabilidad de sus hijos, no le pide que trabaje con él. Así como respetó la decisión del profe Mike, cuando entró a segundo de secundaria, y prefirió irse en camión a la escuela, para tener mayor sentido de pertenencia con su grupo de amigos, a pesar de que su papá siguió con la rutina de llevar y traer a su hermana a la misma escuela todos los días.

En el momento que empezó a estudiar la universidad, el profe Mike, por propia iniciativa, buscó otro trabajo para pagarse sus estudios. Su padre respetó la decisión y le ofreció apoyo para pagar libros y materiales. Por eso ahora platica de su segundo trabajo. Lo contrataron en un café internet, donde daba soporte a los usuarios y mantenimiento a las computadoras, impresoras, redes,

entre otras cosas. El servicio al cliente le dio la satisfacción de ser un apoyo para los demás, enseñar a usar el Word a los que no sabían, realmente le gustaba, más que de soporte, era una especie de tutor de los usuarios.

Concluyendo sus cuatro años de estudiante en la UABC, inició en su trabajo actual, donde pasó de encargado de soporte, a programador, luego a configurar programas de seguimiento de clientes y ventas, el *Customer Relationship Management* (CRM). Para luego de estudiar la maestría en *marketing* digital, dar el salto como gerente corporativo de *marketing*, cargo que le ha requerido atender asuntos de la empresa a nivel nacional.

Vista con perspectiva, es una trayectoria profesional exitosa y tiene nuevos retos por delante. Entonces, ¿por qué se dedica además a dar clases? Para él no es correcto el término *además*, en el sentido de ser una actividad secundaria, sin importancia, o un complemento. El profe Mike afirma que tiene la vocación de educador. Tiene la intención de seguir dando clases toda su vida, mientras tenga algo que aportar a sus alumnos. Nunca se imaginó al entrar a estudiar en la UABC, que su destino sería quedar ligado a las aulas de su *alma mater*, ahora como maestro.

Qué rápido se ha pasado el camino. El poblado de El Hongo ha quedado atrás y ahora el profe Mike busca la típica moneda que falta para pagar la caseta de La Rumorosa, en donde el aire es fresco, se disfrutan los últimos momentos antes de bajar al queridísimo calor de Mexicali. Sabe disfrutar del momento, sin prisa vuelve a tomar

el volante, es una forma de relajarse para dedicar toda su energía en la clase de la tarde, entonces la plática es sobre la vocación del maestro.

La palabra vocación proviene del latín *vocare*, que significa *llamada*, pero ¿cuándo y dónde recibió ese llamado? En su vida nunca estuvo en sus planes dar clases, incluso se resistió todo lo que pudo antes de caer en lo que ahora es su pasión. Es como en la literatura, el personaje central que es llamado a una tarea grande, y no se siente capaz de realizarla, como si no fuera digno, se resiste.

Como los buenos educadores, el profe Mike recibió el llamado a la docencia, pero no lo consideraba porque no quería ser profesor. Mientras estudiaba también fue becario en la UABC, y su maestra, Sandra Julieta Saldívar, de quién aprendió a ser empático porque ella se caracteriza por ser muy amable, le dijo que quería abrir un taller de una materia en la que el profe Mike era experto por su trabajo. Entonces lo invitó a elaborar la carta descriptiva, luego le pidió que la presentara junto con ella ante el director para defender la pertinencia de los temas. Para no hacer el cuento largo, esa materia se programó en todos los campus de la UABC en el estado de Baja California. Una vez terminada la gestión, la maestra le insistió muchísimo en que fuera él quien diera la clase, a lo que el profe Mike fue muy claro y directo. Dijo que no.

Le da mucha risa, se detiene en uno de los miradores de La Rumorosa, baja a contemplar la vista y sigue riendo, luego retoma el tema. Dijo que no, porque no se imaginaba como maestro dando clases… después toma una *selfie* con el paisaje espectacular de fondo, luego regresa al carro con la intención de ya no parar más en el

camino, derechito a la oficina y luego de regreso a la UABC.

Platica que la maestra le insistió en tres momentos diferentes sin aceptar su respuesta negativa. Insistió más a que lo pensara. El profe Mike no sabía si sería bueno en el aula, a él le decepcionaban varios maestros que no eran buenos, y realmente no quería ser uno de ellos. Se expondría a la misma crítica implacable del alumno universitario, que él hizo muchas veces pocos años atrás. Hasta que el llamado se impuso, la maestra le marcó a su celular una tarde en que el profe Mike estaba de compras en un supermercado y le urgía tanto que quedaron de verse en el estacionamiento. Ahí llegó, frente a la puerta de entrada, bajó con unos papeles en la mano y una pluma pidiéndole que firmara, pues era una materia intersemestral. El contrato era temporal, y si no le gustaba seguir de maestro, más adelante no habría problema. En ese lugar y momento, libremente firmó su primer contrato como profesor universitario por asignatura, sin saber por qué tanta insistencia de la maestra. ¿Qué tendría Mike, para que le insistieran tanto? ¿No será que los buenos educadores saben encontrar a otros con verdadera vocación, más que de maestro de educador?

¿Qué le depara el destino al profe Mike? "Únicamente algunos hombres –y mujeres– son capaces de superar la medianía humana y colocarse por encima de los demás y desde allí ejercer su magisterio" (García, 2000, p. 42). Colocarse por encima de los demás, no se entienda en el sentido de superior, soberbio o indiferente, al contrario, el profe Mike sabe que tiene que ser ejemplar, lo que significa ser mejor cada día, autoexigirse, no ser mediocre. Forjar una personalidad sólida para servir y acoger

al otro. Aunque no está de moda en esta época, pero es necesario entender que servir no rebaja a la persona, sino que la puede hacer más plena, alegre, ilusionada.

La primera clase no se olvida. Sin capacitación académica de profesor y sin inducción a la UABC, menos se olvida. Le sudan las manos, baja aún más la velocidad, parece que realmente está como hace ocho años antes de entrar al salón, cuando por fin se anima, siente que los primeros cinco segundos han sido los más largos de su vida, como cinco horas. Se le traban las palabras, le tiembla la voz, duda… el carro ya va tan lento que el radar que mide la velocidad en la carretera… casi ni detecta su paso… a lo mejor si pudiera señalaría algo como ¡acelera! estás en una autopista… pero carro y salón son lo mismo en este momento… Después de un incómodo silencio para él, donde pensaba: *¿En serio estoy aquí? ¿En serio voy a dar mi primera clase?* Hasta que se sacudió esos pensamientos por otros más positivo ¡Ya di algo! Esto se está viendo fatal.

En realidad, los cuatro alumnos inscritos al curso casi no lo notaron, inició con el protocolo preparado para que su primera clase fuera un éxito. Sentía una enorme responsabilidad, por lo que se preparó aprovechando una cualidad que tiene como ninguno otro, es la capacidad de aprender por sí mismo, es un autodidacta nato. Corroboró con el grupo que fuera la clase correcta y empezó con una actividad de rompe hielo. Pidió que se presentaran, y luego se presentó él. En seguida estableció las reglas del juego y la forma de evaluar, entonces se sintió mejor, con más seguridad y soltura, como si el reloj volviera a caminar, y el carro por fin empezó a subir la velocidad.

Qué transparente es el profe Mike, reconoce que no

será una gran estrella, se considera pequeño, que el tamaño no depende de él, pero entre ser una estrellita apagada o brillante, si es su responsabilidad, es humildemente ejemplar, quiere brillar sin dejar de ser sencillo, exigirse para estar cercano a los demás siendo un referente brillante.

Pues es invierno y oscurece temprano, La Rumorosa ha quedado atrás, el cielo está despejado, la luna se ve grande, como si se fuera a caer, y ahora sí hay prisa por llegar. El acuerdo es ir directo a la UABC para que el profe Mike llegue a tiempo, como siempre, a su clase. A la altura de la Laguna Salada, señala una estrella: "Mira… así quiero ser yo, de un tamaño modesto, pero muy brillante". Sabe que ser más brillante no es para su vanagloria, ya como maestro con ocho años de experiencia piensa que en la educación intervienen dos voluntades, la del educador y la del educando, pero el principal responsable de su proceso de mejora personal en la escuela es el alumno. Como sugiere la analogía del villancico navideño: "la estrella muestra el camino, más tú lo tienes que andar" (M. Magallanes, comunicación personal, 24 de diciembre de 1990).

El profe Mike piensa que los alumnos son individuos con sed de orientación para su futura etapa. Y la universidad es un instrumento que nos apoya para el inicio de la profesión. Es consciente que su valor agregado para los alumnos, además de que se identifica con ellos, se pone en su lugar, los acoge, trata de darles ejemplo, es que tiene experiencia profesional en su campo, y los prepara para trabajar bien, los anima a no ser conformistas.

Vamos llegando al final del viaje. El profe Mike se estaciona. Está cansado por el trajín del día. Apaga el carro y las luces, toma su maletín una vez más, se despi-

de, corre para empezar su clase. Como siempre lleva una guía estructurada, pero seguramente se animará a ir más allá de la carta descriptiva de la materia, posiblemente platique algún aprendizaje que haya obtenido en el trabajo, incluso de hoy mismo en la mañana, cuando trabajó con el equipo de ventas de Tijuana.

Piensa que todo lo que diga lo puede decir otro maestro mejor que él, o alguien en YouTube, como explicar la definición de un concepto, pero su fuerte es la forma en la que lo aterriza en el ámbito práctico o profesional. Así como venía en la carretera es con los alumnos: transparente, relajado, con humor, la gente llega a clase a las 7:00 de la mañana o a la que termina a las 10:00 de la noche trata de que estén a gusto, que se interesen y no se duerman.

También es importante no abandonar su rol, que esté claro quién es el maestro y quién es el alumno. Porque hay una línea delgada entre ser amable y ser llevado. Si eres amable generas confianza, si eres llevado te agarran el pie.

El profe Mike sube las escaleras para llegar a su salón. Se nota que le pesa su maletín. Cuando alguien da clases, importa mucho su experiencia de vida, comúnmente se dice, uno llega a dar clases con la mochila llena de vivencias, todo un arsenal de herramientas para enfrentar la vida creciendo como persona.

Da curiosidad verlo dando clases... Antes de que llegue el taxi, se puede escuchar una pregunta que le hacen: "Profe Mike, ¿cómo ha logrado llegar hasta dónde está?". Su respuesta es elocuente, piensa que sus logros son fruto de los intentos en los que ha fracasado, y continuó luchando por salir adelante.

Eso es ponerse en el lugar del otro porque seguro muchos en el salón se sienten identificados y les despierta con su ejemplo el sentido de espera, es decir, ver con seguridad que ellos también podrán salir adelante, si aprovechan los recursos que tienen a su alcance.

El profe Mike es un ejemplo. Es un caso de éxito, que ha superado la precariedad económica, como diría Gárate (2019, p. 163): "una familia que medianamente cumpla con su función, es suficiente para desengancharse del círculo de la fatalidad que crea el mundo de la desigualdad social". En el caso del profe Mike, su familia de origen ha cumplido su misión de forma notable, como una auténtica escuela de virtudes humanas.

Son las 9:00 de la mañana del día siguiente. El profe Mike llega a la oficina con una sonrisa tan grande que hace que no se le noten las ojeras, y dispuesto a trabajar intensamente.

Antes de la primera reunión del día, toma un café en su oficina. Parece que quiere concluir algo de lo platicado, se ve que trae el tema en la cabeza. Para él, dar clases es educar, y esa palabra es, además de un verbo, un compromiso: es preparar a la materia prima de los futuros responsables en el trabajo, un compromiso muy alto.

—Educar es comprometerte, subir al ring con los alumnos y decirles lo fregón que pueden llegar a ser, no es dar una clase de librito con un modelo educativo —continúa—. Eso te ayuda a organizarte, pero más importante es "la carnita" que das en la clase, lograr un cambio para bien en el alumno, no es llegar al aula para

hacer como que enseñas y ellos como que aprenden, tampoco el motivo es quedar bien con los alumnos y ser su amigo… para que digan: "Qué buena onda es el profe, vamos a tomarnos una cheve con él"… ni barbear a los alumnos. Se necesita tener una relación buena con los alumnos.

El profe Mike se enfoca en lo que puede ayudarlos en su desarrollo profesional. Piensa que en la vida por alguna razón han coincidido, pero no es su psicólogo, ni su amigo, más bien está para transmitir y ayudar a sus alumnos en lo profesional.

Llama la atención cómo se esmera para conocer sus necesidades de desarrollo. Por ejemplo, se da cuenta de que los programadores, por lo general, son poco comunicativos, porque todo el día están pensando en el idioma de programación que entienden las computadoras… no las personas. Por lo tanto, para ayudarles a socializar y trabajar en equipo, organiza con sus alumnos un proyecto llamado "El Día del Informático" y con el pretexto de seguir una metodología de proyectos, logra además su desarrollo social.

El café se acaba y ya han anunciado desde recepción que el proveedor ha llegado. Lo esperan en la sala de juntas. Entonces se cierra el tema: cada semestre que pasa él evoluciona, reconoce que ha ido mejorando y puede todavía más. Toma de las evaluaciones tareas para mejorar el próximo semestre. Lo han criticado los alumnos y se lo han escrito en la evaluación, lo ve por el lado positivo. "Me dio una oportunidad para crecer".

Sale tranquilo, invita a dos personas de su equipo de trabajo y entran todos a la sala de juntas.

Mientras Mike desarrolla cualidades en sus dos subordinados durante la junta, seguro aprende algo para actualizar su mochila de recursos docentes.

En lo que llega la tarde y se vuelve a convertir en el profe Mike, se puede resumir con ejemplos por qué, más que un maestro, es un buen educador: está siempre a tiempo en clase, aun cuando los demás no; cuando sucedió el Un Día Sin Mujeres, él fue a dar su clase; cuando empezó la pandemia de la COVID-19 estuvo en su salón para dar clase; cuando la UABC suspendió las clases presenciales, estuvo en línea con sus alumnos desde el primer día, publicó en su muro de Facebook: "Siguiendo las disposiciones requeridas, en medio de la pandemia, seguimos en línea con la clase" y una foto desde la oficina, conectado por Google Meet, con dos pantallas y su computadora, se las arregló sólo para hacerlo. Luego, en la UABC le pidieron que capacitara a sus colegas en el uso de las tecnologías necesarias. Ahora también es maestro de maestros.

Para conocer bien al profe Mike, te recomiendo dos opciones: viajar con él o ser su alumno en la UABC.

Referencias

Gárate, A. (2019). *Las distintas que son iguales: El naufragio de las invisibles*. México: Octaedro.

García, M. (1999). *La sensibilidad. Nada de lo humano me es ajeno*. España: Ediciones Internacionales Universitarias S.A.

García, M. (2000). *La admiración. Saber mirar es saber vivir*. España: Ediciones Internacionales Universitaria S.A.

Melendo, T. (1992). *Ocho lecciones sobre el amor humano*. España: Rialp.
Wojtyla, K. (1994). Carta a las Familias. Recuperado de http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/letters/1994/documents/hf_jp-ii_let_02021994_families.html

La promesa de la maestra Marta

Edgar Allan Romero Angulo

Quizás la labor del profesor es de las pocas que permite explorar varios horizontes de una región, por más pequeña que sea. Y aunque la paga pueda ser solamente lo suficiente para subsistir, eso no detiene al educador para mover su *carcacha* por la ciudad, con el deseo de impartir su clase con entusiasmo. En mayor medida, con la intención de poder apoyar a los alumnos en las clases como menciona al afirmar: que la educación es respuesta a la pregunta "del otro", que rompe todos los esquemas en los que se ha venido asentando nuestra práctica y nuestro discurso educativo (Ortega, 2010).

Hoy en día es un poco más sencillo trasladarse, pero hace 30 o 40 años atrás, cuando la mayoría de las colonias eran pura terracería, llegaba a ser un martirio moverse por las ciudades. Un ejemplo de este esfuerzo es el de la profesora Marta Torres Infante, en Mexicali, la capital de Baja California. Lo más irónico para ella es que durante toda su juventud negaba y renegaba el hecho de ser docente, y aun así la vida la llevó hasta ese momento de dar clases con más de 60 alumnos, enseñándoles, en un salón

pequeño en la colonia Baja California. Marta Torres tuvo una vida enfocada a una actividad que no quería, pero que terminó apreciando hasta el día de hoy.

Para narrar su historia es necesario conocer su origen. Nacida el 29 de julio de 1946, actualmente tiene 73 años, y es nativa de Ario de Rosales, Michoacán, de una familia de 17 hermanos y hermanas (donde, por desgracia, siete fallecieron). Siendo considerada como una niña muy bajita, pero de las más listas de tercer año de primaria, por el mismísimo expresidente Lázaro Cárdenas, también conocido como "El Tata", al grado de recibir una beca de su parte. Se pensaría que quizás alguien con tales habilidades académicas tendría un apoyo total de sus padres para los estudios (antes y durante de este momento), pero por desgracia el tiempo nunca miente, y es bien sabido que en aquel entonces, la mentalidad de las familias era la misma que tenía su padre Luis Torres Gutiérrez.

—Para mi padre era que sólo los hombres tenían que estudiar y las mujeres no; porque nos íbamos a casar y porque el hombre iba a ser cabeza de familia —cuenta la profe Marta.

En la casa donde la maestra creció a mediados de la década de 1940 y principios de 1950, el esfuerzo económico en materia de estudios era para los varones, aunque ella menciona que un contrapeso siempre fue su mamá, Susana Infante Peña. Según en palabras de ella "fue una mujer fuera de su época", considerando que conoció a su esposo a los 14 años, siendo muy niña, analfabeta y con pocas nociones de conteo. Después del poco tiempo de matrimonio y laborando en el negocio de carnicería de

su marido, la misma necesidad de apoyar hizo que ella fuera obligada a aprender. Situación que hizo reflexionar a la Sra. Susana Infante a "ver la necesidad que tenía la mujer, ella tenía que leer y escribir y de tener una educación al igual que los hombres".

Este argumento, proveniente de su madre, fue un primer acercamiento a la importancia que tenía el estudio para ella, considerando que su padre quería que sus hijas estudiaran sólo para maestras o secretarias, siendo profesiones afines a las mujeres. Hay que considerar que la educación era necesaria, pero el enfoque de los padres era diferente y recordar que educar para convivir en una sociedad plural, demanda una educación ético moral no sólo en la escuela sino en la sociedad (Ortega y Sánchez, 2018). Por ello, durante toda la primaria, Marta demostró ser de las más aplicadas del salón y tenía el anhelo de poder ser la abanderada, cuestión que solo se les permitía a los alumnos de promedio más alto de sexto año.

En algún momento, cuando ella estudiaba el tercer año, fue con el director para exigir su derecho a esa posición, sin embargo, aun teniendo un promedio alto, no podría incorporarse por su baja estatura. Ella, muy renuente como cualquier niña que fue embaucada, comentó con astucia: "Por lo menos permítame usar el banderín de la escuela, no requiero ser muy alta para llevarlo". Él accedió, considerando que necesitaba a toda la escolta y la encargada del banderín, ya que se acercaba el desfile en conmemoración del Natalicio de Morelos (30 de septiembre) que se realiza en la ciudad de Morelia, Michoacán.

La compasión del general Lázaro Cárdenas

Marta se dirigió feliz para contar la noticia y pedir permiso a sus padres, por lo cual la respuesta fue una total negación, tanto el Sr. Luis como la Sra. Susana no podían darse el lujo de descuidar a su niña tan pequeña para ir a la capital por un capricho de poder ser parte de la escolta y participar en el desfile, ellos creían que si su hija tenía tan buenas calificaciones quizás, después, en tres años, pero en ese momento no se arriesgarían.

—Yo estaba muy chica y no me querían llevar —cuenta Marta—, fui a pedir permiso a mi casa mis padres dijeron que no. Cada que los veía me soltaba llorando. No quería comer porque hacía el berrinche. Dos días antes del evento, el 26 de septiembre, me dejaron ir. Yo saltaba de contenta. La adrenalina hasta el día de hoy me domina al viajar, el caso es que yo no dormía antes de viajar a Morelia, además no había desayunado y cuando pasamos por el templete estaba Lázaro Cárdenas, el expresidente en los momentos de la expropiación petrolera, paso yo con el banderín, estaba lloviendo y me desmayé.

Aquella ocasión en Morelia fue diferente para ella, la emoción de ver al General Lázaro Cárdenas y todas las personas, ella tenía 9 años.

—Cuando volví en sí, el general me preguntó qué me pasó, y yo le dije que no había comido. Y me preguntó también cuánto tenía sin comer. Le mentí de manera espontánea que tenía días sin comer… Lo cual era falso, porque mi familia tenía una carnicería, y no faltaba comida. Después preguntó por qué estaba con el banderín. Y le contesté: "A mí me dijeron que debía tener buenas calificaciones para poder cargar el banderín, y me gané el

derecho de traerlo, además yo no puedo con la bandera".

El general continuó conversando con ella y llegaron al punto de hablar de su futuro.

—¿Qué vas a estudiar? —le preguntó.

—Mi papá dice que las mujeres no vamos a estudiar, porque las mujeres van a ser mantenidas —le contestó con las mismas palabras de su papá.

—Si tú quieres estudiar, tú vas a estudiar —respondió el general sorprendido—, yo me comprometo a que estudies.

Semanas después, la pequeña Marta se encontraba jugando en su casa cuando un hombre llegó a la puerta. El Sr. Luis abrió. En pocos minutos regresó a regañarla. Exaltado él le pregunta;

—Marta —le preguntó—, ¿qué mentiras le dijiste al General?

—¿Qué general?

—¡El Tata!

—¡Ah! Es que como me desmayé por no haber desayunado ni dormido bien, le dije que tú no tenías para darnos de comer, pues… pero lo hice sin pensar…

El señor venía por parte del General para entregarle una beca económica de mil quinientos pesos, siempre y cuando tuviera calificación arriba de 8 en cada clase durante las evaluaciones, un apoyo económico que ella recibió durante toda su formación básica. Este dinero extra sirvió de apoyo a su familia de buena manera, si bien no escaseaba la comida por el negocio familiar, fue bien recibido, tomando en cuenta la cantidad de gente que vivía en la casa.

Con el pasar de los años ella continúo estudiando, sin embargo, la idea de que las mujeres debían dedicarse

a ser profesoras persistía, ejemplo de esto fue el de la hermana mayor de la profesora Marta, de nombre Rosalía Torres Infante, con quien cursó el sexto grado y se graduaron juntas, una de 13 años y la segunda de 11 años. Por desafortunado que parezca, Rosalía no deseó continuar estudiando, por lo que la Sra. Susana le consiguió trabajo de *alfabetizante*.

La pequeña Marta tuvo problemas para estudiar la secundaria, porque sólo existía una escuela privada cerca de donde vivía. En una oportunidad, ella y su padre fueron con el General, quien les ofreció inscribirla en una "secundaria de cooperación", aunque existía el detalle que era para varones, por lo cual esta niña debía uniformarse como hombre y asistir. Considerando los apoyos que dio el General Lázaro Cárdenas a Marta hasta este punto de su vida, podemos asumir que su mentalidad era de apoyar y tener compasión con los más desfavorecidos y desafortunados, como mencionan Ortega y Romero (2018), quienes consideran que los oprimidos y explotados no son seres abstractos, idealizados que sobrevuelan el tiempo y el espacio, sino personas con rostro, con nombre e historia propios a quienes se les ha negado una existencia digna.

Al terminar la secundaria, su padre quería enviarla con unos tíos a Morelia para estudiar en una Normal de educadoras. ¿Qué podría hacer para evitar estudiar algo que no quería? Al tener hermanos mayores que ya habían emigrado a la Ciudad de México, optó por la opción de escapar a la capital. Una vez ahí, la joven Marta Torres se proponía a continuar sus estudios. Un primer intento sería en la escuela de educación física, pero no la aceptaron por su estatura. Un segundo intento sería en la re-

nombrada Universidad Autónoma de Chapingo, donde trataría de ingresar a la carrera técnica en Agronomía, por desgracia esta institución manejaba un programa de internado masculino, donde solo logró ingresar con 10 muchachas acompañándola, pero con el pasar de las semanas desertaron todas.

Su último intento fue ingresar a la Preparatoria Número 1, ubicada en el centro histórico de la Ciudad de México, cerca del Antiguo Colegio Militar de San Ildefonso, donde el director de servicios escolares fue el profesor Pedro Vázquez Colmenares, quien la atendió, sorprendido por llegar a fechas posteriores a la de los exámenes de ingreso, su sorpresa fue a un mayor al escuchar sus desventuras desde que llegó a la capital del país. Al terminar de oír la historia le dijo:

—La juventud ahora está en una línea tan imperceptible entre la sinceridad y el cinismo, que no saben cuándo la brincan de una a otra —le dijo él con una risa—. ¿Por qué quieres entrar a la prepa?

—Porque ya intenté en varias partes y no se ha dado nada —contestó—, y dicen que por lo que alego debería estudiar derecho, y me gustaría estudiar en esta prepa, la 1, siendo que es la más solicitada del país.

—Y sabes que a todos los de provincia los mandamos a otra prepa, te voy a aceptar porque me caíste bien, pero en la prepa número 5, por Xochimilco.

Es necesario comentar que el profesor Pedro Vázquez tendría un enfoque humanista, muy similar al del General, ante lo comentado por Marta y la labor educativa que realizaba considerando que está en la base de la educación en derechos humanos como pedagogía de la alteridad se

expresa (Argüello, 2012). Por lo cual, si bien tenía dudas de lo que acababa de escuchar, no le negaría la oportunidad de estudiar a alguien que se lo solicitaba tan enérgicamente como la joven Marta Torres, y, como buen director, acogerla dentro de su institución educativa.

Sin embargo, aunque ella había crecido, seguía comportándose igual de traviesa, siendo lista pero muy problemática. A la mitad esta etapa perdió su beca, ya que sacó un 7 de calificación en la materia de sociología. Desafortunadamente, el apoyo del general Lázaro Cárdenas consideraba el promedio arriba de 8 en calificaciones individuales, por lo que se le retiró la beca de manera definitiva. No obstante, logró concluir la preparatoria.

Después la joven Marta continúo con su formación superior, estudió hasta cuarto semestre de Derecho en la UNAM. Fue durante este tiempo que conocería a su esposo, Arnoldo López Guerra, un joven apodado el Grillo, quien practicaba basquetbol con ella. Al principio no se llevaban bien, incluso llegaron a odiarse, pero poco a poco se fueron conociendo y su "amor apache" los volvió pareja. Poco tiempo después se casaron, tuvieron una hija, por lo cual Marta desertó de su carrera. Ahora con un bebé en brazos, su marido y ella decidieron migrar hasta el norte, al estado de Baja California.

El arribo a la península de Baja California para sembrar promesas

Ya con cierto tiempo viviendo en la capital de Baja California, Marta Torres decidió estudiar una carrera profesional. Ingresó a la máxima casa de estudios del estado, es decir, a la Universidad Autónoma de Baja California

(UABC), en la carrera de sociología, donde recuerda la clase del Mtro. Miguel Figueroa Quirarte. Al concluir sus estudios profesionales decidió descansar un año para posteriormente buscar trabajo afín a su profesión, en aquel entonces en octubre de 1976, una amiga de la carrera le pide que, si la acompaña a la preparatoria número 2 en Mexicali, ubicada en la colonia Baja California, al oeste de la ciudad. Muy renuente va, pero aclarando que ella no quería trabajo de momento.

Al llegar asistieron a una reunión –con el entonces director de esa preparatoria, el arquitecto Francisco Ruiz Rubio–, Marta esperaba afuera de dirección, pero ella le pidió que por favor entraran juntas con el director. Después de una plática con las dos, salieron con 10 horas frente a grupo, con el tiempo se le ofreció más, hasta tener 20 horas. La materia que impartía fue Introducción a las Ciencias Sociales, en un plan trimestral como se manejaba en la UABC. La ahora profesora Marta Torres empezó a laborar en algo que desde mucho tiempo renegaba, en "dar clases", aunque, en palabras de ella, no quería trabajar ahí, pero se le presentó la oportunidad.

En aquel entonces los programas de las preparatorias del estado de Baja California se estaban ajustando a la mecánica nueva del Colegio de Bachilleres (Cobach) del estado de Sonora, con la finalidad de incorporarse a este subsistema, por lo que las inscripciones solían ser abiertas, donde se colocaba una lista en blanco y los estudiantes elegían las clases. En ocasiones había gente que sólo entraba a Matemáticas 1, 2 y 3, asignaturas de manera seriada. Cuando se le aumentó la carga docente fue porque comenzó a cubrir a la profesora Aidé Grijal-

va, por lo que el proceso de inscripción le correspondía a la Profra. Marta Torres. Al desconocer la logística de las inscripciones, tuvo inscritos alrededor de 74 alumnos. Minutos después del cierre de inscripciones, un prefecto le comentó que debió cerrar la lista en sesenta.

Aun así, ningún joven abandonó su clase, se mantuvieron con ella hasta la evaluación final. ¿Cómo logró captar el interés de los alumnos? Marta se preocupaba por su asignatura, además de manejar 7 km por terracería hacia la preparatoria Baja California. Durante sus primeras experiencias, la profe Marta sentía pánico comparado con los días más fuertes de calor en agosto en Mexicali (de 56 grados centígrados), ella consideraba que no podía con tanta gente en dos horas. Lo que la motivó al principio era la novedad, y un fuerte sentido de la responsabilidad ante su labor, lo cual es una característica necesaria de un educador bajo la óptica de la pedagogía de la alteridad. Sin embargo, podía darse a entender con los alumnos, pero posteriormente fue el gusto de transmitir lo mucho o poco que sabía.

—El dar clases para mí nunca fue trabajo, fue un gusto —dice—, y mi principal *hobby* les decía que era torturar alumnos, pero lo que más me gustaba era interactuar con jóvenes…

También tuvo sus conflictos con algunos alumnos. Por ejemplo, una vez saliendo de clase y terminando de dar calificaciones, fue a su carro y las cuatro llantas estaban ponchadas. Entonces preguntó al prefecto si podía ayudarla revisando su auto. Un momento después le dijo que no se podía hacer nada porque las llantas estaban navajeadas.

Su auto era un Mustang de aquella época. Al regresar a la dirección, ella comentó lo sucedido al director, quien entonces era el Lic. Castilla, quien le dijo que buscara a algún alumno noble que le pudiera ayudar. Y lo encontró. Hasta el día de hoy recuerda su número de matrícula (44120), preguntó a la secretaria por el nombre, y era un alumno que estaba jugando basquetbol, además de que acaba de reprobar con ella. Lo apodaban el Caballo. Le pidió ayuda para cambiar las llantas. Él aceptó sin condiciones.

—¿Ves? —le diría el director— Siempre hay un alumno que es noble.

Esta experiencia despertó en ella un sentido de esperanza y responsabilidad en sus alumnos que la invitó a entrar de tiempo completo a la docencia. La maestra Marta también comenzó a impartir clases en la correccional de menores, conocida como "la Granja", en el centro penitenciario. Cuando laboró ahí creyó que los alumnos no eran malos, sino que el medio ambiente los había corrompido. Esa idea es una visión que tienen los sociólogos humanistas, basada en la compasión. Esta perspectiva generó diferencias con la gente que laboraba en la Granja, por lo que dejó de trabajar ahí tiempo después. Además, consideraba que su trabajo en bachillerato era más riesgoso en ocasiones.

La Mtra. Marta Torres tuvo un largo camino para poder alcanzar la simpatía de los alumnos, la relación con ellos era muy difícil. En alguna ocasión tuvo un problema con un joven que disparó dentro del salón, ella habló con el director, el Lic. Castilla, y le explicó que se quería retirar de dar clases. Pero él le manifestó que no podía es-

capar a la primera problemática, que recordara lo de mis llantas, lo de un sapo y varias otras. También era su jefe en bienestar social, le dijo que en la prepa podía hacer mucho; pero en la Granja ya no iba a poder hacer nada. Por lo que reafirmó su sentido de responsabilidad como docente.

Al final de un semestre, les preguntaba a los jóvenes qué es lo que les había impresionado de la clase. Ellos decían que era su manera de ser, porque creían que ella siempre estaba enojada, porque hablaba muy fuerte y cortante, pero fuera de clases eran muy amigos. Por ejemplo, una de las consideraciones que siempre hacía, según sus palabras:

—Durante mi práctica docente, jamás me presenté sin antes haberla preparado y tomando mis notas para repasar antes y durante la clase. Además de entregarla al jefe de grupo mi planeación, por si me desviaba del tema me lo indicara.

La importancia de la maestra para preparar sus clases era notoria. En el camino al trabajo, siempre escuchaba sus grabaciones en casete, que resultaban ser sus preparaciones de clase. Cada noche se desvelaba grabando estos audios, por lo cual no dormía bien. Esa clase de dedicación es una de las muchas características de un buen educador. Sin embargo, recordemos que la docencia no era su profesión. Sin embargo, comparte:

—Ya frente al grupo me di cuenta de que tenía muchos conocimientos de ciencias sociales, sin embargo, me faltaba saber cómo transmitir esos conocimientos.

Lo anterior denotaría una congruencia y responsabilidad como docente, lo cual generó un interés genuino

de la profe Marta Torres de capacitarse. En la primera ocasión que se ofertaron cursos de preparación, que van desde psicología de aprendizaje, desarrollo del adolescente, preparación de clases, etcétera, ella los tomó sin titubear, ingresó a todos los que podía. La mayoría de estas capacitaciones fueron en la UABC, con gente ilustre, como al gran educador Ángel Díaz Barriga.

—¿Cuándo decidí cambiar? —recuerda—. Cuando llevé los cursos de psicología evolutiva aplicada a la adolescencia. Ese curso me hizo recordar la época en la Ciudad de México, cuando estudiaba preparatoria, y lo tremenda que era. Me volvió más empática y con menos disciplina para mis alumnos. En mi opinión, es la etapa más bonita del ser humano, porque considero que podemos ayudar, porque con el solo hecho de escuchar sus problemas ya los estás solucionando, sus actitudes cambian, al menos dentro de la escuela, no puedo asegurar que lo fuera, pero creo que poco a poco van a cambiarlo.

En algunas ocasiones los alumnos de prepa le dijeron que aprendían mucho, pero con mucho dolor. Entonces cuando Marta comprendió que los resultados son mucho mejores "cuando existe la cordialidad, empatía, responsabilidad, no intransigente, pero si exigente, que no les permites que brinquen los límites". Fuera de clases pueden ser amigos y llevarse bien.

Ella continúo capacitándose en todo lo que podía. Entre los diferentes cursos y diplomados, existió la posibilidad de participar en la especialidad en formación docente, por lo que la maestra fue de las primeras en egresar de este posgrado. Lo satisfactorio fue que con el tiempo se abrió la posibilidad de tener bonos docentes por cur-

sos impartidos y realizados, al estar preparados con estas capacitaciones, se les permitió impartir cursos dentro de la misma institución donde laboraba. Su capacidad y los cursos en los que participó, le valió en un momento tener un mejor sueldo que el directivo de su escuela.

Pasó el tiempo, y en 1983, cuando las preparatorias del estado se separaban de la UABC para formar parte del Cobach, en aquel entonces les mencionaron a los docentes que tenían dos opciones: formar parte de las escuelas o quedarse en el inicio del Cobach, respetando la antigüedad. Ella decidió quedarse en media superior, ya que para entonces tenía una antigüedad de siete años, y existía la posibilidad de promoverse a un puesto administrativo como subdirectora académica del Cobach plantel Baja California. Ella siempre mantuvo dos grupos de clases de sociología en ambos turnos para tener una cercanía con los estudiantes, de igual manera conocer de la propia voz de los alumnos las problemáticas que existían. La Mtra. Marta Torres consideró a sus alumnos como sus "mijos", se convirtieron en sus "hijos de corazón" por haberlos educado.

Cosechando la promesa de la educación

Construir una promesa, es decir, crear un sentido de espera en los alumnos, es algo que debe generar un educador. En el caso de la maestra Marta Torres, sucedió en muchas ocasiones. Por ejemplo, una vez siendo subdirectora académica, recibió la convocatoria para participar en el "Concurso Científico Estatal" organizado por el Cobach, el cual se realizaba cada año, sin embargo, en esa ocasión, la escuela no tenía ningún proyecto. Ella se acercó a un estudiante llamado Jesús Manuel y logró motivarlo para

que participara, a su vez, él invitó a otro compañero, Jonathan Oviedo. A los tres se les ocurrió hacer una bebida alcohólica a partir del cactus. Para ello aprovecharían el viaje a San Felipe que cada año se realizaba para festejar el día del estudiante.

Cuando se celebró el concurso y la maestra Marta fue la catadora, se trajeron el primer lugar para el plantel. Posteriormente ella recibió una carta de agradecimiento que reafirmó que su labor docente:

> Maestra Marta: Tengo mucho agradecimiento para usted, siempre me consideré muy afortunado de sus consejos y muestras de cariño que me motivaron a buscar mi superación personal. Recuerdo que en esa época teníamos grandes carencias económicas familiares y siempre recibí su apoyo para sacar adelante algunos proyectos que en mi locura de estudiante se me ocurrían, recuerdo en ese lugar que se llama Punta Estrella y entre todos pudimos cortarle un bracito al cactus para el proyecto de ciencias del Cobach. Otro recuerdo que guardo de usted fue cuando me alentó y me apoyó para que participara en un concurso de matemáticas que se llevó a cabo en Tijuana entre estudiantes de tecnológicos. De su cartera sacó un billete y me lo dio. Esa vez no me fue tan bien, obtuve séptimo lugar a nivel estatal y fui el único participante del Sistema Cobach, ganando el pase automático al tecnológico de Tijuana para que eligiera la carrera que yo quisiera. Sin embargo, por mi condición económica no me fue posible estudiar allá, y usted siempre tuvo palabras motivantes que me impulsaron a seguir estudiando, no obstante, en esos días había perdido a mi padre. Siempre le guardo en mi mente y en mi corazón con mucho cariño, que Dios me la bendiga siempre, muchísimas gracias por todo.

Después de tres años, en 1986, la profe Marta Torres se retiró de la administración escolar y se reintegró completamente a sus grupos. De nueva cuenta, llegó otra convocatoria del Instituto Politécnico Nacional, para el Concurso Nacional de Ciencias y Humanidades, pero a ella no le interesó. Cuando de repente le llama el director para que llenara la cédula de inscripción de alumnos. Ella se dio a la tarea de buscar a sus jóvenes que les había impartido Ciencias Sociales en sexto semestre, llamó a cinco de ellos, de los que recordaba que eran excelentes, ella les dijo, a manera de motivación: "Los dioses los han elegido para que concursen en Ciencias Sociales". Ellos contestaron que la apoyarían en todos los concursos de ciencias, incluidos Matemáticas, Física, Química, Biología…

La profe Marta Torres les preguntó que sí querían ganar el primer lugar en el Estado y después a nivel Nacional. Motivados, dijeron que sí. Entonces los animó a concursar en diferentes modalidades. Es necesario comentar que los tres primeros lugares del Estado serían los que llevarían a México a concursar en el Instituto Politécnico Nacional (IPN) a nivel nacional. Ella les dijo a los jóvenes que si ellos quedaban en los 10 primeros lugares del estado los llevaría a México, sin importar si no fueran los primeros lugares.

—Llegó el concurso estatal y cuatro de mis alumnos quedaron en el segundo, tercero, cuarto y quinto lugar. Así es que tenía que cumplir con lo prometido. Hice ese ofrecimiento porque pensé que no lo lograrían, ya que nadie estaba enfocado a las Humanidades. Bueno, dos de ellos ya tenían asegurado su lugar, pero los demás no. Por lo que tenía que allegarme de recursos para cumplir, para eso solicité mi aguinaldo adelantado. Convencí a mi

marido para que me prestara sus aguinaldos. El creador siempre ha sido bueno conmigo.

Entonces llegó el momento de viajar a la capital, gracias a unos amigos músicos de la profe Marta que iban a Cuernavaca. Ella les preguntó si podían darles raite a ella y sus cinco alumnos. Ellos aceptaron indicando la fecha en que se retirarían de Mexicali, siendo dos semanas antes de que saliera el autobús, con los alumnos que concursarían en los festejos de los 50 años del Instituto Politécnico Nacional. Llegó la fecha de salida rumbo a Cuernavaca. En el camino estudiaba con los dos que concursarían, le pidió a otro alumno, que obtuvo el cuarto lugar estatal, que les ayudara, quien se negó porque no iba a concursar.

—Qué tal si eres bateador emergente —le dijo—. ¿Y si no viene la del primer lugar y te toca concursar?

—No lo creo, maestra —el alumno le respondió—, porque recuerde que usted misma fue conmigo a preguntarle y nos dijo que sí iba a concursar.

Cuando llegaron a México se trasladaron al Comité Olímpico Mexicano donde estaban recibiendo a los comités estatales que habían aceptado la invitación. Al verla, la coordinadora y el director académico del Cobach, le preguntaron que si iba con ella el cuarto lugar, porque la del primer lugar no había ido y entonces habían relacionado al que había ganado el cuarto lugar. Se fue a buscar al alumno y le dijo que tenía que concursar, así es que lo mejor era que se pusiera a estudiar. Ella les deseó mucha suerte.

Al final del concurso, escucharon con nerviosismo la modulada voz del maestro de ceremonias de la premiación. La sorpresa comenzó al escuchar los resultados de

ciencias sociales: "Tercer Lugar Nacional de Ciencias Sociales es para el Estado de Baja California y le corresponde a la alumna Gemma López Campillo". Todos gritaron de júbilo. "No nos vamos con las manos vacías", comenzaron los abrazos y felicitaciones.

La profe Marta comenta: "Nuestra pollita había cantado en corral ajeno".

La voz del maestro de ceremonias continúo la premiación: "Segundo lugar…", dudó un segundo, sonrió y continúo: "es para el Estado de Baja California, correspondiéndole al alumno Oscar García Díaz". No lo podían creer, sabían que hicieron un buen trabajo, la profe comentó: "También nuestro gallo mostró sus espolones".

La fiesta ya era una romería. Los jóvenes recibían felicitaciones de otros estados. Continúo la premiación: "Primer lugar…", el maestro de ceremonias mantuvo un silencio absoluto, leyó el ganador en voz baja, volteó a ver al presidente del jurado, quien le contestó con una sonrisa, también el maestro de ceremonias dio una sonrisa en los labios y con voz clara y potente dijo: "Qué bueno que sólo hay tres lugares si no… ¡Colegio de Bachilleres del Estado de Baja California los gana todos! ¡Primer lugar es también para el Estado de Baja California siendo para el alumno Fernando Cárdenas. ¡Felicidades Baja California!".

Entre la alegría decían los muchachos a la maestra: "Cuando nos diga que fuimos elegidos por los dioses, que podemos ganar… le vamos a hacer caso".

Recibieron su diploma y una cantidad en efectivo, mismo que se lo gastaron en la compra de libros en la Ciudad de México. Durante su regreso triunfal los alumnos dijeron que la maestra Marta les cumplió.

—Cuando prometas algo a los jóvenes tienes que conectar la boca con el cerebro y con el bolsillo —reflexionó la profe—. Y cuando alguien, con ciertos años de experiencia te diga lo que tienes que hacer, ¡hazlo! Porque no se sabe qué pasa, pero resulta verdadero.

Estas dos experiencias en los concursos generó en los alumnos un sentido de espera, una promesa de un futuro mejor. De manera académica han sobresalido y este tipo de testimonio de experiencia de vida es vital para demostrar cómo la profesora, y durante su trabajo formador de alumnos, es de considerar que la educación y la pedagogía, basadas en alteridad centrada en la relación ética con el otro, insuflan el proceso de humanización, que en el mundo del mercado constituye un faltante inexorable (Arboleda, 2014).

El sentido de espera y testimonio de la maestra Marta

Ante esa experiencia, los años de docencia de la maestra Marta fueron mejores. Ella continúo capacitándose en cuestiones didácticas, psicología aplicada a la docencia, evaluación del aprendizaje, aspecto que desarrolló en el Centro Nacional para la Evaluación de la Educación Superior (Ceneval) y el Insituto de Desarrollo Educativo (IDE) de la UABC. Ella considera que una virtud que tiene es que le da valor a la preparación continua. También se identifica y tiene empatía con los alumnos. Otro valor que posee es que no le gusta que nadie diga nada malo de los estudiantes, porque ella siempre trata de ser responsable con ellos. Como, por ejemplo, no llegar tarde, ponerlos a trabajar. Pero siempre siendo flexible con ellos y tratando de mantenerlos contentos, ellos le respondían con responsabilidad.

La profe Marta siempre se consideró muy creativa. En alguna ocasión, antes de los periodos de evaluación, se dedicó a crear en 46 horas un crucigrama para examen, y todo a mano. Sus exámenes jamás fueron iguales, siempre a cada grupo les ponía diferentes pruebas. Recuerda que uno de los cursos del IDE fue el de evaluación de pruebas objetivas y fue el que más le sirvió, porque anterior a esto sus exámenes eran de ocurrencia.

—Los buenos profesores deben ser creativos, comprensivos y tener buena cooperación ser dedicados y tener buen humor —comenta—. En especial este último, porque hubo ocasiones en que mis alumnos creían que tenía mal humor. En primer semestre me odiaban, pero en quinto me amaban, porque los moldeaba siendo empática con ellos. En cuanto a los proyectos profesionales, fui buscar una formación integral ya que no fui educada para ser docente, sino para ser socióloga, si recuerdas yo les decía a mis papás que, primero muerta antes de ser docente, y lo que es la vida.

Lo que hace diferente a la labor docente, aunque suene trillado, es que somos la única profesión que prepara los demás profesionistas. Por ejemplo, en el caso de la profe Marta Torres, su cardiólogo, su gastroenterólogo, su neumólogo fueron sus alumnos, y la mayoría de sus especialistas que la han operado. Un detalle que hace importante la formación de estudiantes es el no engañar, el no llegar a ver qué se me ocurre hacer, el que no tengamos una responsabilidad, el que no llegamos a ser amables, algo que, a la profe Marta Torres le sucedió en ocasiones. Eso ocurrió cuando era responsable, congruente, pero no afable y más con jóvenes de preparatoria, que lo que buscan es cariño. Es cuestión de mirar como existe la

desatención de los padres desde preescolar hasta preparatoria donde los jóvenes necesitan más apoyo.

Los jóvenes también lograron cambiarla, aunque con algunas contradicciones, como todo. Pero bueno, genio y figura hasta la sepultura, podemos considerarla honesta, que le gusta guiar, convivir y escuchar a los demás, los adolescentes le hicieron hacer el ridículo en los eventos juveniles, pero esas situaciones la divertían. En palabras de ella:

—Siempre he sido proactiva y trato de canalizar a los alumnos hasta donde pueda ayudarlos.

Durante su tiempo en el Cobach tuvo la excelente guía de Arnoldo Castilla, quien fue colega, tuvo mucho apoyo con los directores, con las autoridades municipales y estatales para poder conseguir recursos para la preparatoria. ¿Son fundamentales los orígenes de los docentes? Sí, porque son los que dan las bases a todas las demás profesiones, además de generar un sentido de testimonio como con la profesora.

—Por suerte a mí me tocaron maestros de vocación —comenta ella—, pero en el transcurso que hice en mi vocación se logró un gusto por la enseñanza, a mí me tocaron docentes desde básica hasta superior, maestros por vocación que si bien es cierto que nos jalaban las orejas nos revisaban y se dedicaban 100 por ciento a nosotros.

La profesora Marta cree que anteriormente la profesión de maestro era una de las profesiones más prestigiadas, y ahora es una de las más depreciadas.

—Ahora hasta los padres piensan que las escuelas son unas guarderías. Nosotros debemos de fomentar los valores en el aula, pero no enseñarlos, esos se enseñan en el seno de la casa.

Considerando una posición ante la pedagogía de la alteridad, debemos entender el acto pedagógico como una relación ético-moral que se debe establecer entre el educador y los educandos (Osuna y Gárate, 2014).

Actualmente, Marta es una mujer de 73 años, una viajera. Aprovechando los años de jubilada, en 2019 viajó a diversas partes del mundo. El futuro lo imagina incierto, puesto que presenta una problemática mayor para los jóvenes que están siendo formados como docentes, es decir para los de pedagogía, la normal, ciencias de la educación o que estudian posgrados en educación.

En los próximos años a ella le gustaría seguir participando con alumnos. Tiene tres alumnos sacerdotes y le pidieron que auxiliara en labores de servicio comunitario, apoyando a niños chicos en los orfanatos, enseñarles a leer. Aunque ella siempre se identifica más con los preparatorianos y con los universitarios de primer semestre. Hay un cambio bien fuerte que se da en los alumnos de nuevo ingreso de julio a septiembre de la universidad. Es una etapa donde puede auxiliar más a los estudiantes.

Hasta el día de hoy se encuentra satisfecha con su labor docente, todo lo que ha vivido, todas las retribuciones, todo el afecto que tiene de sus alumnos, que generó un sentido de testimonio y espera en la profe, quien dice: "No puedo decir que lo hice mal. Sí: tuve mis errores, como todos, pero siempre estaré en un término que me recordarán bien y no con sentimiento de rencor".

La profesora Marta Torres hace docencia con los estudiantes, cuando si se lo piden pueda regresar a clases.

Le gusta brindar ciento por ciento de sí a los jóvenes, y así contribuir a formar su perfeccionamiento social, siempre armada de paciencia, compasión, altruismo, apoyarlos sin lograr nada a cambio.

—Tú lo sabes como docente, que a veces debes hasta darle de comer a los alumnos, porque incluso no han comido y no pueden trabajar porque no tienen energía y se están durmiendo —me dice—. Y, por último, debo mencionarte que pienso que la influencia de los docentes con los alumnos es definitiva, en mis 45 años como maestra, me tocó darme cuenta por la comunicación con mis alumnos, que habían seleccionado su carrera por los profesionistas ajenos a la labor docente, pero los que estaban en clases formativas en la preparatoria habían influido en sus futuras carreras, esa influencia es definitiva.

Si un docente logra motivar de manera intrínseca, como lo consiguió la maestra, demostrando una estimulación en clases, se despierta un interés en los estudiantes. Como es el caso de la profe Marta Torres Infante que estudiar Sociología fue lo que la llevó a la docencia, sin embargo, logró un cambio significativo en la vida de muchos jóvenes trabajando con gusto y cumpliendo la promesa que genera la educación.

Referencias

Arboleda, J. (2014). Pedagogy of alterity in the perspective of the builder comprehension. *Revista de Educación*, 18.

Argüello Parra, A. (2012). La educación en derechos humanos como pedagogía de la alteridad: Cinco tesis a partir de la historia de vida de Rodolfo Stavenhagen. *Perfiles educativos*, *34*(138), 148-166.

Ortega, P., Mínguez, R., Romero, E., Jordán, J., Hernández, M., y Gárate, A. (2014). *Educar en la alteridad*. Murcia: Redipe.

Ortega, P. (2010). Educar es responder a la pregunta del otro. *Edetania*, *37*, 13-31.

Ortega, P., y Romero, E. (2018). La pedagogía de la alteridad como paradigma de la educación para la paz. *Teoría de la Educación*, *30*(1), 95. https://doi.org/10.14201/teoredu30195116

Osuna, C., y Gárate, A. (2014). *Pedagogía de la Alteridad: Una propuesta metodológica*. Ponencia presentada en el Simposio Internacional de Educación y Pedagogía. Universidad de Murcia, España.

Sobre los autores

Carol Ann Barry Mc. Cubbin es maestra en educación por la National University en La Jolla, California, y actualmente estudia el Doctorado en Educación en Cetys Universidad. Es profesora en una escuela primaria así como en el Programa de Maestría de la Universidad Nazarena de Point Loma. A través de la docencia, promueve el idioma español y al mismo tiempo forma ciudadanos sensibles a las necesidades de su entorno para impulsar cambios positivos y promover la equidad y respeto.

Alejandra Caso Corella es maestra en docencia por la Universidad Iberoamericana y licenciada en lengua y literatura de Hispanoamérica por la Universidad Autónoma de Baja California (uabc). Tiene más de 20 años de experiencia docente, sobre todo impartiendo la materia de Literatura. Actualmente está encargada de la Coordinación de Humanidades y Talleres Culturales de Preparatoria de Cetys campus Ensenada, en donde también estudia el Doctorado en Educación.

Iván de Jesús Contreras-Espinoza es licenciado en administración de empresas con formación como contador público por la Universidad Autónoma de Baja California (uabc) y maestro en educación en desarrollo organizacional por Cetys Universidad, donde actualmente cursa el programa de Doctorado en Educación en Gestión Educativa. Desde 2013 se desempeña como administrador del Instituto de Investigación y Desarro-

llo Educativo de la UABC, y como profesor de asignatura en la Facultad de Ciencias Administrativas y Sociales de la misma insitución.

Alberto Gárate Rivera es actual vicerrector académico y docente del Doctorado en Educación de Cetys Universidad. Interesado en contribuir a fortalecer el discurso de la pedagogía de la alteridad a partir del desarrollo de proyectos educativos. La narrativa de las experiencias del profesorado es una de sus principales líneas de interés. Ha publicado recientemente con la editorial Octaedro *Las distintas que son iguales* (2019) y *El profesorado frente a la pandemia* (2020).

José María López Ortega Magallanes es maestro en orientación familiar por el Centro de Ciencias para la Familia Loma, licenciado en pedagogía por la Universidad Panamericana, y estudia el Doctorado en Educación en Cetys Universidad. Tiene 31 años de experiencia docente en distintos niveles educativos y siete años en funciones directivas en escuelas. Es coautor de *Formación Cívica y Ética I* y *II* (2009), libros de texto para secundaria. Actualmente se desempeña como Director de Recursos Humanos en Grupo Hermosillo y es docente en Cetys Universidad. Su línea de investigación está relacionada con la educación en la empresa, promoción del desarrollo humano en el trabajo, ética valores y responsabilidad social empresarial.

Elsa Martínez Regalado es comunicóloga por la Universidad Autónoma de Baja California (UABC) y locutora de profesión. Cuenta con experiencia en la administración pública, campañas políticas y trabajo en comunidades vulnerables. Tiene una gran vocación en la docencia desde hace 30 años en educación básica nivel secundaria y educación media superior. Tiene una especialidad en Matrimonio y Familia por la Universidad de Navarra y es conferencista en temas de adolescencia, valores y familia. Actualmente cursa el doctorado en Educación en Cetys Universidad.

Shajaria Murrieta Villarreal es licenciada en contaduría pública por la Universidad Estatal de Sonora y maestra en educación por Cetys Universidad. Estudió y creció en San Luis Río Colorado, a partir de 2016 comienza su vida laboral en Mexicali, en donde ha destacado en labores de docencia, gestiones académicas y direccciones de programas de educación superior y seguridad pública. Actualmente es Directora del Programa Académico de Administración y Gestión Empresarial en la Universidad Politécnica de Baja California.

David Omar Pérez Solórzano es maestro en administración y licenciado en derecho por la Universidad Autónoma de Baja California (UABC). Ha publicado algunos artículos sobre administración, educación y derecho. Es también coautor del libro *Sector hotelero en Tijuana, Baja California, México* (Fontanamara/UABC, 2015). Es profesor de tiempo completo de la Escuela Preparatoria de Cetys Universidad campus Tijuana, en donde coordina los talleres culturales. Así mismo, es profesor de asignatura en la Facultad de Turismo y Mercadotecnia de la UABC. Además de ser docente desde hace 25 años, también es abogado litigante en materia familiar. Lo que busca en la educación es una civilización de amor entre los seres humanos.

Edgar Allan Romero Angulo es maestro en ciencias de la educación con énfasis en la didáctica de las matemáticas por la Universidad Autónoma de Baja California (UABC) y maestro en educación ambiental por la Universidad Pedagógica Nacional (UPN). Ha sido ponente en diversos encuentros y reuniones educativas. Actualmente es docente de ciencias y matemáticas en la Secundaria General #15, en Mexicali, así como en el posgrado de educación de la UPN unidad 021.

Educadores y pedagogía de la alteridad:
Narraciones desde la experiencia
se terminó de imprimir en enero de 2021 en los talleres gráficos de
Comersia Impresiones, S. A. de C. V., Insurgentes 1793-207,
colonia Guadalupe Inn, C. P. 01020, Ciudad de México.
El cuidado de la edición estuvo a cargo del
Programa Editorial del Cetys Universidad.
El tiraje consta de 300 ejemplares.